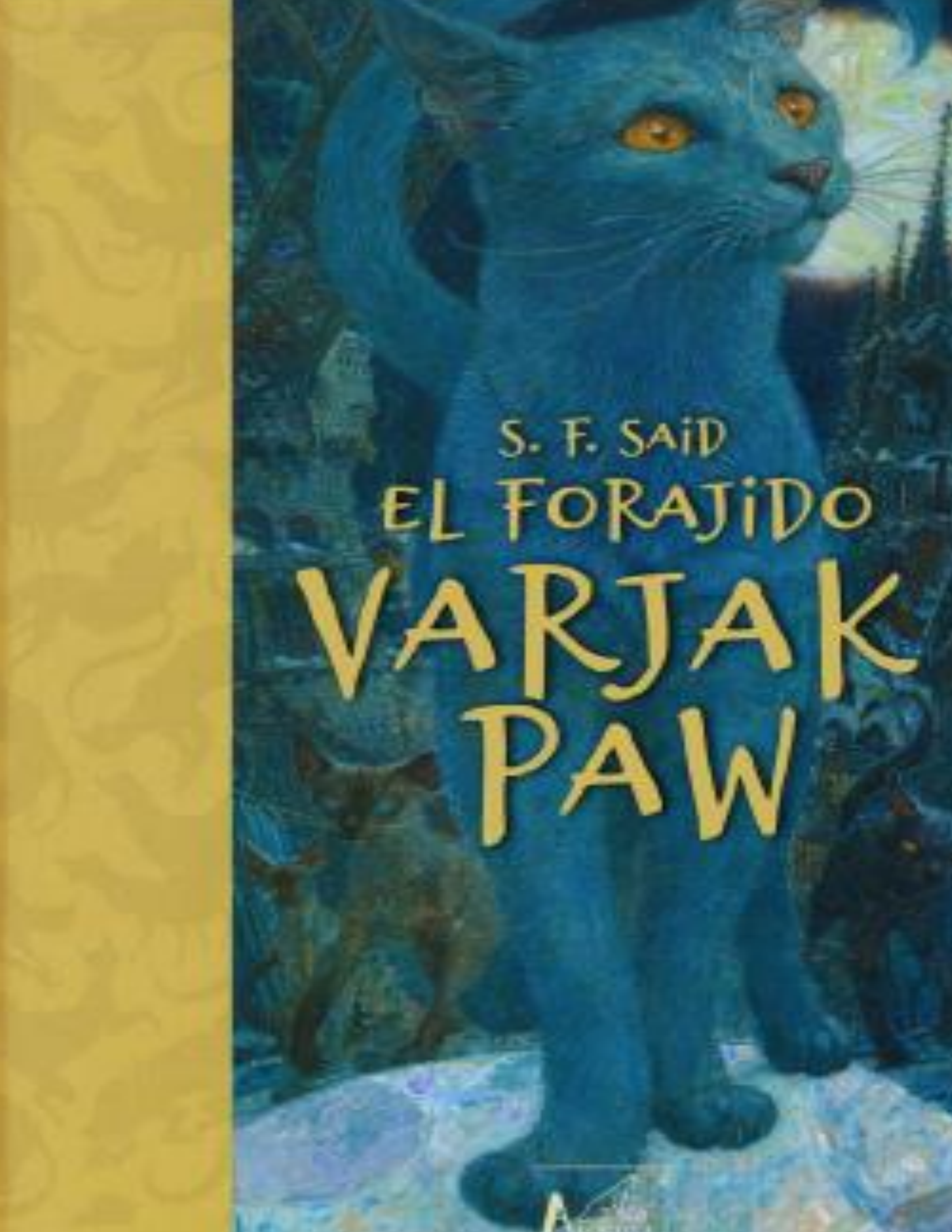

S. F. SAID
EL FORAJIDO
VARJAK
PAW

DEDICATORIA

Libro original: "the outlaw varjak paw" por SF Said

Traducción: Archelogy

*Edición de portada: _Lex_is_Dumb_*

Última actualización: 0/00/00

Acá puedes buscar todas mis redes sociales incluido mi wattpad donde habrá mas traducciones

https://linktr.ee/archelogy

puedes encontrar la cuenta de Lex aquí.

https://www.wattpad.com/user/_Lex_is_Dumb_



CONTENIDO

ACERCA DEL LIBRO

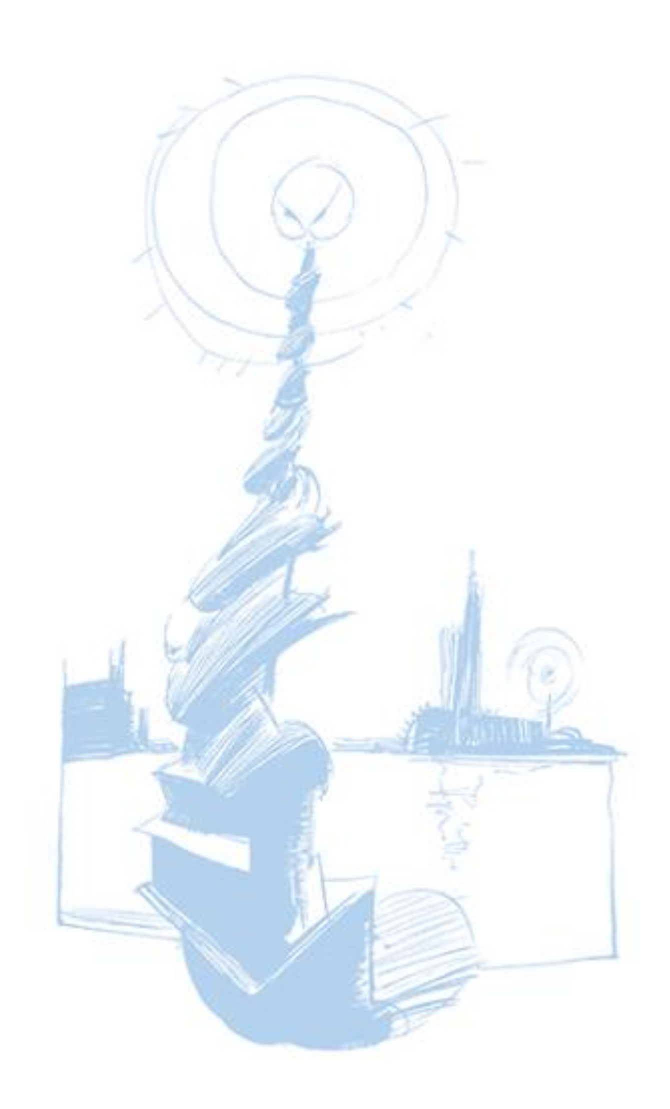
VARJAK PAW ESTÁ DE VUELTA.

Hay siete habilidades que dan a un gato un gran poder, y Varjak Paw las conoce todas. Puede luchar, puede cazar, puede caminar sin ser visto. Sólo hay un problema.

Sally Huesos, la gata blanca y delgada que lidera la banda más mortífera de la ciudad, también conoce las habilidades. Sabe incluso más que Varjak. Y ahora viene a por él...

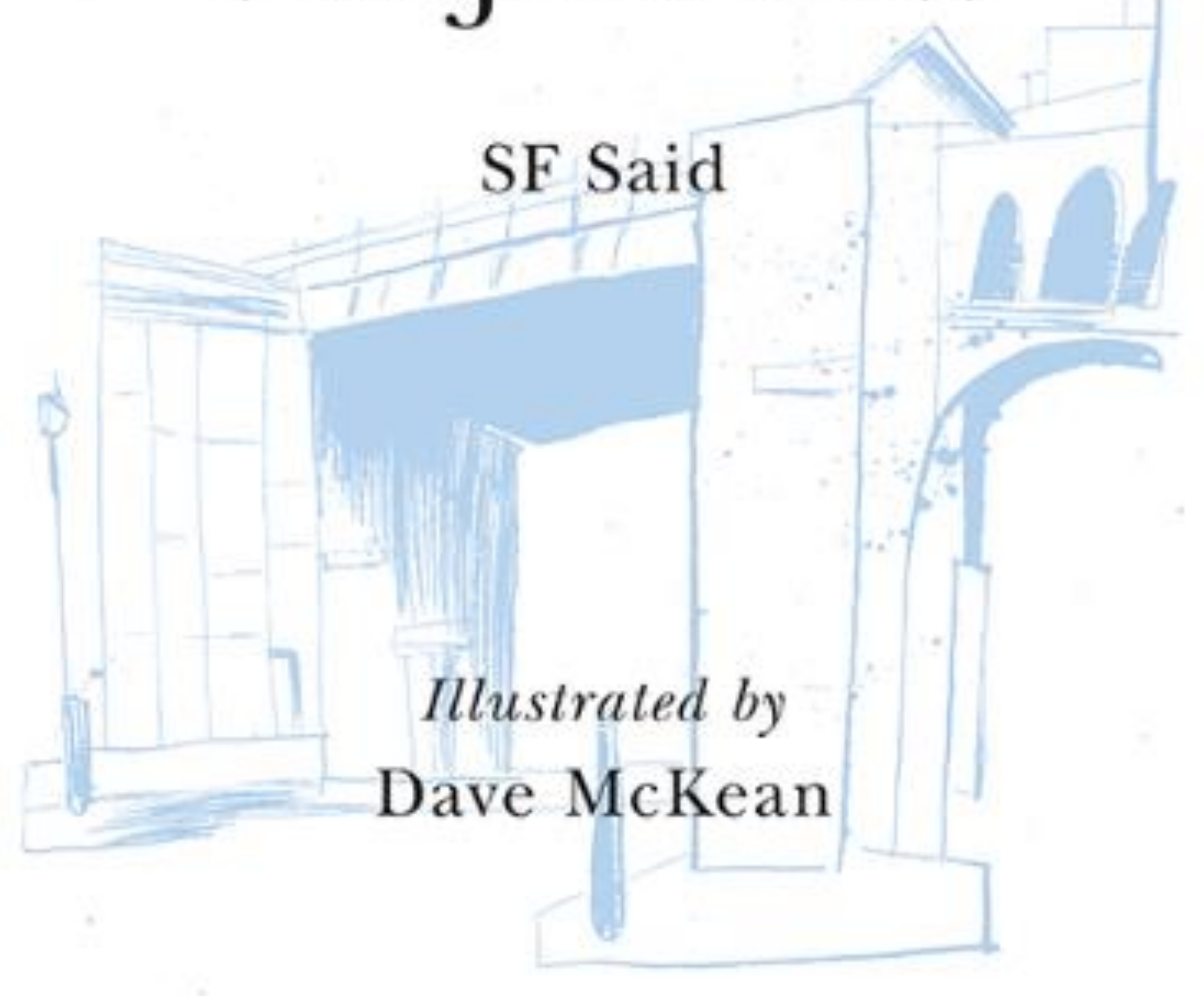
También por S F Said y Dave McKean

VARJAK PAW



THE OUTLAW VARJAK PAW

SF Said

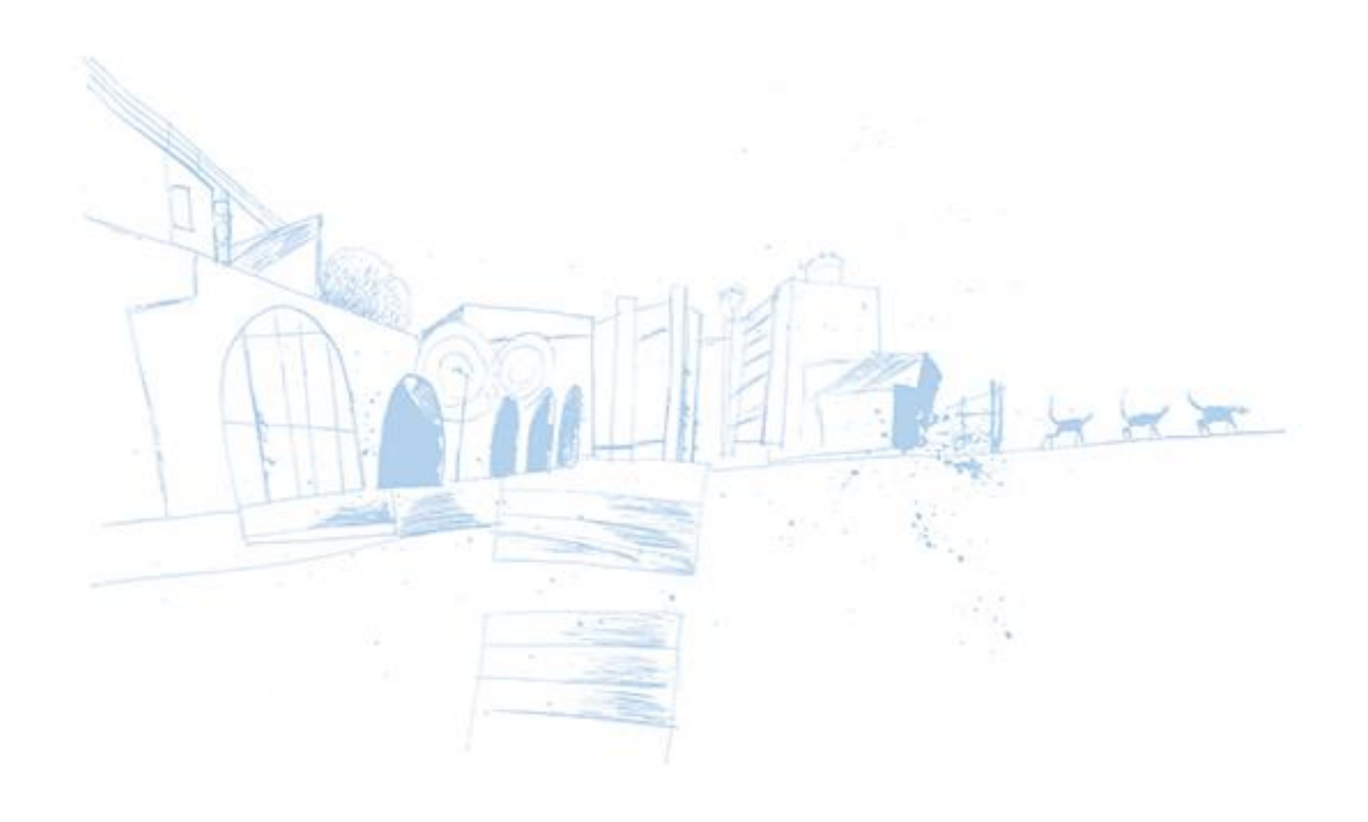


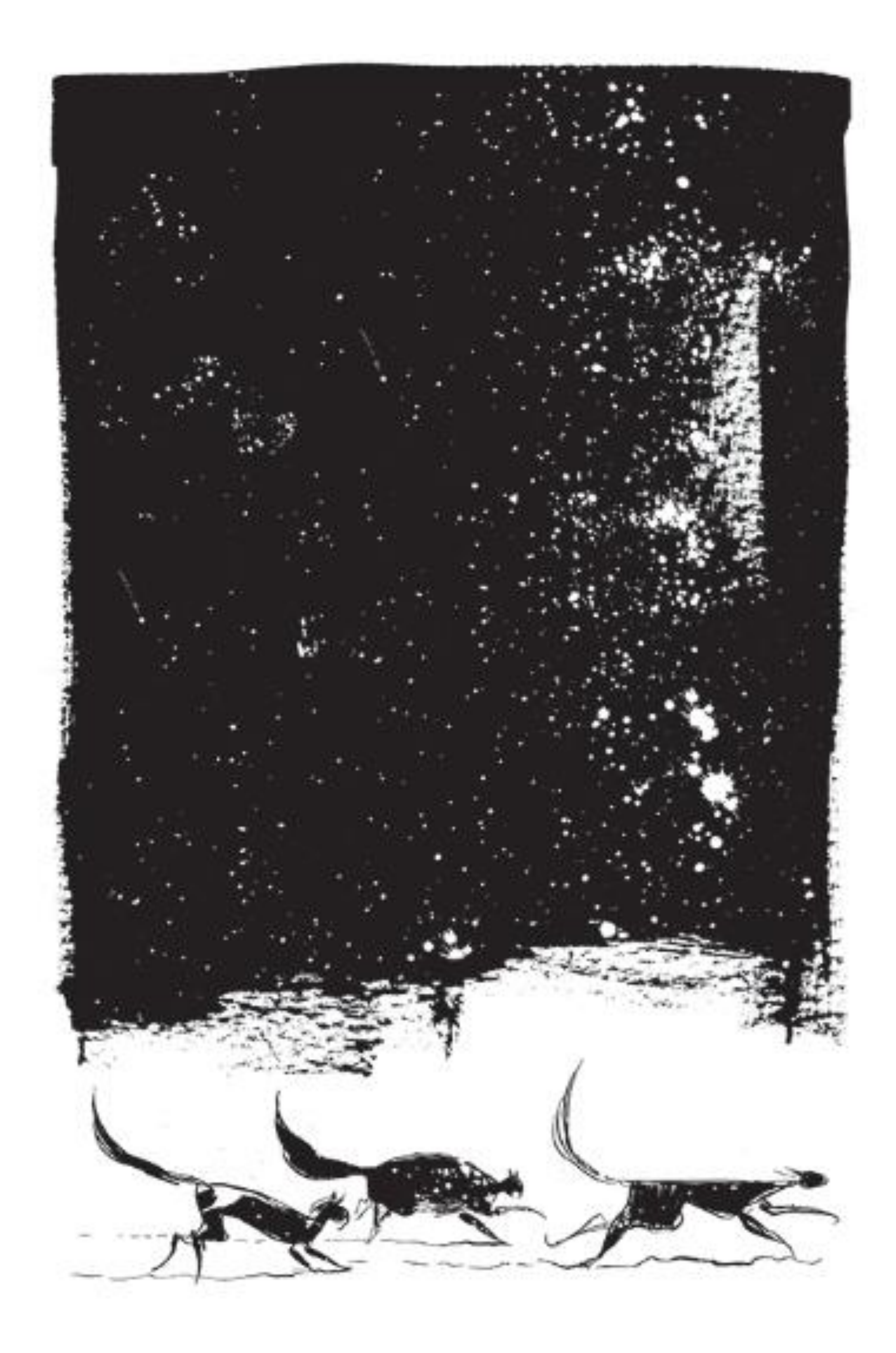
Illustrated by
Dave McKean

RHCP DIGITAL

Algunos hombres dicen que un ejército de a caballo y otros que un ejército a pie y otros que un ejército de barcos es lo más hermoso de la negra tierra. Pero yo digo que es lo que amas.

Sappho, Fragmento 16





CAPÍTULO 1

ERA INVIERNO en la ciudad. El sol se ocultaba rápidamente. Caía la noche. La nieve caía del cielo en copos helados. Hacía demasiado frío para que la nieve se derritiera, así que lo cubría todo de blanco: los tejados y los desagües, las callejuelas y los callejones.

Un gato azul plateado de ojos ámbar corría por las calles. Se llamaba Varjak Paw y corría tan rápido como podía. Le encantaba estar en la ciudad. Había crecido dentro de casa, como un animal doméstico. Siempre había soñado con vivir libre y salvaje. Ahora sus sueños se hacían realidad.

A su lado corrían sus amigos: una gata espigada blanca y negra llamada Holly, una peluda marrón chocolate llamada Tam y un enorme perro negro llamado Cludge. Conocían la ciudad mejor que Varjak; él aún estaba aprendiendo a sobrevivir en las calles. Y el invierno era duro. La comida escaseaba. Habían estado cazando todo el día sin suerte. Ahora se dirigían al vertedero de la ciudad, con la esperanza de encontrar algunas sobras que la gente hubiera tirado.

Se desviaron hacia un callejón. Ante ellos se alzaba una verja de hierro oxidado que traqueteaba con el viento. Era la entrada al vertedero. A lo lejos, en alguna carretera principal, el tráfico retumbaba y rugía, pero aquí todos los coches estaban averiados. Los parabrisas estaban destrozados, los neumáticos rajados. Fragmentos de cristales rotos sobresalían de la nieve. Podían hacer pedazos las patas de un gato.

Así que esto es todo, pensó Varjak. El basurero de la ciudad.

—¿No podemos seguir cazando?,— dijo. —Tengo un buen presentimiento. Vamos a cazar un ratón, tenemos que hacerlo.

—Ojalá lo hiciéramos,— jadeó Tam.— Me muero de hambre.

—Yo también,— dijo Holly—. Pero no hemos visto ni un ratón desde que empezó a nevar. Deben de estar escondiéndose del tiempo. O de ella.— Se estremeció.

Por encima de sus cabezas, a través de la nieve arremolinada, parpadeaba una farola ámbar. El día estaba a punto de terminar; la noche estaba cerca. Holly y Tam se movían sobre sus patas. Incluso Cludge parecía nervioso.

—Acabemos de una vez,— dijo Holly, con una voz como el crujido de la grava.— No queremos estar aquí cuando oscurezca.

Tam miró hacia la puerta oxidada y se estremeció.— ¿Por qué no vais Varjak y tú primero? Yo me quedaré aquí vigilando, aunque tenga que comer la última,— dijo, sonando muy noble.

Holly puso los ojos color mostaza en blanco. — Podría haberlo sabido. Bien. Vamos, Varjak. Al menos ahora sabemos quién está asustado y quién no.

—No tengo miedo,— protestó Tam—. Es sólo que necesitamos vigilancia. ¿Y si viene? Es más valiente ir el último. En realidad... —Hizo una pausa y se rascó la cabeza.— En realidad, creo que iré contigo.

—Oh, no, no lo hará—, se rió Holly. —Tienes razón. Necesitamos un vigía, y enhorabuena, Tam, ¡has conseguido el trabajo!

Los ojos grandes y redondos de Tam se volvieron enormes de miedo.— Pero- pero-

—No pasa nada,— dijo Varjak. Se daba cuenta de que Holly bromeaba, pero también de que Tam no lo hacía.— Yo vigilaré. Haré guardia, con Cludge.

El pelaje de Tam se acomodó. —¡Gracias, Varjak! Te guardaré algo de comida, si es que encontramos algo.

Holly y Tam avanzaron sigilosamente a través de la nieve, pasando junto a imponentes coches destrozados y abriéndose paso entre cristales rotos hacia la verja. De ella colgaban cadenas y candados que repiqueteaban con el viento. Pero encontraron huecos, grietas, caminos por los que la gente nunca pensaría. En unos instantes, Varjak y Cludge se quedaron solos.

thud
thud
thud

El pelaje de Varjak se erizó. Le pareció oír algo detrás de él. ¿La cola de un gato golpeando? Algo se movía, alguien le observaba.

thud

Oh. Por supuesto. Ahora sabía qué era ese ruido.

Su propio corazón, latiendo en su pecho.

Exhaló, sintiéndose tonto. Tam lo había puesto nervioso. Se volvió hacia Cludge.

El perro grande movió la cola.—¡Varjak!,— ladró.— Varjak tiene miedo a la basura.— Estiró una enorme pata y apartó de un manotazo un trozo de papel—. No tengas miedo,— jadeó. —Cludge aquí.

Varjak sonrió. Cludge siempre le hacía sentirse mejor. Después de todo, ¿qué había que temer cuando se tenía a un perro enorme al lado? Incluso Holly y Tam estaban un poco nerviosos con Cludge, pues aún se estaban acostumbrando a la idea de ser amigos de un perro. Sólo Varjak había visto la verdad: que a pesar de toda su fuerza y tamaño, Cludge a veces se sentía tan asustado y solo como cualquier gato.

—¿Y tú, Cludge?,— preguntó. —¿Estás bien?

—Cludge tiene frío,— dijo el perro.— Cludge hambriento. Pero Cludge feliz con Varjak.

Su cola se agitó de nuevo, y Varjak se sintió contento de haberse quedado aquí, después de todo. De todos modos, no quería entrar en el vertedero. ¿Qué era lo mejor que podían encontrar? Basura vieja y mohosa. Esa no era forma de vivir para un gato.

Él podía hacer algo mejor que eso, especialmente si usaba sus poderes. Porque Varjak conocía un secreto que le daba a un gato un gran poder. Se llamaba el Camino. Había siete habilidades en el Camino. Las había aprendido en sueños, cuando visitaba la antigua Mesopotamia y era entrenado por el gato guerrero Jalal.

Se acomodó junto a un coche y cerró los ojos. Recordó la voz de Jalal, que le llegaba a través de la noche mesopotámica. La Primera Habilidad es Mente Abierta. Varjak despejó su mente de pensamientos. Se tranquilizó y se quedó quieto, abierto a todo.

Ahora la Segunda Habilidad: Conciencia. Dejó que sus sentidos fluyeran por la ciudad. Podía oler la basura en descomposición y estaba seguro de que no habría nada en el vertedero que alguien quisiera comer. Pero sus bigotes sensibles también sintieron un pequeño cambio en las corrientes de aire. Algo se movía. No era basura, era algo cálido y cercano...

¡Un ratón! Era un jugoso ratón, escondido justo detrás de aquel coche. Se le hizo la boca agua y le rugió la barriga. Esto era lo que había estado buscando todo el día. Se imaginó aplastando el ratón, hincándole el diente, saboreando cada bocado...

No. No te dejes llevar. Concéntrate.

Cazar era la tercera habilidad. Cuando acechas a tu presa, te conviertes en ella. La conviertes en parte de ti.

Ahora estaba listo. Tensó su cuerpo con fuerza, con fuerza. Sus músculos se enrollaron -

- y Varjak Paw saltó hacia adelante, un borrón azul plateado, sumergiéndose bajo el coche, hacia su presa -

- Y *¡ZAS!* ahí estaba, bajo sus patas. Un ratón fresco, la mejor comida del mundo.

Holly volvió a cruzar la puerta. —No hay nada bueno ahí dentro,— suspiró.— Es repugnante. Pero oye... ¿qué es eso que tienes?

—¿Qué aspecto tiene?,— sonrió.

—Oh - ¡Varjak! Has encontrado uno.— Sus ojos color mostaza se iluminaron. Se lamió los labios y se detuvo. —¿Pero ¿cómo vamos a repartirlo entre todos?

Thud.

—Lo que vais a hacer —dijo una voz fuerte y descarada detrás de ellos— es darnos ese ratón.

CAPÍTULO 2

VARJAK VOLTE. OH no.

Había cuatro gatos en lo alto del callejón. Grandes y musculosos felinos de pelaje corto y erizado. Avanzaban pavoneándose por la nieve, con las colas retumbando tras ellos.

—¡Es una patrulla de la banda de Sally Huesos!— siseó Holly.

Las sirenas sonaban en la noche de la ciudad. Pero Varjak y Holly no podían huir. Tam seguía en el vertedero.

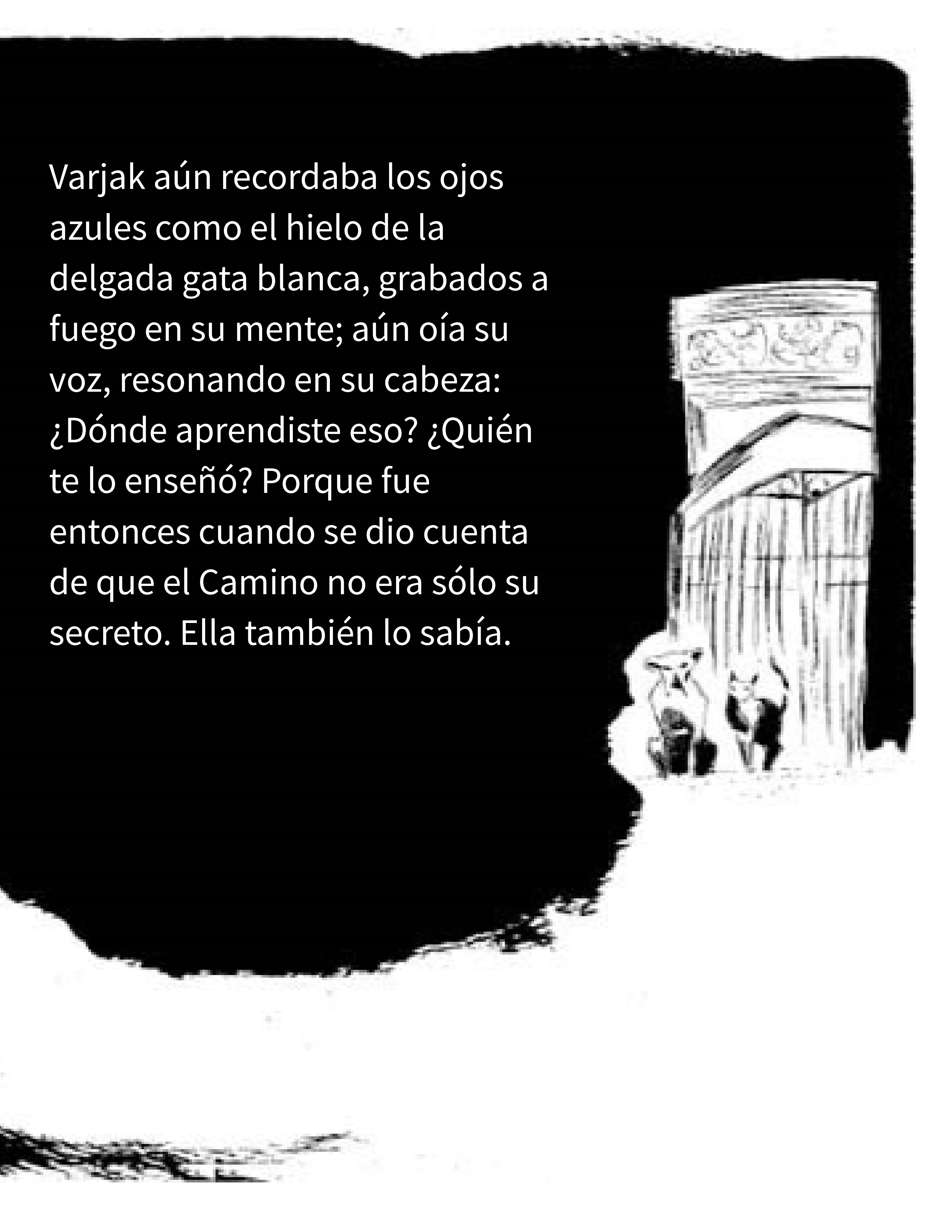
—¡Tam, vamos!,— instó Holly.

Cludge gimoteó suavemente, agazapándose en la basura mientras la patrulla crujía por la nieve hacia ellos. Varjak podía saborear el miedo de su amigo en el aire frío y cortante. ¿O era su propio miedo, que le aceleraba el pulso y le ponía rígido?

Sally Huesos no estaba entre ellos, pero Varjak reconoció a dos de sus capitanes. Al frente de la patrulla estaba Luger, un gato gris de nariz chata y ojos inexpresivos. Parecía perfectamente tranquilo y aplomado, pero en cada uno de sus pasos se percibía la amenaza de la violencia. Caminaba como si las calles fueran suyas.



Detrás de él acechaba Razor, un gato con rayas de tigre. Era el doble de grande que Varjak: más alto, más ancho, más grande en todos los sentidos. Habían luchado la última vez que se encontraron. Razor tenía ventaja. Varjak había usado el Camino para defenderse, pero Sally Huesos había intervenido y puesto fin a la pelea, apartándolos a ambos con facilidad.



Varjak aún recordaba los ojos azules como el hielo de la delgada gata blanca, grabados a fuego en su mente; aún oía su voz, resonando en su cabeza: ¿Dónde aprendiste eso? ¿Quién te lo enseñó? Porque fue entonces cuando se dio cuenta de que el Camino no era sólo su secreto. Ella también lo sabía.

—Varjak Paw,— dijo Luger, con voz fría como el metal. —Y Holly. ¿Qué hacéis vosotros dos aquí? ¿Otra vez causando problemas?

—Oh, no,— dijo Holly. —No hay ningún problema.— Su voz era tan grave como siempre, pero sus bigotes estaban rígidos por la tensión. Por encima de ellos, la farola crepitaba y chisporroteaba.

Detrás de Luger, Razor fruncía el ceño. Tenía la cara llena de cicatrices.— ¿Ahora andas con perros?,— dijo, descarado y alto.— ¿No sabes lo malo que es eso? Es como para ponerse enfermo.— El resto de la patrulla miró a Cludge y flexionó las garras. El gran perro parpadeó.

—Cludge no te hará daño,— dijo Varjak, tratando de sonar tranquilo, aunque sentía el estómago apretado y la boca seca.

—No hablaba contigo—, espetó Razor. Su cola se agitó arrogantemente en la nieve.— El Jefe nos ha enseñado cómo tratar a los perros. No intentes nada, Perrito, ¡o saldrás herido!

Cludge era mucho más grande, pero Razor parecía tan seguro de sí mismo. Ni siquiera los mires, Cludge, pensó Varjak. No queremos problemas. Sólo queremos que se vayan.

Cludge miró hacia abajo, muy quieto y en silencio. La nieve se posó en su abrigo.

—Bien,— dijo Luger, frío como el hielo.— Estamos buscando a un par de forajidos. Dos gatos gemelos: uno grande y otro más grande. ¿Los has visto?

—Aquí no hay forajidos,— dijo Holly. —Sólo estamos hablando.

—¡Has estado cazando!,— dijo Razor. Se lamió los labios.— Mira, Luger, tienen un ratón. Hacía siglos que no comíamos ratones.— Su cola se movió.— Dámelo. Ahora.

Varjak miró a su ratón. La nieve se arremolinaba en el callejón.

—He dicho que me des ese ratón—, repitió Razor. Luger lo observaba con ojos sin emoción. A Varjak le latía el corazón en la garganta. Se sentía mareado. Tenía mucha hambre. Llevaba todo el día buscando ese ratón.

—¡Dale el ratón, Varjak!— susurró Holly.

—¿Por qué iba a hacerlo?— Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. Se quedó mirando la nieve. No podía creer lo que había dicho.

Las orejas de Razor se movieron, como si él tampoco pudiera creerlo. Entonces su pelaje se hinchó. Sus músculos se ondularon bajo su pelaje a rayas.— Lo harás porque es la ley,— gruñó.— Si no estás en nuestra banda, no puedes cazar ratones. Tienes que comer basura.

El viento azotaba la cara de Varjak. ¿La ley? Nunca había oído hablar de esa ley. Él era todavía tan nuevo en la ciudad, tal vez Holly lo sabía. Pero parecía preocupada.

—Espera,— dijo ella. — Esa es la ley en el territorio de Sally Huesos, en el lado oeste. Nadie más cazaría allí. Nadie iría allí. Pero este es el centro de la ciudad. Es terreno neutral, libre para todos.

—Ya no,— dijo Luger.

—¿Qué quieres decir?,— dijo Holly.— ¿Qué pasa con los gatos que vivimos en el centro?

—Obedecerás la ley —dijo Luger con frialdad.— Cualquiera que infrinja la ley será llevado ante Sally Huesos y castigado. Ahora, Varjak Paw: dale a Razor ese ratón.

No se podía discutir con Luger. Hablaba de la ley con absoluta autoridad, con una voz tan dura y fría como el invierno. Ni siquiera Holly podía responderle.

Varjak se estremeció. Se rindió al ratón sin luchar, sin decir ni una palabra. Se quedó allí, en silencio, y dejó que Razor se lo arrebatara.

Los gatos de la banda lo engulleron. Se lamieron los labios. Entonces sonó la puerta oxidada y Tam salió del vertedero, balanceando orgullosa su tupida cola.

—Oye, Varjak, encontré algo bueno para comer, enterrado en la parte de atrás,— dijo, y entonces vio a la patrulla, y su cola se enroscó.— ¿L-L-Luger?,— tartamudeó. —¿Razor?

—¡Tam!,— dijo Razor.— ¡Siempre pensando en comida! ¿No estás ya bastante gordo?— Los gatos de la pandilla rieron a carcajadas. Tam intentó reírse con ellos, pero lo único que salió de su boca fue un sonido estrangulado.

—¡Basta!,— espetó Luger. El cacareo cesó en seco.— Este basurero pertenece ahora a Sally Huesos. Si hay algo bueno para comer, es nuestro.— Se volvió hacia la patrulla. —Uzi, Shane: venid conmigo. Razor: quédate aquí y vigila a estos gatos hasta que volvamos. Háganlo bien esta vez, y tal vez les ahorremos una chatarra.

Luger y los demás atravesaron la puerta. Tam se estremeció cuando pasaron junto a ella. Razor estaba de pie en la nieve, con la cola agitándose furiosamente tras él.

—Bien,— gruñó a Varjak y sus amigos, cuando los demás se habían ido.— Será mejor que ustedes tres no me arruinen las cosas. Tam, te has metido en un buen lío. Estabas infringiendo la ley. ¿Y sabes lo que les pasa a los infractores de la ley?— Las cicatrices de su cara se retorcieron como serpientes. —Reciben el castigo de Sally Huesos.

Tam se estremeció al oír la palabra. —Por favor, no,— tragó saliva.

Razor se inclinó hacia ella. Le pasó una garra por el borde de la oreja. Tam se apartó, pero Razor fue más rápido. Se acercó por detrás y le mordió la cola con fuerza.

—¡Basta!,— chilló Tam. —¡Déjame en paz!

Varjak apretó las patas. Se estaba enfadando. Toda esa charla sobre la ley le había confundido, pero ahora sabía lo que estaba pasando. Esto era acoso. Había crecido siendo acosado por su hermano, y no le gustaba ni un poco. Quería que se acabara.

Miró a Cludge a los ojos y asintió. El perro negro se irguió y se sacudió la nieve del pelaje.

—Basta,— gruñó Cludge a Razor.

Razor se volvió hacia él. A su alrededor, el viento se levantaba, cada vez más frío.

—No os tengo miedo,— dijo Razor. —Una manada de perros - eso da miedo. Pero sin una manada, un perrito solo no es nada.

— Cludge tiene una manada. Tiene amigos. ¡Deja en paz a los amigos de Cludge!

—Tus amigos son gatos,— se burló Razor, mientras la nieve caía a su alrededor.— Deberías quedarte con los tuyos, estúpido y apestoso imbécil. ¿Qué te pasa? ¿Ya no te hablan los otros Perritos?.

Los ojos negros de Cludge se nublaron. Empezó a temblar. Se inclinó hacia Razor, de modo que su hocico quedó justo por encima de la cabeza del gato, y entonces lanzó un rugido poderoso y ensordecedor, como un trueno.

Varjak sonrió. Vamos, Cludge, pensó. Razor se cree muy duro. Veamos lo duro que es ahora.

Pero Razor se mantuvo firme y estalló en acción. Sus garras se arqueó hacia arriba, hacia arriba, y cortaron una curva viciosa a través de la nariz suave y húmeda de Cludge.

El gran perro aulló. Se retorció, girando la cara a izquierda y derecha y a izquierda, salpicando de sangre la nieve. Retrocedió tambaleándose ante las garras de Razor y se escondió detrás de Varjak, temblando, gimoteando, sangrando por la nariz.

Se había acabado.

El estómago de Varjak se volvió líquido. Razor se pavoneaba ante ellos, con la cola insolentemente alta y orgullosa, el pelaje ondeando en señal de triunfo. —¿Quién más quiere pelea?,—

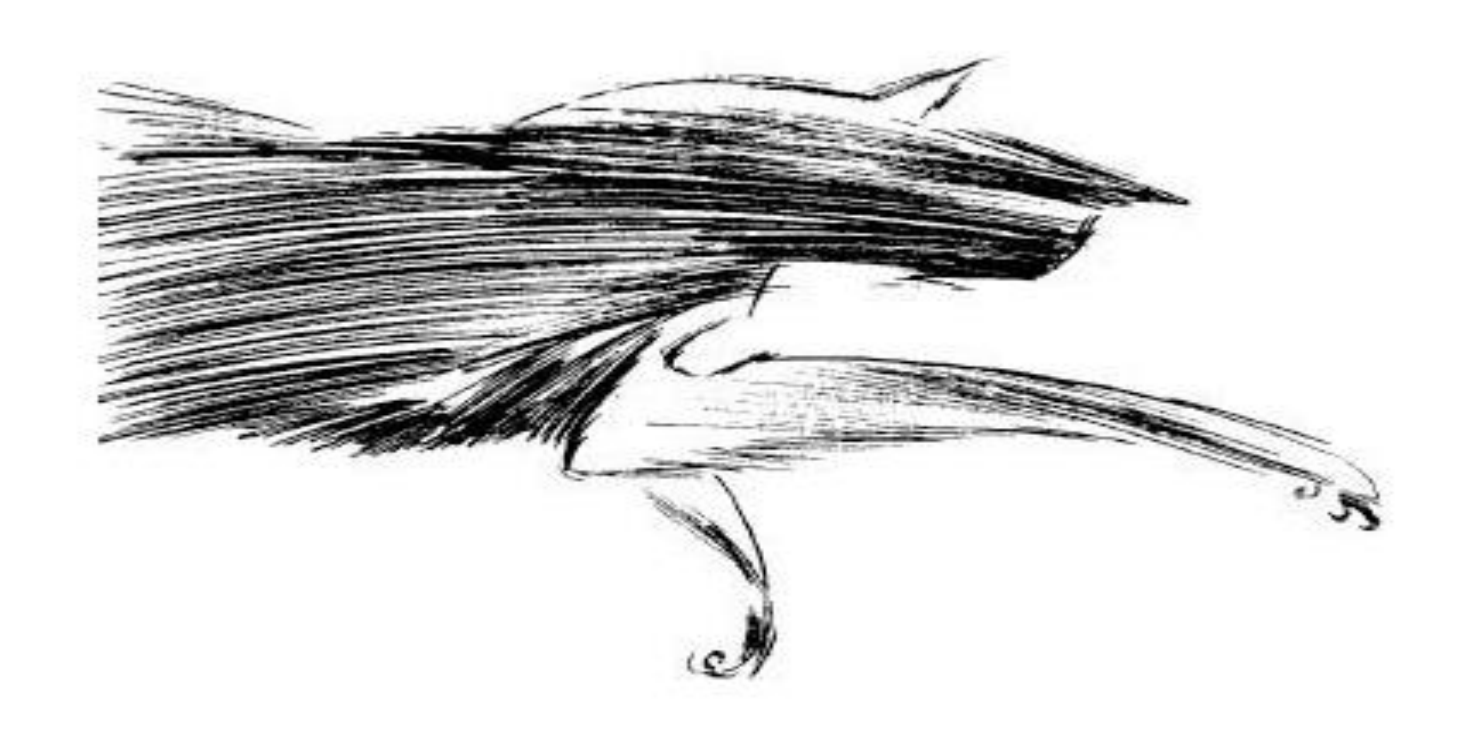
cacareó.— Tú. Varjak Paw. Tuviste suerte la última vez. Si el Jefe no se hubiera interpuesto, te habría vencido. Pero nunca me dejaron olvidarlo, ¡nunca!— Mostró los dientes.— Esta vez, eres mío.

Y aquí llegó Razor. Grande. Valiente. Irrumpiendo hacia él a través de la nieve.

Sin tiempo para pensar. Sólo una cosa para él: el Camino. Las Habilidades de lucha.

Cuarta Habilidad: Tiempo Lento. Varjak respiró hondo, y contó.





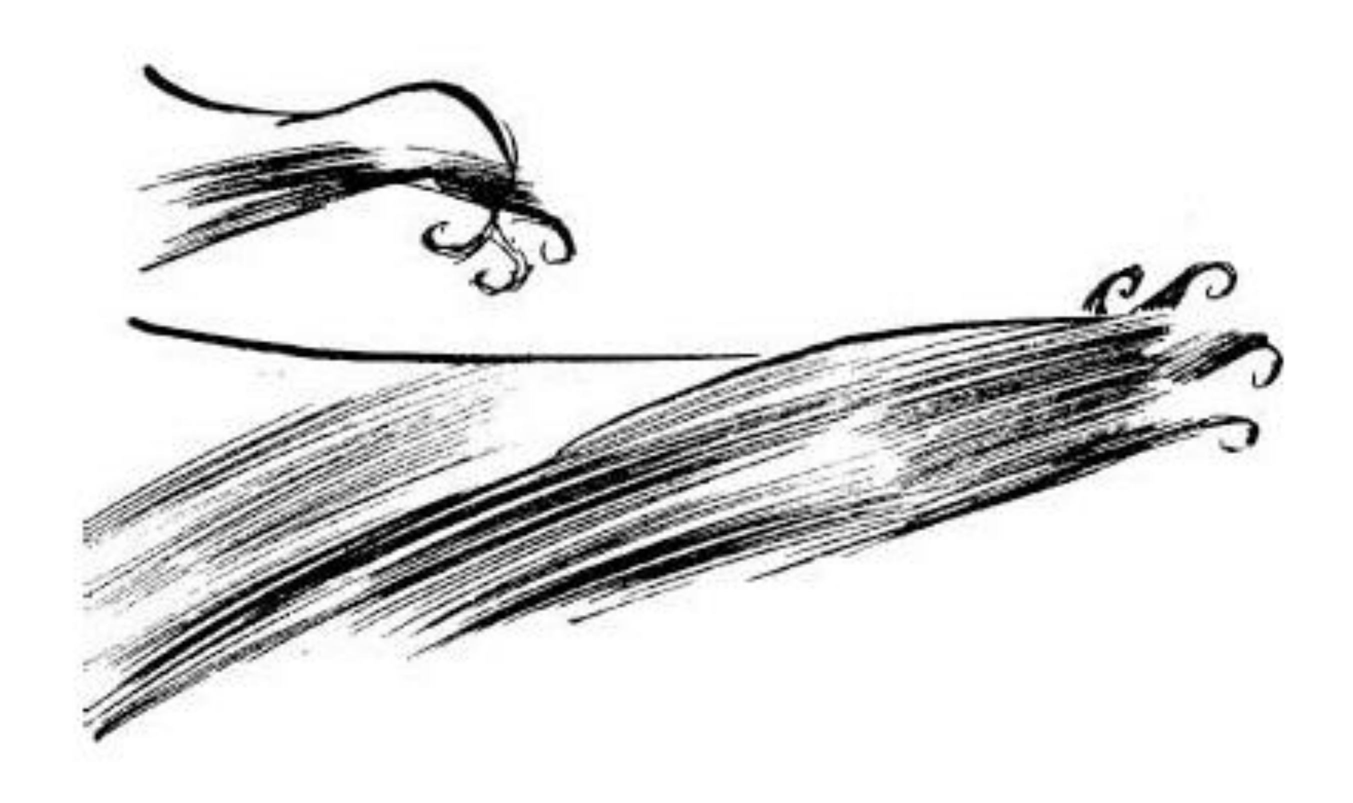
En-dos-tres-cuatro.

El mundo parecía brillar.

Fuera-dos-tres-cuatro.

Todo se ralentizó.





En dos-tres-cuatro.

Pero Varjak se sintió rápido.

Fuera-dos-tres-cuatro.

El poder surgió en él.



Ahora la Quinta Habilidad: Círculos en movimiento. Hizo fluir el poder en un círculo de energía pura, caliente y fuerte en la noche invernal.





—¡Mira!— gritó Tam. —¡Mira, está brillando!

—¡Varjak, no!— advirtió Holly.— Te matará—

El viento recorrió el pelaje de Varjak. La nieve caía en espiral a su alrededor. Se preparó y, cuando Razor saltó por los aires, hizo girar su Círculo Móvil para salir a su encuentro.

SMASH! El impacto derribó a Varjak. Pero el Círculo Móvil se mantuvo firme. Rodó con el golpe. Se retorció, giró y desequilibró a Razor.

Razor se recuperó rápido. Golpeó con sus patas traseras. Dio un tajo en la cara de Varjak. Fue una patada temible, y conectó con una precisión brutal.

La sangre salpicó la nieve a su alrededor. Varjak estaba cortado.

Ignoró el dolor punzante. Reunió su poder. Dejó que la energía surgiera en su interior, que se acumulara, y cuando Razor se acercó para acabar con él, la liberó en una cegadora ráfaga de fuerza.

SLAM!

Razor parpadeó. Sus piernas cedieron. El gran felino se hundió en el suelo. Varjak se zambulló, lo inmovilizó, lo sujetó. La energía lo atravesó.

SLAM!

SLAM!

SLAM!



Golpeó a Razor, una y otra vez. El poder era tan fuerte. Llenaba su mente. No podía parar. Voy a darle una lección a Razor, pensó. Este matón que ha hecho daño a mis amigos y me ha robado la comida, le voy a dar tal paliza que nunca volverá a luchar...

—¡Varjak!— Oyó una voz grave, lejana. La voz de Holly. Dejó de golpear a Razor, y se dio la vuelta. Holly estaba justo detrás de él. —Varjak, es suficiente.

Miró a Razor. El gato a rayas de tigre lo miraba, indefenso. Aturdido, ensangrentado, estaba casi inconsciente. Un golpe más y estaría acabado.

Varjak empezó a temblar. ¿Qué había hecho? Había perdido el control. Lo había perdido por completo.

Dejó caer sus patas. Guardó sus garras. Se levantó, y dejó a Razor libre.

—¿Qué?,— jadeó Razor, parpadeando.— ¿No vas a...?

—No,— dijo Varjak. Estaba temblando, temblando por la fuerza. Holly, Tam y Cludge le miraban con los ojos muy abiertos.

—Salgamos de aquí,— dijo Holly,—antes de que Luger y los otros regresen.

CAPÍTULO 3

VARJAK Y SUS AMIGOS salieron corriendo del callejón. Dejaron atrás el vertedero y se adentraron en la noche. Nuevas calles se abrían ante ellos. Arriba, la luna brillaba entre las nubes.

—¡Se lo has enseñado, Varjak!,— dijo Tam. —¿Lo viste, Holly? ¿Viste lo que le hizo a ese matón?

—Fue una locura,— dijo Holly. Ha sido increíble.— Estaba sonriendo; Tam también.

Varjak intentó sonreír con ellos, pero no pudo. Tenía miedo. Tenía miedo de su poder. Había crecido tan fuerte, que se había apoderado de él. Incluso podría haber matado a Razor, si Holly no lo hubiera detenido.

Salió del Tiempo Lento. Fue duro. El lado de su cara estaba empezando a palpitar. Debe haber sido donde Razor lo acuchilló.

—¿Qué pasa, Varjak?,— dijo Holly, mientras corrían por las calles de neón. —¡Has ganado!

—Fui demasiado lejos

—Razor lo habría hecho peor,— jadeó Tam.

—Se lo merecía,— dijo Holly. —No ha sido el mismo desde que se unió a esa banda.

Tam agitó las orejas.— ¿Qué pasará cuando vuelva Luger? ¿Y cuando se entere?

Varjak miró por encima del hombro. Por un momento, creyó ver a Sally Huesos, la delgada gata blanca, que venía tras él con su ojo azul hielo. Pero no era más que una luz de neón, parpadeando a través de la nieve.

—Nos esconderemos,— dijo Holly. —Nos esconderemos por la noche. ¡Síganme!

Varjak le siguió, contento de tener a Holly a su lado. Ella siempre sabía qué hacer. Él ya no quería luchar. Sólo quería esconderse, acurrucarse y dormir, en algún lugar secreto, en algún lugar seguro.

Llegaron a una hilera de altos edificios de ladrillo. Entre los edificios había un laberinto de pasadizos estrechos. Holly se zambulló en el laberinto y los condujo rápidamente a través de él. El suelo estaba cubierto de nieve. A medida que corrían, la nieve cubría las huellas de sus patas y el rastro de la nariz ensangrentada de Cludge.

— Cludge, Lo siente— jadeó el gran perro.— Debería... Podría...— Se fue de cola.— Lo siento—, concluyó.

—¡No, Cludge!— dijo Tam.— Fuiste muy valiente. Me defendiste y nunca lo olvidaré. Excepto que... tal vez no deberías quedarte con nosotros... sólo te meterías en problemas...

—Estancia en Cludge ¡Quédate con los amigos! ¡Siempre!

Tam sonrió. Varjak también. Pero Holly negaba con la cabeza.

—Cludge, puedes quedarte todo el tiempo que quieras,— dijo. Pero,— ¿no tienes familia? ¿O amigos que sean... ya sabes... perros?

Los ojos de Cludge se nublaron. —¿Familia?,— murmuró. —Cludge no tiene familia.

—¿Por qué no?

—Enfadado con Cludge. Nunca podré volver atrás. ¡Nunca!

—Bueno, sólo hay un sitio donde esconderse —dijo Holly—, y tú eres demasiado grande para él. Mira.

Ante ellos había ahora unas barandillas de hierro negro, en las sombras de una callejuela. Las barandillas estaban ocultas tras montones de escombros y bobinas de cable eléctrico. Parecía un callejón sin salida que no llevaba a ninguna parte, pero en realidad era la entrada a una pequeña red de callejones. Sólo Varjak, Holly y Tam conocían estos callejones secretos. Estaban justo en el centro de la ciudad, en el terreno neutral que no pertenecía a Sally Huesos. Era el único lugar seguro que conocían, y Varjak nunca se había sentido tan contento de verlo.

hisssssssss!

Se le erizó la piel del cuello. Oyó algo en las sombras. Parecía un gato. Un gato acorralado, con la espalda contra la pared. Y había un olor muy extraño: algo antinatural, como el fantasma de un gato.

Un animal salió disparado de las sombras, en la noche. Varjak apenas lo vio; sólo un borrón en el borde de su visión. Era del tamaño de un gato, pero no podía ser un gato. No tenía la forma

adecuada. No tenía cola, y su cabeza era... no estaba seguro de lo que era. Se volvió para mirar, pero ya no estaba.

—¿Qué ha sido eso?,— dijo.

Tam tenía los pelos de punta, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. —Es- es-

—No pasa nada—, dijo Holly. —Ya se ha ido.

—Pero, ¿qué era?,— dijo Varjak.— ¿Y cómo pudo encontrar los callejones secretos? Y...

—No tiene nada que ver con nosotros. Olvídalo. Se escondía en las sombras; no encontró los callejones.— Holly pasó entre los escombros, atravesó la barandilla y desapareció por el otro lado. —Todo está despejado,— dijo. —Todo está seguro aquí. ¿Pero ves el problema, Cludge? Vamos a atravesar estas barandillas. Son demasiado pequeñas para un perro.

Varjak aún se sentía agitado por el extraño animal, fuera lo que fuese; pero ya se había ido, y Holly tenía razón sobre Cludge.

Podía ver que tenía razón, pero también podía ver a Cludge, apretando el hocico contra la barandilla, intentando seguirla, intentando encajar.



—Entonces...,— jadeó Cludge, —entonces...—. Cludge, ¡guardián! —Se puso delante de la barandilla, cubriéndola con su enorme cuerpo, y puso su cara más temible.— Cludge no tiene miedo—, chasqueó los dientes.— Cludge vigilando.

—Oh, Cludge,— dijo Tam. —Puede quedarse, ¿verdad, Varjak?

—¡Es peligroso!— llegó la voz de Holly. —No podemos dejarlo ahí, como un cartel gigante...

—Es nuestro amigo,— dijo Varjak, —y se queda si quiere—. Se volvió hacia el gran perro. —Quédate aquí, Cludge. Quédate y vigila. Ladra si viene alguien malo.

Cludge ladró y movió la cola, levantando una ráfaga de nieve. Tam se alegró.

—Es buscarse problemas,— dijo Holly, —pero no hay tiempo para discutir. Venid aquí antes de que venga Sally Huesos.

Varjak y Tam treparon por las verjas y se adentraron en los callejones secretos.

Aquí no había luces de neón, sólo el tenue resplandor de ventanas lejanas. Las escaleras de incendios conducían a los tejados. Los desagües serpenteaban hacia abajo, a través de rejillas en el suelo, hasta las alcantarillas. El suelo era de adoquines apretados. Las callejuelas estaban protegidas de la intemperie, por lo que los adoquines estaban secos y sin nieve. Un poco de calor se filtraba desde las alcantarillas a través de las rejillas del suelo. Varjak podía ver algo que brillaba allí abajo, como agua moviéndose muy por debajo de la ciudad helada.

Se acurrucó en un rincón.— Es bueno estar de vuelta—, suspiró.

—Nunca volveré a salir de los callejones secretos,— dijo Tam, mientras se ponía cómoda.

—Entonces nunca comerás otro ratón—, dijo Holly.— Excepto en tus sueños.

—Mmm...— murmuró.— Dulces, dulces sueños.

—Lástima que perdiéramos ese ratón,— reflexionó Holly.— Ojalá nos lo hubiéramos comido antes de que llegaran. Pero entonces habríamos tenido el castigo de Sally Huesos...

—¿Cuál es el castigo de Sally Huesos?,— dijo Varjak.

—No quieres saberlo,— dijo Holly.— No debería haber un castigo, ¿verdad? Todos los gatos deberían poder cazar, no sólo su pandilla.

—Nunca volveré a cazar,— murmuró Tam.— No después de esta noche. Y no cuando ella haga esas cosas horribles...

—¿Qué cosas?,— dijo Varjak. Tam se estremeció.

Holly agitó las orejas y la cola. —No lo digas. Es demasiado horrible.— Sacudió la cabeza.—¿Sabes lo que más me molesta?,— dijo, cambiando de tema.— La forma en que lo llaman ley, como si todos estuviéramos de acuerdo. Pero no es así. Hacen lo que les da la gana y tenemos que aceptarlo.

—Y ahora ya ni siquiera podemos ir al vertedero,— gimió Tam. —¡Si no conseguimos comida pronto, me consumiré! Voy a adelgazar.

—¿Qué les da derecho?,— dijo Holly. —Sólo porque son más grandes y más fuertes que nosotros creen que pueden mangonearnos.— Hubo un momento de silencio. Luego continuó en voz muy baja, con la voz llena de grava.— No deberíamos tenerles miedo—, dijo.— Muchos gatos de esta ciudad odian a la banda de los Huesos. La señora Moggs siempre dice que deberíamos plantarles cara, pero nadie se atreve nunca.

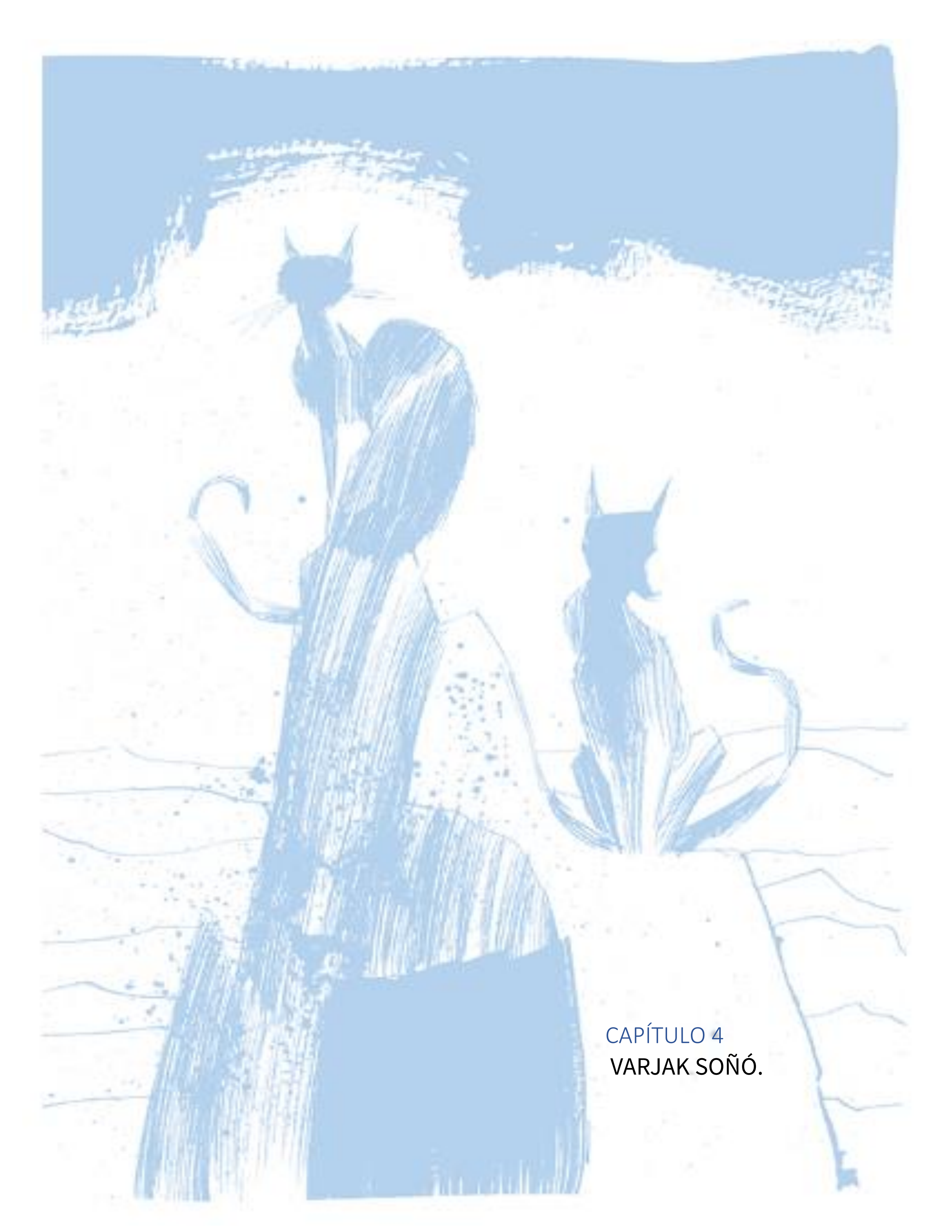
—¿Señora Moggs?— dijo Varjak.

—La gata más vieja y sabia de la ciudad,— dijo Tam.— Vive junto al río, en el centro, donde crecimos. Espera a que se entere de cómo venciste a Razor. Mañana te llevaremos a conocerla, ¿verdad, Holly?.

Holly bostezó. —Tal vez. Pero ahora nos vendría bien dormir un poco.— Se acurrucó en las sombras, junto a Tam. —Buenas noches, Varjak,— dijo, mientras sus ojos se cerraban.

Varjak frunció el ceño. Siempre había soñado con ser un gran luchador, el más grande... pero la realidad estaba resultando más difícil que cualquier sueño. Espera a que oiga cómo venciste a Razor. No quería ni pensar en cómo había perdido el control de su poder, ni en Luger y Sally Huesos, ni en aquel extraño animal que había visto fuera de los callejones secretos. . .

Estaba demasiado cansado para pensar. Cerró los ojos. Lo invadió una gran oleada de cansancio que lo sumió en el sueño.



CAPÍTULO 4

VARJAK SOÑÓ.

Soñó que estaba de pie en una montaña al amanecer. El aire sabía agudo y dulce, a menta silvestre. Todo parecía más brillante y claro de lo normal. Todo brillaba con la silenciosa luz del sol. El cielo era tan claro y azul que podía ver las estrellas, aunque era de día.

Un gato viejo estaba a su lado. No era grande, pero algo en él parecía peligroso. Su pelaje era azul plateado y sus ojos ámbar, como los de Varjak. Era Jalal: el antepasado de Varjak, a quien conoció en sueños, y que le había enseñado el Camino.

—¿Dónde estamos, Jalal?,— dijo Varjak.

—Las montañas de Mesopotamia,— dijo Jalal.— Estamos en la cima del mundo. Todo empieza aquí.

Señaló un arroyo plateado que brillaba bajo ellos bajo el sol. El arroyo desembocaba en un río que serpenteaba por colinas y valles, haciendo que el mundo reverdezca de vida. A orillas del río, a lo lejos, brillaba una ciudad.

—Estabas ahí abajo la última vez que nos vimos,— dijo Jalal.— Abajo, en el suelo, con todos los demás. Pero ahora, ¿ves dónde estás?

Varjak miró a su alrededor. Estaban completamente solos en la cima de la montaña. El azul del cielo era deslumbrante, el silencio le oprimía los oídos y el aire de menta salvaje le mareaba. Estaban demasiado alto, más alto que el sol.

—¿Qué hago aquí, Jalal?,— dijo. —Conozco las Siete Habilidades, sé todo lo que me has enseñado, y aquí estoy, en la montaña más alta-

—¿La montaña más alta?,— interrumpió Jalal, con los ojos brillantes de diversión.— Bueno. Tal vez estés aquí porque tienes más cosas que aprender. Cuando llegaste a Mesopotamia, no eras más que un gatito indefenso.

—Entonces no sabía nada. Pensaba que quería ser un gran luchador.

—¿Y ya no lo deseas?,— dijo Jalal. —Eso es bueno. Porque los verdaderos grandes luchadores saben que hay cosas más poderosas que luchar. Ver, por ejemplo.

—No quiero ser un luchador,— espetó Varjak. El viejo gato se limitó a mirarlo con calma.— De todos modos, ver no es poderoso,— murmuró.— Todo el mundo sabe ver.

—¿Sí?,— dijo Jalal. —¿Sabes ver, y aún así dices que estás en la montaña más alta?

Varjak miró hacia abajo. Vio las colinas y los valles. Miró hacia arriba y vio el cielo, con estrellas tan claras como el día. No había montañas sobre él, sólo cielo.

—Así es,— dijo. —La montaña más alta.

—Hmm,— dijo Jalal.— Tienes mucho que aprender. Ahora mira lo que hay detrás de ti.

Varjak se dio la vuelta y nunca olvidaría lo que vio.

Toda una cadena de montañas se alzaba sobre él. Eran increíblemente enormes y blancas. Sus caras escarpadas llenaban

el cielo: enormes, incognoscibles, un misterio perfecto. Y él sólo estaba en la cima más baja.

—También hay más montañas más allá,— se rió Jalal, —y más, aún más altas, al otro lado.— Si miras en la dirección equivocada, nunca las verás. Pero arriba, en esas montañas, tal vez aprendas qué es más poderoso que luchar. Así que ven ahora, Varjak Paw. Ven a escalar conmigo.



CAPÍTULO 5

VARJAK SE DESPIERTA EN los callejones secretos. Era el final de la tarde. Se encendían las primeras luces de la calle. En lo alto, algunas ventanas brillantes iluminaban los contornos oscuros de los edificios de la ciudad. Había dejado de nevar, pero aún hacía un frío glacial, y el viento le helaba bajo la piel. Se acurrucó junto a una de esas rejillas en el suelo, al lado de una alcantarilla. No olía bien, pero al menos estaba caliente.

Holly y Tam ya se habían levantado. Habían estado buscando comida en los callejones secretos. No habían encontrado nada.

—¿Adónde van todos los ratones en invierno?,— suspiró Holly.— Ojalá lo supiera. Quizá la señora Moggs tenga alguno. ¿Listo para irnos, Varjak?

Asintió con la cabeza. Se sentía mejor después de dormir, y tenía hambre de nuevo. Pero Tam parecía preocupada. Estaba agazapada en un rincón, junto a una escalera de incendios, mordisqueándose nerviosamente las patas.

—No nos vamos ahora, ¿verdad?,— dijo. —Anoche soñé con el gato blanco...

—¿Qué, Sally Huesos?,— dijo Holly.

—¡Ssh! ¡No digas su nombre! ¡Te oirá! Y entonces ella...

—Tam, cálmate,— dijo Holly.— No pasa nada.

—¡No está bien! Nos estará buscando, después de lo de anoche.

—Bueno, no podemos escondernos aquí para siempre. Tenemos que comer. Y la Señora Moggs siempre tiene algo bueno para comer.

Tam se mordió el pelo.— No tengo hambre.

—Es la primera vez,— sonrió Holly. Se inclinó hacia Tam y le susurró tentadoramente.— Piensa en los ratones. El sabor de los ratones frescos...

—Demasiado arriesgado

—Ratones calientes y jugosos...

Tam se lamió los labios.— Basta,— suplicó.

—Se derrite en la boca...

—¡No! ¡Dije que basta, Holly, y lo dije en serio! No voy a salir. Pronto será de noche, y *ella* estará al acecho.

—Bien,— dijo Holly.— Quédate aquí por tu cuenta. Vamos, Varjak.

Se escabulló por la barandilla. Tam se quedó boquiabierto.

—Vamos, Tam,— dijo Varjak. —Sabía que era arriesgado, pero iba a ir con Holly. No podía imaginarse estar en la ciudad sin ella. Además, él quería conocer a la señora Moggs.

Salió de los callejones secretos en la tarde invernal. Cludge estaba en cuclillas entre los escombros, vigilando las barandillas. Les ladró alegremente.

—¿Adónde vas?,— preguntó.

—Hemos quedado con unos gatos en la ciudad,— dijo Holly.

—¿Gatos?— Parpadeó. — ¿Cludge Viene?

Holly frunció el ceño.— Claro que puedes venir. Sólo que... los asustarás. Es que... bueno, tú eres un perro, Cludge, y nosotros somos gatos.

Varjak podía ver su punto. Sin embargo, no le gustaba. Odiaba la idea de dejar a Cludge solo.

Pero Cludge parecía aliviado. —Cludge no conocer gatos,— dijo. —Cludge se queda.— Se plantó firmemente en los escombros de nuevo. Parecía que nada lo movería del lugar. —¿Tam no se va?,— jadeó.

—No, está demasiado asustada,— dijo Holly.

—¡Tam, tonto!,— ladró Cludge.

—Sí, es una Tam muy tonta,— dijo Holly en voz alta.— Y también va a ser una Tam hambrienta, porque no le vamos a traer nada de comida, ni jugosos ratones, ni delicioso pescado, ¡nada!

Tam se escabulló por la barandilla. —¡Muy bien, muy bien, ya voy!,— dijo. —¡Pero sólo porque soy una codiciosa y estúpida Tam!

Todos rieron, y los tres gatos partieron hacia la ciudad. Por un momento, Varjak creyó ver un destello de sol invernal entre las nubes, iluminando el cielo, pero luego las nubes se cerraron y oscureció rápidamente. Era última hora de la tarde, así que había

mucha gente por las aceras. Las carreteras principales estaban llenas de coches chirriantes y rugientes.

Los tres amigos los evitaban y se quedaban en las callejuelas, donde los ruidos se atenuaban y había suficiente silencio para oír sus propias patas, que se deslizaban por la nieve. Este era el mundo de los gatos: invisible para la gente, pero en constante movimiento, justo debajo de la superficie de la ciudad.

Había muchos muros ante ellos. Holly siempre encontraba la forma de superarlos. Los guiaba por salientes elevados, a lo largo de tiras de andamios y bajando por el otro lado. A Varjak le encantaba escalar muros. Se sentía libre, en el aire, lejos del suelo. Así es como debe ser, pensó. La ciudad es un lugar mágico y maravilloso. Es nuestro lugar. Y ahora vamos a conocer nuevos amigos.

Pero a medida que la noche caía sobre la ciudad, incluso Holly parecía nerviosa. Llegaron a un muro con alambre de espino en la parte superior y gruesos barrotes metálicos. Estaba lleno de agujeros. Había carteles despegados y pintadas por todas partes.

Treparon con cuidado y avanzaron de puntillas, evitando el alambre y manteniendo el equilibrio en el borde. Un paso en falso y caerían, o serían despedazados por las púas.

Varjak sintió un hormigueo de peligro. Al principio pensó que era por el alambre. Luego se preguntó: ¿les seguía alguien? Su pelaje se erizó. Se concentró en los sonidos. Y allí, bajo el estruendo de la ciudad, oyó unas patas que se arrastraban detrás de ellos.

Les estaban siguiendo. Quienquiera que fuera no podía ser amistoso, o ya habría dicho algo. Los pensamientos felices de

Varjak se desvanecieron, como el sol tras las nubes. La ciudad no era mágica; era peligrosa. Aquí había que luchar para sobrevivir.

—Hay alguien detrás de nosotros,— susurró, y se dio la vuelta. Holly y Tam se giraron con él.

Frente a ellos, en lo alto del muro a la luz de la luna, Varjak vio tres gatos que nunca había visto antes. Siameses altos y delgados, de pelaje leonado y ojos verde pálido. Sus garras eran largas y curvadas. Parecían letales.

—¡Son las hermanas Arañazo!— susurró Holly. —Buenas luchadoras...

—Los mejores luchadores del mundo,— declaró el más delgado, el más malo y el más alto de todos.— Soy Elyza Arañazo. Estas son mis hermanas, Malisha y Pernisha. ¿Quiénes sois vosotros?

—Soy Holly — nos hemos visto antes.

—¿Holly?,— dijo Elyza Arañazo.— Sí, ya te reconozco, y a tu gordo amigo Tam. Pero, ¿quién es ese gatito tan gracioso que está contigo? Tú, ¿cómo te llamas?



Varjak no sabía qué decir. ¿Quiénes eran esos gatos? Se daba cuenta de que no eran amigos de Holly; era mejor tener cuidado.— Soy nuevo en la ciudad,— dijo.

—¿Nuevo?,— dijo Elyza. —Entonces, ¿de dónde vienes?

—Mesopotamia,— dijo alegremente.

Las Hermanas Arañazo le miraron fijamente, con los ojos entrecerrados y el pelaje aplastado por el viento.

—Mesopo-¿qué?,— dijo Elyza.

—¿Messuppa-quién?,— dijo Malisha.

—Lío donde los haya,— dijo Pernisha.— Obviamente no es de por aquí, ¿verdad? Parece problemático. Mira ese corte en la mejilla.

Varjak intentó sonreír. —No es nada,— dijo.— Sólo... me caí por las escaleras.

—Miente,— espetó Elyza, puliendo sus garras en el alambre de espino.

—Es un engreído,— dijo Malisha.

Pernisha enseñó las garras a Varjak.— ¿Faltas al respeto a las Hermanas Arañazo? ¿Crees que somos estúpidas? Sal de este muro, no perteneces aquí.

El corazón de Varjak dio un salto. No había sido su intención, pero les había hecho enfadar. Miró a su alrededor buscando una salida.

No había ninguna. Estaba en equilibrio sobre la pared. A un lado había alambre de espino; al otro, una larga, larga caída.

La cola de Elyza se agitó lentamente.— ¿Y bien? ¿A qué esperas? Somos las garras más rápidas de la ciudad, y nunca, nunca nos echamos atrás.

—¡Nunca!,— dijo Malisha.

—¡Jamás!— dijo Pernisha.

Los tres siameses se dirigieron hacia él, pasando entre alambradas y barrotes como si no existieran.

—¡Cálmense!—gritó Holly.— Varjak es mi amigo, ¡está bien! Se hizo ese corte peleando con Razor.

Las Hermanas Arañazo se detuvieron a un suspiro de la cara de Varjak. Podía sentir sus ojos clavados en él, como puntos de fuego verde pálido.

—¿Varjak?,— dijo por fin Elyza. —¿Tú eres Varjak Paw?.

—Hemos oído hablar de ti,— dijo Malisha.

—Dicen que luchas como los Huesos,— dijo Pernisha.— Inténtalo. Vamos, inténtalo, ¡y te cortaremos el cuello!

A Varjak se le aceleró el pulso. Esto se estaba convirtiendo en una pesadilla. No iba a luchar contra ellos, no después de lo ocurrido con Razor. Tenía que haber alguna otra forma de enfrentarse a esos feroces y orgullosos felinos, pero ¿cuál?

Levantó las patas muy despacio.— Tienes razón,— dijo.— Es cierto que puedo luchar como Sally Huesos. Pero eso no sería suficiente contra las Hermanas Arañazo. De ninguna manera. Son demasiado poderosas. No tendría ninguna oportunidad contra vosotras. Nadie lo haría.

Las Hermanas Arañazo parpadearon, sorprendidas. El fuego abandonó sus ojos.

—Hmm,— ronroneó Elyza.— Quizá no sea tan malo, después de todo.

—Sabe lo que hay,— dijo Malisha, acicalando su pelaje leonado.

—Sigo diciendo que es un descarado,— dijo Pernisha. —Pero tiene un poco de respeto. No como ella.

—No. Él no es como ella.— Elyza asintió con gravedad. —De acuerdo: te dejaremos vivir, Paw. Pero si es verdad que luchas como los Huesos, será mejor que tengas cuidado. Ha estado cazando a los gatos más duros de la ciudad y derrotándolos uno a uno. Sólo quedamos unos pocos; su banda ha tomado casi toda la ciudad. Ya no es como antes. Vigila tus espaldas.

Y con esas palabras, las Hermanas Arañazo desaparecieron. Más rápido de lo que Varjak podía ver, se descolgaron de la pared y se adentraron en la noche con las colas en alto.

CAPÍTULO 6

TAM SE VOLVIÓ HACIA Varjak, con asombro en los ojos. —¡Has hecho retroceder a las Hermanas Arañazo!

—Fui yo quien se echó atrás,— dijo Varjak. —No quería luchar contra ellos.

—Hiciste lo correcto,— dijo Holly.— No los queremos como enemigos. Ahora salgamos de aquí, antes de que venga alguien muy malo.

Los guió por la muralla, hacia el atardecer nevado. Se dirigieron al río que atravesaba la ciudad. Varjak olió el río antes de verlo; casi podía saborear el pescado fresco. Había un puerto en el río, con barcos que llegaban para atracar. Las banderas ondeaban en sus mástiles. Sus bocinas sonaban con fuerza y las luces jugaban en el agua. Las gaviotas revoloteaban por encima.

—¿Hueles ese pescado tan rico?,— dijo Tam, lamiéndose las chuletas.— ¡Es el favorito de la señora Moggs!

Frente al puerto había una hilera de edificios marrones, cubiertos de nieve como todo lo demás. Un tramo de escaleras descendía entre los edificios hasta un patio en la parte inferior. Aunque delimitado por edificios, el patio estaba abierto al cielo, con escaleras de incendios que subían en zigzag. Había luces encendidas en muchas ventanas, que proyectaban un cálido resplandor. Era un lugar acogedor, pero Varjak no pudo evitar darse cuenta de que las escaleras de incendios eran la única salida, aparte de los escalones por los que habían entrado.

El patio estaba lleno de gatos. No gatos de bandas, sino gatos callejeros normales y corrientes: de pelo largo y corto, grandes y pequeños, de todos los colores y tipos. Algunos husmeaban alrededor de un montón de viejas cajas de embalaje en una esquina del patio. Otros se agrupaban, se acicalaban el pelo unos a otros, cotilleaban y charlaban. Unos pocos lamían charcos de hielo en el suelo, intentando llegar al agua que había debajo.

Varjak miró más de cerca. No parecía haber comida. Aunque estos gatos parecían alegres, eran mucho más delgados que la banda de Sally Huesos. Carecían de los músculos grandes y musculosos de los que dirigían la ciudad.

En el centro del patio, junto a un ancla de barco y un montón de cadenas, un viejo atigrado les contaba un cuento a unos gatitos.

—Es el lugar más maravilloso,— decía con sus brillantes ojos azules.— Siempre hace calor y hay más ratones de los que se pueden comer.

—Pero si es tan maravilloso, abuela,— dijo un gatito de mermelada entre la multitud, —¿por qué no vamos allí ahora mismo?.

La vieja atigrada se peinó sus largos bigotes. —Bueno, no es fácil llegar allí, Jessie. Está protegido por temibles guardianes, y hay el olor más repugnante que puedas imaginar, ¡así que la mayoría de los gatos ni siquiera lo conocen! Pero nos refugiamos allí, hace años, cuando yo tenía tu edad. Hubo un gran incendio en la ciudad y tuvimos que escondernos...

Por encima del patio, las gaviotas se elevaban con la brisa del río. Las luces del puerto parpadeaban en la noche.

—Es la señora Moggs,— susurró Holly, pero Varjak lo había adivinado en cuanto la vio.— Nos contó ese cuento cuando éramos gatitas. ¿Recuerdas, Tam?

—¡Ya me acuerdo! Ojalá fuera verdad.

Señora Moggs miró hacia los escalones, alerta a pesar de sus años.— Pero es verdad, joven Tammie, querida,— dijo. Cada palabra.

—Yo... no quise decir que no fuera...

—¡Tam!— gritó el gatito de mermelada. —¡Y Holly! Saltó a su encuentro en la escalera. Mirad todos, ¡han vuelto! Los Desaparecidos no los atraparon, después de todo.

Un murmullo recorrió el patio. Los gatos callejeros dejaron de hacer lo que estaban haciendo y miraron hacia ellos, con las orejas y el rabo levantados por la excitación.

—Bueno, ahora,— dijo la señora Moggs, como Jess llevó a los tres hasta el ancla en el centro del patio. —Holly y Tam, ¡es muy bueno verlas a las dos de nuevo! Estábamos tan preocupadas por vosotras. ¿Pero quién está con ustedes?

—Es mi amigo,— dijo Holly.— Se llama Varjak Paw. Es el que nos salvó de los Desaparecidos. Gracias a él se acabaron.

El zumbido de interés se intensificó. Los gatos callejeros sonreían y ronroneaban a Varjak, dándole la bienvenida al puerto. Eran tan diferentes de la pandilla de Sally Huesos o de las Hermanas Arañazo; tan abiertos y amistosos. Ya se sentía como en casa.

—Soy Jess,— dijo el gatito de mermelada.— Y si eres el gato que resolvió las Desapariciones, deberíamos darte un banquete de bienvenida, ¡como a un héroe!.

Todos los gatos callejeros asintieron con la cabeza, murmurando alegremente y relamiéndose, todos menos uno. Un gato viejo y flaco con cara de haber comido algo podrido.

—¿Resolvieron las Desapariciones?,— resopló, mirando a Varjak. — No parece lo suficientemente grande...

—¿A quién le importa lo grande que sea?,— dijo Jess. —Ignora al viejo Buckley, Varjak. Es un gruñón horrible.

A Varjak no le importó; estaba disfrutando.— Bueno, el viejo Buckley tiene razón. No podría haberlo hecho sin Holly y Tam, y nuestro amigo Cludge. Y me alegro de conoceros a todos.

—Qué gatito más simpático,— ronroneó la señora Moggs. — Me gusta tu amigo, Holly.





—También *es mi amigo*,— dijo Tam. Todos se echaron a reír. En el puerto, la bocina de un barco se adentraba en la noche con un sonido intenso y bronco. El patio se bañó en cálidos sonidos.— Y adivina qué más,— dijo Tam, animada.— Varjak se ha enfrentado a su banda. Se enfrentó a Razor y le ganó.— Un grito ahogado recorrió el patio.

Varjak negó con la cabeza.—Tam- no-

Pero la pequeña Jess le miraba con sus brillantes ojos azules como nadie le había mirado antes. Había una especie de fe que le producía un cosquilleo en el cuero cabelludo.

—¿Ganaste a ese viejo malvado Razor?,— dijo.— La abuela siempre dice que alguien debería enfrentarse a la banda de los Huesos. Si yo fuera más grande...

—¡No te hagas ilusiones!,— dijo el viejo Buckley.— A mí no me parece un luchador.

—Varjak es un luchador,— insistió Tam.— Un gran luchador.

—No lo soy, —dijo Varjak.— No es verdad. No quiero pelear con nadie.

—¿Por qué crees que las Hermanas Arañazo se echaron atrás?,— dijo Tam. —Podrían decir...

—¡Esos gatos nunca se echan atrás! —respiró Jess. —Me gustaría que te quedaras, Varjak, nos vendría bien tu ayuda.

—¿Quedarse?,— balbuceó el viejo Buckley.— ¿Él? Piénsalo, Jessie. Si realmente venció a Razor, vendrán a buscarlo. ¿No tenemos ya bastantes problemas? Ojalá se fuera de aquí y nos dejara en paz.

La señora Moggs sacudió la cabeza.— A veces me pregunto por vosotros,— dijo. Jessie,— basta de hablar de peleas. Varjak es nuestro invitado. No pedimos a los invitados que se peleen en nuestro nombre. Y ciertamente no los insultamos, Buckley.

—Pff,— resopló el viejo Buckley.— No estaba insultando a nadie. Sólo decía lo que pensaba.

—Lo siento por él, queridos,— dijo La señora Moggs.— Está asustado, eso es todo. No se le puede culpar. No es natural lo que está pasando en esta ciudad. Hemos visto cosas que nunca pensamos que veríamos.

—Está bien,— dijo Varjak.— Sé lo que quieres decir. Anoche vimos algo extraño, ¿verdad, Holly? Era como una especie de gato, sólo que no tenía cola y su cabeza tenía la forma equivocada....

Dejó de hablar, porque el ambiente había vuelto a cambiar. De repente, ya nadie reía, ni ronroneaba, ni siquiera se movía. Todos miraban al suelo. Un silencio incómodo se apoderó del patio. La señora Moggs sacudió la cabeza.

—Días extraños,— dijo.— Ojalá pudiéramos darte la bienvenida como es debido. Te prepararía un banquete a la antigua, como dijo Jessie, sólo que no tenemos comida.

Tam se quedó boquiabierto.— ¿No hay comida? ¿En serio? Pero -pensé- ¿cómo es posible que no haya comida?.

La señora Moggs suspiró.— Este invierno ya es muy duro, hay muy poco para todos, y ahora los gatos de Sally Huesos nos quitan lo que tenemos y lo llaman ley. ¿El pescado del puerto, ese delicioso pescado fresco que puedes oler? Vienen todas las noches y nos lo quitan. Cualquiera que diga lo contrario... bueno, ya sabemos lo que les pasa. *El castigo de Sally Huesos.*

El silencio se hizo más profundo. Varjak se rascó la cabeza. Probablemente era el único que no sabía cuál era el castigo de Sally Huesos. Quizá la señora Moggs se lo dijera, pero Jess volvió a hablar antes de que pudiera preguntar.

—¿Cómo era Sally Huesos, abuela? ¿Antes de que venciera a las otras bandas y se apoderara de la ciudad?

La señora Moggs se dejó caer en un susurro conspirativo.— Nadie lo sabe. Los Huesos no siempre estuvieron en esta ciudad. Dicen que vino del Norte, y ha estado vagando por la tierra durante cien años, cambiando su nombre dondequiera que va...

El viejo Buckley soltó una carcajada. —¡Cuentos!

—¿Y te has dado cuenta? — La señora Moggs continuó.— Sólo se la ve de noche. Es porque se quemaría a la luz del día, ¡es así de malvada!

—Es la historia más estúpida que he oído nunca,— se burló Buckley.— Sally Huesos es malvada, de acuerdo, pero no es más que una gata, igual que tú o que yo. Pero ahora, el viejo Moggs te dirá que hay una ciudad secreta, de la que nadie más sabe...

—¡Lo hay!,— gritó. —¡Estaba diciendo!

—Y yo siempre te creí,— dijo Holly. —Pero si es verdad, ¿dónde está la ciudad?

—Bueno,— dijo la señora Moggs. Se echó hacia atrás y respiró hondo, como si estuviera a punto de contar otra historia. Pero antes de que pudiera hacerlo, un par de gatitos bajaron a toda velocidad los escalones del patio. Estaban sin aliento; sus ojos estaban redondos de miedo.

—¿Qué pasa?,— dijo la señora Moggs.

—¡Son ellos! ¡La banda de los Huesos! Luger y ese grupo, ¡están en el puerto!

El pánico recorrió el patio como el viento invernal. Varjak subió los escalones y los vio venir. Diez o más. No era una patrulla ordinaria. Era una fuerza de combate mortal de la banda de Sally Huesos.

Una garra de pánico le cortó las entrañas. El frío miedo se derramó, inundando su cuerpo. Jess le miraba, con los ojos brillantes. Pensó que era un héroe. Pensó que podría enfrentarse a ellos y ganar. Se equivocaba. Su poder no sería suficiente contra todos esos gatos. El Camino no podía ayudarlo; sólo traía problemas.

—Será mejor que te escondas, querido,— dijo la señora Moggs suavemente.— Es a ti a quien van a buscar.

Varjak asintió; no podía hablar. Sentía las piernas pesadas y la cabeza ligera.

—Usemos las escaleras de incendios,— dijo Holly.

—Demasiado tarde,— dijo Señora Moggs.— Te verán y te perseguirán, y será peor. No, mejor escóndete, y rápido.

—Pero, ¿dónde?,— se atragantó Tam.—Oh, nunca deberíamos haber venido, Holly, te lo dije...

—Esas cajas en la esquina,— dijo La señora Moggs. —¡Hazlo ahora!

¿Cajas? Varjak no lo entendía, pero Holly sí. Los arrastró a Tam y a él hasta la pila de viejas cajas de embalaje que había en un rincón del patio. Las cajas estaban desechadas, rotas y cubiertas de nieve. Una de ellas tenía una grieta lo bastante ancha como para que un gato se deslizara por ella, así que se metieron en ella y se acurrucaron en la oscuridad.

Podían oír a la señora Moggs, llamando a los gatos callejeros en el patio. — ¡No os asustéis! No hemos hecho nada malo. Enfrentémoslos con dignidad, por una vez.

Pero el pánico era contagioso. Los invadió a todos como una tormenta. Mientras se escondía en la caja con sus amigos, el corazón de Varjak martilleaba en su pecho. Tam temblaba a su lado. Incluso Holly estaba en silencio.

Porque a través de la grieta, podía verlos bajar los escalones. Los gatos más rudos y duros de la ciudad, y parecía que iban en serio.

CAPÍTULO 7

ESTABA OSCURO en el cajón. Estaba lleno de moscas y olía a fruta podrida. El suelo estaba viscoso bajo las patas de Varjak.

Se asomó por la rendija, con el corazón palpitante. Los gatos de Sally Huesos bajaban los escalones. Caminaban en fila, una estrecha y disciplinada línea, cada uno vigilando a los demás. Parecían mucho más grandes y fuertes que los gatos de la calle. Parecían muy bien alimentados.

Los lideraba Luger, el gato gris de ojos inexpresivos. Detrás de él venía Razor, pavoneándose tan alto como siempre, a pesar de la pelea. Tras Razor venían Uzi, Shane y otros seis. Cada uno de ellos era aterrador. Los gatos callejeros se acobardaron ante ellos y se agruparon alrededor de la señora Moggs, junto al ancla.

—Buscamos a un gato llamado Varjak Paw,— dijo Luger, frío como el hielo. —Es nuevo en la ciudad. ¿Quién sabe dónde está?

El corazón de Varjak dio un vuelco. Una palabra, una mirada, podría delatarlo. Pero los gatos callejeros no dijeron nada. Ni siquiera miraron las cajas.

La cola de Razor se agitó detrás de él.— Así es.

—Sally Huesos lo quiere, vivo o muerto,— dijo Luger.— Es un forajido, y también lo son sus amigos Holly y Tam. Sabemos que también son tus amigos. ¿Dónde están?

Varjak sentía las entrañas líquidas. ¿Forajido? ¿Vivo o muerto? ¿Cómo había sucedido?

En el patio, la señora Moggs tomó la palabra. —Bueno, Luger,— dijo,— tranquila pero firme. En primer lugar, creo que el vertedero forma parte del centro de la ciudad. Es terreno neutral. No pertenece a tu banda.

Luger no pestañeó.— ¿Y qué más?

—En segundo lugar,— dijo la señora Moggs, —no conocemos a ese Parjak Vaw, o como quiera que se llame.— Sus palabras resonaron en el patio como electricidad. Luger negó con la cabeza.

—Es una pena,— dijo. —Porque Sally Huesos ofrece una recompensa por información. Pescado fresco y jugosos ratones, todo lo que puedas comer.

El corazón de Varjak se retorció dentro de su pecho. Luger les había ofrecido lo único que todos querían. Pero todos permanecieron en silencio; incluso el viejo Buckley. Se limitaron a mirar al suelo. Arriba, una gaviota graznaba un grito largo y ronco en la noche.

—Déjame decirlo otra vez,— dijo Luger, —para que no haya dudas. Varjak Paw es un forajido. Le encontraremos, le daremos caza y le llevaremos ante la justicia. Lo mismo vale para cualquiera que le ayude o le oculte. Serán perseguidos de la misma manera, y llevados ante Sally Huesos para ser castigados. ¿Entendido?

Mientras Varjak escuchaba, un insecto zumbó en su oído. Se posó en su nariz. Podía sentir sus patas, arrastrándose por su cara. Pero no podía hacer nada. La banda de Sally Huesos le oiría si hacía algún ruido. *Quédate quieto. No te muevas. Ni siquiera respire.*

Fuera, en el patio, reinaba el silencio, un silencio estruendoso.

Luger asintió a sus tenientes, a su lado.— Uzi. Shane. Haced lo vuestro.

Uzi y Shane sonrieron. Acecharon por el patio, agitando las colas con amenaza. Empujaron y empujaron a los gatos callejeros. Varjak pudo ver cómo el pelaje de los gatos callejeros se erizaba de miedo y cómo se deshacían en pequeños grupos. Él mismo sintió el miedo en sus entrañas.

—Va a empeorar,— dijo Luger, —si no nos dices lo que queremos saber.

—Llame a sus matones fuera, —dijo la señora Moggs. —No sabemos nada.

Luger se acercó a ella. —¿Ah, sí?,— siseó.

A Varjak se le hizo un nudo en el estómago mientras miraba, pero la señora Moggs ni se inmutó. —Sí, lo es,— dijo simplemente. —Y te diré qué más, ahora que preguntas. ¿Los peces y ratones que ofrece como recompensa? Nos pertenecen de todos modos. Usted nos los robó.

Luger miró fijamente a la señora Moggs. Ella le devolvió la mirada, digna y tranquila. Luger parpadeó primero. Sacudió la cabeza con irritación y se escabulló detrás de ella.

—¿Y quién es éste?,— dijo sacando al gatito color mermelada.

—¡Es la pequeña Jess!— dijo Razor. Se acercó pavoneándose. Jess intentó retroceder, pero Luger la retuvo. A Varjak se le hizo un nudo en el estómago.

—No le hagas daño a mi Jessie,— dijo la señora Moggs, su pelaje empezando a levantarse. —No le hagas daño, ¿me oyes?

—¡Ni lo sueñes!— dijo Razor en voz alta. —No queremos hacer daño a nadie. Sólo queremos protegerte de un peligroso forajido. Lo entiendes, ¿verdad, Jess? ¿Por qué no nos ahorras a todos un montón de problemas y nos dices dónde encontrar a Varjak Paw y sus amigos?

—No lo sé,— dijo Jess con voz temblorosa.

Luger empujó a Razor a un lado y desenvainó las garras delante de la cara de Jess.— Eres una gatita preciosa —dijo, frío como el hielo.— Quieres seguir siéndolo, ¿verdad? No querrás acabar con feas cicatrices por todas partes, como Razor. *Ahora dinos dónde está.*



Jess se quedó allí, temblando. También Varjak, en la caja, y Holly y Tam a su lado. Se sentía indefenso. Totalmente indefenso.

—Ten corazón, Luger,— suplicó La señora Moggs. —Jessie es muy pequeña.

Luger se rió. Varjak le vio mirar a Razor, con una pregunta en los ojos. Razor se estremeció, dudó un momento y luego asintió.

—Bien,— dijo Luger a la multitud.— Si no nos decís lo que queremos saber, este gatito será castigado.

Un espasmo de horror recorrió el patio. Luger agarró a Jess por el cuello. Ella se retorció, pero fue inútil. La tenía y se la llevaba a rastras.

—¡No! —gritó La señora Moggs. —¡Mi Jessie no!— Se acercó a su nieta, pero los otros gatos de la banda la empujaron hacia atrás. Mostraron sus garras y dientes mortales a la multitud, manteniéndola a raya.

—Te daremos una oportunidad,— dijo Razor. —Tienes hasta mañana por la noche. Si nadie habla para entonces, tendrás que vértelas con Sally Huesos en persona.

Los gatos callejeros retrocedieron al oír su nombre. Retrocedieron aterrorizados, hundiéndose en la nieve. Razor, Luger y el resto subieron los escalones, salieron del patio y se llevaron a Jess a rastras. Ella se retorcía, la señora Moggs aullaba, pero nadie levantó una pata para impedirlo. No hubo resistencia. Nadie se atrevió.

CAPÍTULO 8

EN LA CAJA, el corazón de Varjak latía con fuerza. La banda de Sally Huesos había abandonado el patio, pero Jess se había ido, la señora Moggs sollozaba, y todo por su culpa.

—No puedo creerlo,— susurró.— Es sólo una gatita. ¿Cómo han podido hacerlo?

—Ya lo sé,— dijo Holly.

Permanecieron un rato sentados en silencio, en la oscuridad del cajón, con el olor a fruta podrida y el zumbido de las moscas.

—Echaré de menos a Jessie,— dijo Tam.— Era encantadora. Recuerdo cuando nació...

—Hablas de ella como si estuviera muerta,— dijo Holly.

—Sería mejor que estuviera muerta. Ya sabes lo que le harán. Tuvimos suerte de que no nos encontraran.

—La única razón por la que no nos encontraron,— dijo Holly, —es porque Jess no nos delató.— Dirigió a Varjak una mirada larga y dura, con sus ojos mostaza brillando fieramente en la oscuridad.

Varjak bajó la mirada. No quería problemas, pero los problemas le habían encontrado a él. Los gatos del astillero del puerto le habían dado la bienvenida, le habían tratado como a un héroe. Le habían defendido. Y ahora Jess se había ido, y él no había levantado una pata para impedirlo.

Se sintió avergonzado.

No puedo dejar que esto suceda, pensó.

¿Pero qué puedo hacer?

Algo se agitó en su interior. Algo viejo y fuerte, y enterrado profundamente.

Respiró hondo.— Sé por qué Jessie nos defendió,— dijo.— Tam, le dijiste que yo era un luchador. Ella te creyó. Ella creía que si escapábamos, volveríamos para ayudarla.

—¿Ayudarla?,— chilló Tam. —¿Cómo? Nos han declarado proscritos. Nos buscarán por todas partes. Y se han llevado a Jess a su territorio - *¡su territorio*, Varjak!

Sus palabras le hicieron temblar. Recordó el ojo azul hielo de Sally Huesos, grabándose en su mente. La gata blanca y delgada que también conocía el Camino.— Lo sé. Lo sé, lo sé. Y no os pediría a ninguno de los dos que vinierais conmigo. Pero tengo que hacer algo. No podría vivir conmigo mismo si no lo hiciera.— Intentó sonreír, contener el pánico que le atenazaba el corazón.— Voy a seguirlos. Voy a intentar rescatarla.

—Bueno —dijo Holly,— no podemos dejar que entre allí por su cuenta, ¿verdad, Tam?— Varjak levantó la vista, apenas capaz de creerlo. Holly le guiñó un ojo. Pero la cola de Tam golpeaba detrás de ella, golpeando los lados de la caja con alarma.

—¿Te has vuelto completamente loca?,— gritó.— Nadie va allí si puede evitarlo. ¡Nadie!

—Esta noche ha sido Jess,— dijo Holly.— Mañana podrías ser tú. ¿Deberíamos olvidarnos de ti y dejar que te lleven la próxima vez?

—No, claro que no, pero...

—¿Pero qué? Al final, vendrán a por todos nosotros.

Varjak ya no temblaba. Holly venía con él. Ella lo entendía. Siempre lo hacía.

Tam apretó los dientes. —¡Oh, te odio, Holly! Os odio a las dos. No sé quién es peor, estáis tan locas la una como el otro.

—Bien, —dijo Holly.— Este es el plan. Si vamos tras ellos ahora, estarán en guardia. Mejor si los sorprendemos. Yo digo que salgamos al amanecer y sigamos sus huellas. Si tenemos suerte, los atraparemos durmiendo, y tal vez -sólo tal vez- tengamos una oportunidad de sacar a Jess con vida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo,— dijo Varjak. —¿Tam?

Tam se mordió las patas.— De todas las estupideces que me has hecho hacer,— murmuró, —ésta es la más estúpida de todas.— Es una locura total. Pero no me vas a dejar aquí sola... ¡Oh, no, de ninguna manera! De acuerdo. Lo que tú digas. De acuerdo.

Varjak sonrió. Era bueno tener a sus amigos a su lado. Pasara lo que pasara, sabía que podía contar con ellos.

Salieron del cajón, al aire libre. Hacía un frío glacial en el patio. El viento cortaba su pelaje.

El terror aún era palpable en el aire. Podía olerlo. Los gatos callejeros tenían miedo de Luger, Razor y los demás, pero la amenaza de Sally Huesos era lo que más les aterrorizaba. Estaban agotados, destrozados, derrotados. Muchos se habían

desplomado en el suelo, desesperados. Algunos intentaban consolar a la señora Moggs. Varjak respiró hondo y se acercó a ella.

—¿Qué quieres ahora?,— preguntó el viejo Buckley.— ¿No ha habido suficientes problemas?

—Lo siento,— dijo en voz baja.

—Menudo luchador has resultado ser,— resopló Buckley. —Toda esa gran charla...

—¡Eran diez! —intervino la señora Moggs. Tenía la cara arrugada y húmeda, pero sus ojos seguían siendo de un azul brillante. —Nadie podría haberles hecho frente. No es culpa de Varjak. No hay nada que nadie pueda hacer.

—Sí, la hay,— dijo Varjak. —Vamos a traerla de vuelta.

No contestaron. Le miraron como si hubiera hablado en otro idioma. —Vamos a traerla de vuelta,— repitió.





—No digas tonterías —siseó el viejo Buckley.— Se ha ido adonde nadie puede ayudarla, y eso es todo.— El viento aullaba en el puerto.

Varjak negó con la cabeza.— Podemos hacerlo,— dijo.— Iremos al amanecer. Vamos a traerla de vuelta a donde pertenece.

—No lo entiendes, querido —dijo la señora Moggs, con los bigotes temblando al viento.— Se la han llevado al territorio de Sally Huesos. Nadie vuelve de allí.

Por un momento, los gatos callejeros miraron fijamente a Varjak, con ojos brillantes de incertidumbre. Luego se dieron la vuelta. Volvieron a los charcos de hielo del suelo y a las cajas de embalaje rotas. Nadie volvió a hablarle, ni siquiera a mirarle.

Levantó la vista hacia el cielo cada vez más oscuro. Iba a ser una noche larga y fría.

—Vamos a descansar,— dijo Holly.— Lo vamos a necesitar.

Cerró los ojos color mostaza y se hizo un ovillo. Varjak y Tam se acurrucaron a su lado y esperaron a que amaneciera.

CAPÍTULO 9

VARJAK SOÑÓ AQUELLA noche.

Soñó que volvía a Mesopotamia. Saboreó el aire de menta silvestre; parpadeó bajo la brillante y silenciosa luz del sol. El cielo era tan claro y azul que podía ver las estrellas, aunque era de día.

Estaba en la montaña con Jalal. Estaban en la cima. Era un precipicio escarpado, una caída abierta: no podían caminar más sin caerse. Sin embargo, por encima de ellos, delante de ellos, estaba la cordillera, imposiblemente enorme y perfecta, e imposiblemente lejana

—¿Estás listo para escalar esas montañas?,— dijo Jalal.

—¿Cómo?,— dijo Varjak. —No podemos subir más.

—A veces,— dijo Jalal, —para subir hay que bajar.

Varjak miró hacia abajo, hacia la blancura. Al principio, pensó que estaba mirando las laderas nevadas de la montaña más cercana. Pero entonces la blancura se abrió y se alejó, y se dio cuenta con una horrible sacudida de que en realidad había estado mirando un banco de nubes. Estaba tan alto que era más alto que las nubes. Sintió vértigo.

—No podemos bajar,— dijo.— Está demasiado lejos.

—Un solo salto bastará,— dijo Jalal alegremente.

—¡Pero nos caeremos!

—Precisamente. Sólo tenemos que caer, y estaremos allí.

Varjak miró a través de las nubes y vio que las laderas de las montañas más cercanas estaban mucho más abajo de lo que había

pensado. No podía estar seguro de dónde acababa el espacio y empezaba la montaña. Se mareó al pensar en ello. La vista se tambaleó peligrosamente, y tuvo que mirar hacia arriba.

—¡Está demasiado lejos, Jalal! ¡Nunca lo lograremos!

Jalal retrocedió. Sus ojos ámbar brillaban al sol. Levantó una pata en señal de alerta. Luego corrió hacia el precipicio, la caída, el borde de la montaña: y saltó hacia el espacio.

—Jalal, ¡no!,— gritó Varjak. Corrió hacia el borde, justo a tiempo para ver cómo el viejo gato se elevaba en el aire, se precipitaba hacia las nubes y desaparecía de la vista.

Se había ido. Desaparecido. Varjak estaba solo en la cima de la montaña.Sacudió la cabeza. Esto era una locura. ¡No podía saltar de una montaña! Lo matarían, su cuerpo se haría pedazos, seguramente moriría...Sin embargo, Jalal lo había hecho.

Miró hacia abajo. Se le revolvió el estómago. No le gustaba estar solo aquí. El aire de menta salvaje se le estaba subiendo a la cabeza otra vez. Maldijo a su viejo y loco antepasado.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? Jalal no le dejaba elección.

Se echó hacia atrás. Cerró los ojos. Y aún maldiciendo el nombre de Jalal, Varjak Paw corrió al borde de la montaña.

Saltó hacia delante y voló hacia el cielo más claro y azul. Bramando, chillando, remontando el vuelo, se precipitó a través de las nubes. El aire corría por su pelaje, sus bigotes, su cara. Caía, caía, caía a través del espacio, y...

whump!

- aterrizando finalmente, ligeramente sobre sus patas, a salvo en el otro lado.

¡Lo había conseguido! Había cruzado el abismo, había saltado el vacío. Había llegado a la otra montaña.

Jalal estaba a su lado, peinándose los bigotes.

—No es tan difícil una vez que te sueltas,— dijo el viejo gato. Señaló un camino que ascendía hacia las alturas.— Y ahora que hemos caído, podemos volver a subir.

CAPÍTULO 10

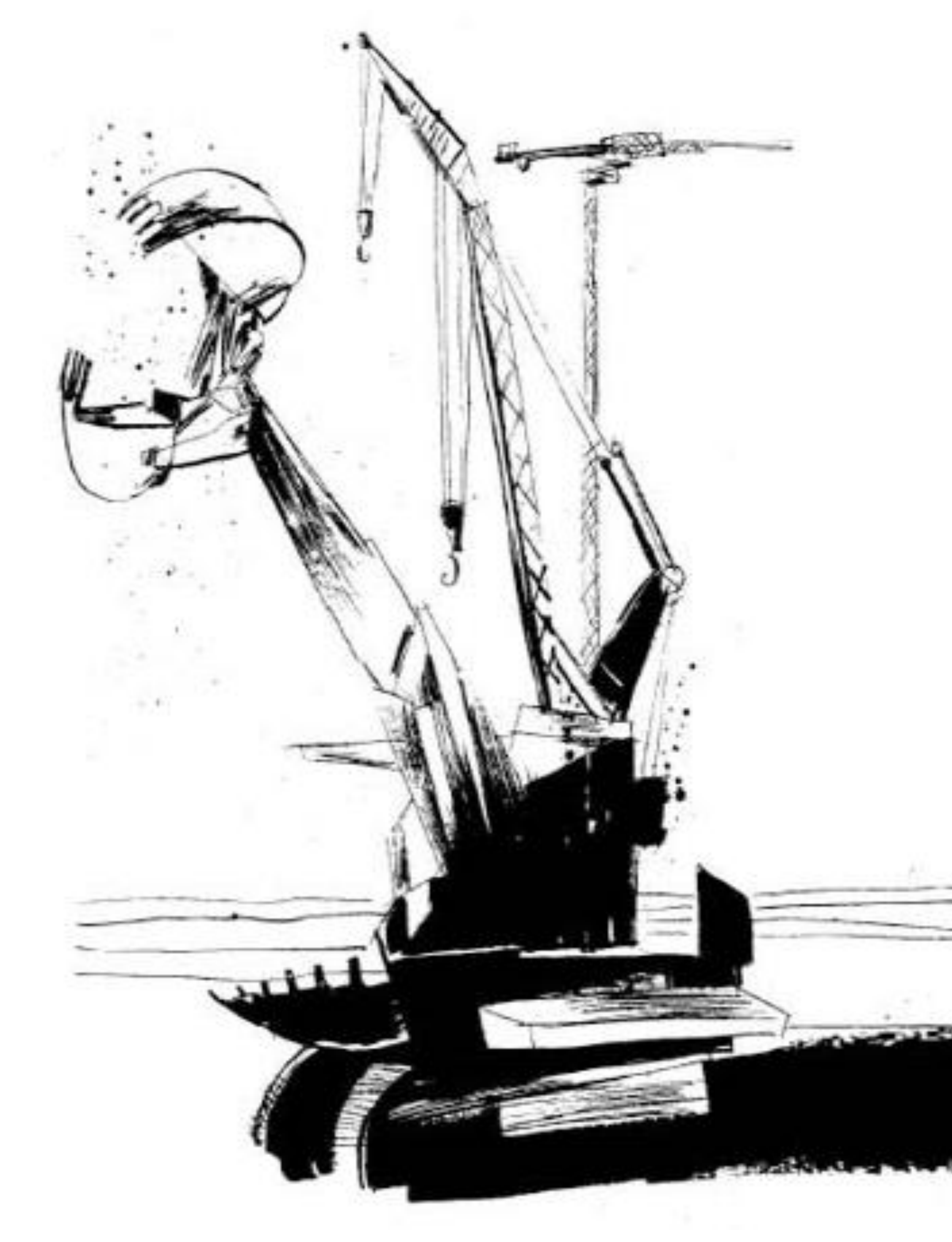
VARJAK SE DESPIERTA ANTES DEL ALBA. Hacía frío y estaba gris en el patio del puerto. Alguien le golpeaba en las costillas. Abrió los ojos y vio a Holly. Alrededor del patio, los gatos callejeros dormían.

—Vamos,— susurró Holly.— Basta de soñar. Es hora de actuar.

Subió los escalones. Varjak y Tam la siguieron en silencio fuera del patio. El puerto parecía vacío y desolado a la luz del amanecer. El viento invernal azotaba el agua. Varjak sintió su frío y tembló.

Holly los condujo hacia el oeste, siguiendo las huellas de la banda hacia el territorio de Sally Huesos. Había pocos coches en la carretera y ninguna persona en las aceras. En las calles había montones de nieve. Se estaba convirtiendo en hielo resbaladizo. Las almohadillas de Varjak patinaban bajo sus pies; tenía que luchar para mantener el equilibrio sobre el suelo traicionero.

A lo lejos, oía un aullido espeluznante. No tenía palabras, pero parecía decirle algo. No vengas aquí, parecía decirle. *Da media vuelta y vete.*



—¿Qué es ese aullido?,— se preguntó, con el pelaje de la nuca erizado.

—Viene del desagüe pluvial,— dijo Holly, mirando una fea estructura de hormigón que había junto a la carretera. —Nunca vayas allí. Dicen que viven cosas salvajes, ¿verdad, Tam?.

—No lo sé,— jadeó Tam.— Nunca he estado allí. Nunca quiero.

Se mantuvieron alejados del Drenaje de Tormentas y siguieron las huellas hacia el oeste. Llegaron a un cruce en la frontera del territorio de Sally Huesos. Había un solar a este lado del cruce. La tierra había sido removida; el suelo estaba desgarrado. Máquinas con garras de hierro se alzaban sobre fosos excavados en el suelo. Los edificios estaban medio derruidos y sus cimientos al descubierto. Una bola de demolición colgaba de una grúa, inactiva a estas horas.

Al otro lado del cruce, grandes edificios de cristal surgían de la tierra y se alzaban sobre la ciudad. Atravesaban el vientre del cielo y su parte superior era invisible. Tenían un aspecto afilado y acerado a la luz del amanecer.

Varjak sintió un hormigueo en la conciencia. Algo le resultaba familiar. Un olor antinatural, fantasmal. Avanzó y, al llegar a la encrucijada, vio de dónde procedía.

Una cola. La cola de un gato.



Tirada en la cuneta, donde la gente no la vería, pero clara como un semáforo para cualquier gato que pasara. Y justo al lado, destrozadas, sucias, pero inconfundibles, un par de orejas. Orejas suaves y peludas.

Orejas de gato.

Orejas de gato.

Varjak retrocedió un paso. Se le había secado la boca. ¿Orejas y cola, solas? ¿Qué hacían aquí, en la cuneta? No tenía sentido. A Varjak se le aplanaron las orejas y se le enroscó la cola. Perderlas... la idea era demasiado horrible.

—Oh... mi...— dijo Holly. —Acababa de verlos.

Tam cerró los ojos.— Te lo advertí. Te lo advertí, pero no me escuchaste.

Holly se sacudió el pelo, como si estuviera sacudiendo el agua. —No pasa nada,— dijo. —No tiene nada que ver con nosotros. Sigamos adelante.

—En tu lugar, yo no haría eso,— dijo una voz desde delante.

De pie en el cruce, frente a ellos, había dos nuevos felinos. Eran más leones que gatos: de constitución poderosa, crines peludas y colas tupidas. Se movían un poco despacio, pero eran los gatos más grandes y fuertes que Varjak había visto nunca. El que había hablado era más o menos de la altura de Razor, pero era increíblemente fornido y ancho de pecho. El otro era aún más grande.

—He dicho que no lo haría,— repitió el fornido. Tenía las patas romas y polvorientas. —¿No sabes de quién es este territorio?

—Claro que sí,— dijo Holly, alejándose del cruce.

—¿Qué haces aquí?,— dijo el fornido. —¿No ves lo que hay en la cuneta?

Varjak volvió a mirar las orejas y la cola. Se le encogió el corazón. Holly no parecía conocer a esos gatos. ¿Eran de la banda de Sally Huesos? Eso parecía, y sus caras tenían cicatrices, como la de Razor.

—Nos vamos,— dijo Holly.

—¡Oh, no, no lo harás! —Los dos gatos avanzaron a grandes zancadas, con las crines erizadas. Varjak, Holly y Tam retrocedieron hacia un edificio semiderruido que había detrás de ellos.

—Buscamos a un forajido,— dijo el fornido.— Un gato azul plateado llamado Varjak Paw, que lucha como Sally Huesos. ¿Eres tú?— Miró lentamente a Varjak.

—¿Él?,— rió Holly al instante.— ¡Esa es buena!. No es más que una mascota que se ha perdido, ¿verdad, Copito de Nieve?

—Er-¡Eso es!,— dijo Varjak. Agudo como siempre, Holly había visto que a estos gatos se les podía engañar. Su única oportunidad era seguirles el juego.— Soy Copo de Nieve y estoy perdido. Estoy buscando mi casa, ¿puedes ayudarme?— Sonrió dulcemente, aunque su pulso estaba acelerado.

El fornido gato se rascó la cabeza. —Tiene un aspecto raro, ¿verdad? Creía que Varjak Paw sería más grande, ¿verdad, Ozzie?.

—Yup,— dijo el gato gigante, hablando por fin.

—No creo que pueda ser el que buscamos. Pero vamos, veamos de qué está hecho. Será lo mejor.

—Ozzie sonrió. De acuerdo, Omar. Gracias.

Varjak se preparó mientras Ozzie se preparaba para luchar. Esto era una prueba. Si usaba la Vía, sabrían quién era, y eso sería todo. Tenía que enfrentarse a Ozzie sin ella y sin sus amigos. Holly y Tam no podían ayudarlo más, porque Omar los mantenía a raya.

—¡No hay necesidad de esto!— gruñó Holly.— No queremos pelear.

—¡Nadie quiere pelear con Ozzie!,— cacareó Omar. —¡Pero no tienes elección!

Ozzie salió disparado por los aires. Varjak rodó hacia un lado justo a tiempo, pero el gigante le alcanzó en el costado: un golpe de refilón, lo bastante potente como para derribarle.

Varjak se puso en cuclillas, defendiendo su flanco mientras recuperaba el aliento. ¿Cómo podría vencer a un gato así sin sus habilidades? Incluso con ellas, lucharía contra un oponente tan inmensamente grande y fuerte.

Ozzie marchó hacia delante, con las piernas gruesas como postes de la luz. Varjak retrocedió hacia la obra. El suelo estaba sembrado de escombros. Con tres pasos, estaba contra una pared, y Ozzie seguía acercándose. Una enorme zarpa salió disparada. Varjak se agachó. Ozzie golpeó la pared por encima de él. Una nube de polvo se levantó donde había estado la cabeza de Varjak.

¡Tenía que escapar! Un golpe así podría matarlo. Hizo una finta a la izquierda, a la derecha, pero girara a donde girara, Ozzie seguía en medio. El gato gigante sonrió, levantó a Varjak de sus patas y lo estrelló contra la pared.

Varjak giró en el aire, pero no pudo evitar el impacto. Le temblaron los huesos. Su visión se nubló. Por encima, vio la grúa, la bola de

demolición, los edificios rotos. Ozzie se estaba preparando para acabar con él.

—¡Será mejor que corras!— gritó Omar.— Es tu única oportunidad.

Varjak se tambaleó sobre sus patas, con el corazón palpitante, sin aliento. Quería correr desesperadamente, pero sabía que Ozzie lo atraparía. Es inútil tratar de luchar, pensó. No puedo vencer a este gato por su poder. Pero si de alguna manera pudiera usar su propio poder contra él...

Se mantuvo quieto, frente a la pared. Su corazón latía como un martillo neumático, pero se mantuvo firme y le hizo una seña a Ozzie. —¿Eso es todo lo que puedes hacer?,— dijo.— Pensé que se suponía que eras fuerte.

Ozzie pareció asustado durante un segundo. Luego dio un zarpazo en el suelo y cargó contra Varjak con toda su fuerza. Varjak permaneció inmóvil hasta el último momento y se zambulló bajo la carga.

CRUNCH!

El gigante se estrelló de cabeza contra la pared. Varjak se apartó de un salto, respirando con dificultad. La lucha había terminado. Se volvió para mirar, ¡pero Ozzie se estaba sacudiendo el polvo!

—¡Yee-haa!— gritó Omar. —No puedes herir a Oz, ¡no puede sentir nada!

Ozzie esbozó una amplia sonrisa. Parecía que se lo estaba pasando bien. —¡Oh, pero es bueno, Omar, es valiente! Creo que es él. ¿Puedo luchar con él un poco más? ¿Por favor?

—No, ya basta, hermanito,— dijo Omar, de repente muy serio. Se volvió hacia Varjak. —Sólo he visto un gato que no huyera de Ozzie, y era Sally Huesos. Así que tú debes de ser Varjak Paw, y esas historias deben de ser ciertas.

Con esas palabras, se inclinaron ante Varjak. También lo hizo Ozzie. Se aplastaron contra los escombros ante él.—A su servicio—, dijeron juntos. —Omar y Ozzie, los Gemelos Orribles. Los gatos más fuertes de la ciudad.

Varjak los miraba incrédulo. Holly y Tam también los miraban.

—No estáis en la banda de Sally Huesos, ¿verdad?,— dijo Holly.— Sois forajidos. Ahora lo recuerdo, Luger dijo que buscaban gatos gemelos, uno grande y otro más grande.

—Forajidos, y orgullosos de serlo,— dijo Omar, poniéndose de pie de nuevo.

—¿Forajidos?,— respiró Tam. Se acicaló la cola.— Nosotros también somos forajidos.

—No siempre lo fuimos,— dijo Omar. —Estábamos en la banda de Ginger, en los viejos tiempos, antes de Sally Huesos. Luego nos hizo unirnos a su banda. Era una pesadilla. Nos acuchillaba para demostrar que era la jefa. Somos más fuertes que ella, pero ella... ella es la única que conoce esa forma secreta de luchar.

Ozzie se estremeció. La cicatriz de su cara tembló.— No lo digas, Omar. No quiero recordarlo. De todos modos, nos escapamos de ella. Y ahora hemos conocido al gato que va a arreglar esta ciudad: ¡Copito de Nieve!.— Miró a Varjak y esbozó su sonrisa de dientes separados. —No te llamas Copito de Nieve, ¿verdad?

Varjak no pudo evitar devolverle la sonrisa.— No, no lo soy,— dijo. —Tienes razón: soy Varjak.

—Entonces, ¿por qué ibas realmente a su territorio?,— dijo Omar.

—Una patrulla se llevó anoche a un amigo nuestro,— dijo Holly.— Un gatito.

Omar miró las orejas y el rabo en la cuneta. —Tu amigo necesita ayuda.

—¿Qué sabes de esas orejas?, —dijo Varjak.

—¿No lo sabes?— dijo Omar.— Es...

—No lo digas, —dijo Holly.— Es demasiado horrible.

—Por eso hay que decirlo.— Omar apretó sus grandes y contundentes zarpas.— Porque esa es la marca de Sally Huesos. Ese es el castigo por romper su ley. Ella te arranca las orejas y la cola, y las deja a la vista de todos.

—¿Qué? No puede hacer eso.— Varjak miró a Holly, esperando que dijera que Omar estaba equivocado, que era algún tipo de error, pero no lo hizo.

—¿Recuerdas aquel animal que vimos fuera de los callejones secretos? Era un gato. Un gato sin orejas ni cola.

La mente de Varjak empezó a dar vueltas. Ahora sabía por qué Tam estaba tan asustado. Y por qué los gatos callejeros del patio se callaron cuando lo mencionó.

—¿Nadie la detiene?, —susurró.

—Nadie puede, —dijo Omar.— Y si no actúas rápido, esto es lo que le pasará a tu amigo.

A Varjak le ardía la cara. Esto era indignante. Lo más escandaloso que había oído nunca. Se dio la vuelta, pero todo el mundo le miraba. Podía sentirlo; y podía sentir su propio poder, subiendo dentro de él como una llama.

—No,— dijo,— entrando en la encrucijada. —No le va a pasar a Jess.



CAPÍTULO 11

LOS CINCO cruzaron en silencio, con rapidez, hacia el territorio de Sally Huesos. Pasaron junto a las orejas y el rabo en la cuneta, desplegados como una horrible bandera. A Varjak le ardió la sangre al verlo de nuevo.

Atravesaron la ciudad a toda prisa, siguiendo las vías hacia el oeste. Las calles eran más anchas, pero sobre ellas se alzaban torres de acero y cristal que bloqueaban el cielo con muros que ningún gato podía escalar. Eran mucho más altas que los edificios marrones del puerto. Varjak se sentía como si estuviera corriendo por un cañón. El sol empezaba a salir y proyectaba rayas de color carmesí sobre el cristal. El alba se acercaba rápidamente.



El sendero descendía hasta la orilla del río. Cuando el río se hizo visible, Varjak oyó correr el agua, pero quedó ahogado por un silbido estridente y un rugido estrepitoso. Estos ruidos procedían de un puente ferroviario que cruzaba el río. Un tren se precipitaba sobre él, haciendo que el puente temblara y temblara y temblara. A Varjak también le hacía temblar la piel y le ponía los dientes de punta.

Esta parte de la ciudad era tan diferente del puerto. Parecía como si las orillas del río hubieran sido devoradas por torres. Las chimeneas echaban humo. El sabor a quemado se sentía en el aire. Al otro lado del río, Varjak pudo ver una torre que sobresalía del resto, apartada sobre un montículo. Era de piedra, no de cristal, y parecía muy antigua. Podría haber sido blanca alguna vez, pero ahora era negra con manchas de humo. Parecía una garra dentada de oscuridad, desgarrando el amanecer.

—Ese es el lugar de Sally Huesos—, susurró Omar. —El cementerio. Sólo sale de noche. Si acabas allí, se acabó. Pero aquí abajo, junto al río, es donde traen primero a los prisioneros, para ablandarlos.

Los condujo a lo alto de una desvencijada pasarela de madera que bajaba hasta el muelle. Se tambaleaba al paso de un tren. El puente del ferrocarril se extendía a lo lejos en la noche, a través de una amplia extensión de agua. La mayor parte del río estaba tranquila y en calma. Sin embargo, justo debajo del puente, se agitaba con una espuma marrón y sucia.

Qué extraño, pensó Varjak. ¿Por qué se agita así?

Se arrastró hasta el borde de la pasarela. Era marea baja, por lo que las orillas fangosas del río estaban al descubierto. No había rastro de Sally Huesos, pero había seis miembros de su banda justo debajo de él. Seis gatos musculosos. Uno de ellos estaba inmovilizando a Jess en el barro. Otros tres miraban desde lejos, riendo. Razor miraba al río, solo. Luger se inclinaba sobre Jess y gritaba: —¿DÓNDE ESTÁ? ¿DÓNDE ESTÁ? DÍNOSLO.

Jess no contestó. Luger señaló con la cabeza al gato que la inmovilizaba. El gato sonrió, le puso una garra en la oreja y se la arrancó.

Jess gritó.

En la pasarela, Varjak se levantó y saltó hacia Jess.— Ya basta,— gruñó. La furia le oscureció la vista. Respiró hondo, llenando sus pulmones con un propósito sombrío: inhala-dos-tres-cuatro, exhala-dos-tres-cuatro.

El mundo parecía brillar y ralentizarse a su alrededor. El poder surgió en su interior. Y ahora hizo un Círculo en Movimiento -

—¡Alto!— llamó Holly. —¡Necesitamos un plan!

- pero Varjak no podía parar. Estaba demasiado enfadado. El poder bullía en su interior. Al aterrizar en la orilla del río, creció, creció y creció, hasta que fue más de lo que podía contener o controlar, y entonces lo lanzó hacia Jess.

- pero Varjak no podía parar. Estaba demasiado enfadado. El poder bullía en su interior. Al aterrizar en la orilla del río, creció, creció y creció, hasta que fue más de lo que podía contener o controlar, y entonces lo lanzó hacia Jess.

SMASH! SMASH! SMASH!

El gato se desplomó. Se hundió en el suelo. Algo salpicó el pelaje de Varjak. Barro, tal vez, o sangre. El gato estaba muy quieto. En el puente del ferrocarril, el silbato de un tren chilló al amanecer.

Varjak rugió, lleno de feroz alegría. Había cinco gatos más contra los que luchar. Pero el poder era tan fuerte. Se sentía tan bien. Ya no le asustaba. Fluía a su alrededor, como un anillo de fuego, y en el fondo de su garganta sentía el sabor de la quemadura.

—¡Jess! gritó. —¡Levántate!

Tenía la oreja desgarrada y sangrante, pero abrió mucho los ojos al oír su voz. —¿Varjak? ¿Estoy soñando?

—Vas a volver a casa.

Razor se adelantó. —Espera,— dijo. —Tengo que hablar contigo.

Había una extraña expresión en sus ojos que Varjak no podía leer. Pero no había tiempo para preguntarse qué significaba. Su conciencia gritaba peligro. Detrás de él, otro gato venía a por él.

Varjak giró. Se arqueó bajo el golpe. Y llegó hasta el vientre del gato. Sintió el crujido de las costillas, y luego el gato estaba girando por el aire. Chapoteó en el río y se lo llevó la marea. El tren ya no estaba; su estruendo se había desvanecido. Bajo el puente del ferrocarril, el río seguía burbujeando y hirviendo, un torrente de agua marrón sucia.

Dos menos, pero ahora Varjak estaba desequilibrado y Luger se le echaba encima. Varjak intentó girarse.

Demasiado tarde.

Luger se estrelló contra él, rompiendo el Círculo. Varjak retrocedió en el barro, expuesto. Y ahora Luger venía a matarlo...

- ¡Pero Holly llegó primero! Bajó de la pasarela y forcejeó con Luger. Era mucho más grande que ella, y más fuerte, pero Holly tenía la ventaja de la sorpresa; y ahora Omar y Tam estaban con ella, apoyándola, y Ozzie estaba cargando contra los otros dos gatos Huesos.

—¡Omar! ¡Ozzie!— Luger gritó.—Traidores, el jefe os quiere vivos o muertos.

—Nunca nos cogerá,— gruñó Omar. Golpeó con fuerza a Luger, que cayó al barro. —¡Ahora estamos en la banda de Varjak!

A Jess le brillaron los ojos. —¿Quiénes son?,— susurró.

—¡Los Gemelos Orribles!— dijo Varjak. —Gatos fuera de la ley. Están con nosotros.

Ozzie estaba furioso. Los dos gatos Huesos huían de él por la orilla. Omar y Holly sujetaban a Luger boca abajo en el barro. Sólo Razor seguía en pie, y estaba completamente en inferioridad numérica.

—Vámonos de aquí,— gritó Holly. Retrocedió hacia la pasarela; Omar y Ozzie la siguieron. Varjak inició otro Círculo Móvil y ayudó a Jess a ponerse en pie.

—¿Todavía puedes correr?, dijo.

—¡Trata de detenerme!

Se unieron a los demás al pie de la pasarela. Razor se quedó donde estaba, mirando a Varjak. En lo alto, se oyó un silbido ensordecedor, y el puente del ferrocarril empezó a traquetear de nuevo, a traquetear y rugir con la acometida de otro tren.

—No te saldrás con la tuya,— gritó Luger, levantándose del barro.

—Dejadnos en paz,— dijo Varjak.— Somos gatos libres y nadie hace daño a un gato libre.— Su círculo brillaba como fuego azul plateado en la noche.

—¡Espera!— dijo Razor,— todavía mirando a Varjak. Quiero-

El rugido del tren ahogó sus palabras. Varjak y sus amigos empezaron a subir por la pasarela, con Ozzie en la cola. Luger arremetió contra ellos. Ozzie recibió el golpe sin inmutarse y le devolvió el golpe con sus enormes patas. Luger cayó. Razor se quedó al pie de la pasarela, observando en el barro cómo llegaban arriba.

—¡Vamos!— jadeó Holly. —¡Vamos, vamos, vamos!

Se alejaron corriendo hacia un rojo amanecer. Jess aún sangraba, pero era la que corría más rápido, y nadie se quedó atrás.

A medida que las calles pasaban, a medida que se precipitaban a través de los grandes cañones de cristal, Varjak salió del Tiempo Lento. Fue duro. Tenía la garganta irritada. Veía borroso.

Pero de algún modo, a través del caos y la confusión, consiguieron volver a la frontera del lado Oeste. Nadie les siguió; no encontraron patrullas. Pasaron por encima de las encrucijadas, entre las orejas y el rabo de la cuneta, y regresaron al centro de la ciudad.

Lo habían conseguido. Habían entrado en el territorio de Sally Huesos y habían sacado a Jess con vida.

Y arriba, la nieve empezó a caer de nuevo, a caer imparable del cielo.



CAPÍTULO 12

DE VUELTA AL PUERTO, el sol de la mañana brillaba sobre el río. Las bocinas de los barcos sonaban al atracar. Las banderas ondeaban en sus mástiles.

Varjak y sus amigos bajaron al patio nevado. Era como volver a casa. Allí estaban de nuevo los edificios marrones, con sus ventanas iluminadas con un resplandor acogedor. Allí estaban los gatos callejeros, la mayoría de ellos todavía durmiendo. La señora Moggs estaba sentada junto al ancla del barco, con el viejo Buckley a su lado. En cuanto vieron llegar a Jess, salieron corriendo a saludarla.

—¿Mi Jessie?— gritó la señora Moggs. —¡Trajeron a mi Jessie de vuelta!

Su grito despertó al patio. En unos instantes, los gatos callejeros se levantaron y zumbaron, con los ojos brillantes.

—¡Lo han conseguido!— La noticia corrió como la pólvora.

—¡Varjak ha traído a nuestra Jessie de vuelta!

Arriba, las gaviotas se elevaban con la brisa del río.

—¿Qué ha pasado, queridos?,— dijo la señora Moggs, lamiendo a Jess, consolándola.

—¡Estaban a punto de arrancarme las orejas y la cola!— jadeó Jess. —Pensé que estaba acabada, pero entonces Varjak me rescató...

El viejo Buckley negó con la cabeza.— ¿Cómo? ¿Cómo pudo hacerlo?

—Pelea como nada que hayas visto, Buckley. ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! ¡Es incluso mejor que Sally Huesos!

—Entonces le debo una disculpa, señor Varjak Paw,— dijo el viejo Buckley.— Me equivoqué con usted.— Su rostro estalló en la más alegre de las sonrisas.

Varjak se sintió muy orgulloso de aquella sonrisa. —Bueno, no fui sólo yo,— dijo. —Fuimos todos nosotros.

—Varjak tiene una banda ahora,— dijo Jess. —Esos dos grandes felinos, son forajidos, ¡pero están con nosotros!

—Encantado de conocerte,— dijeron los Gemelos Orribles.

A su alrededor, la nieve brillaba desde el cielo, cubriendo el patio de blanco. Varjak miró a Omar y a Ozzie, a Holly y a Tam, a Jess... y sintió un cosquilleo en la piel. Lo hemos conseguido, pensó. Hemos hecho lo imposible.

—Tenemos suerte de haber llegado a tiempo,— dijo Holly.—Si Sally Huesos hubiera estado allí...

—Fuiste listo, yendo al amanecer,— dijo la Señora Moggs.— Por supuesto, volverá a por nosotros. No lo dudes. Pero no nos importa, ¿verdad?

Un grito desafiante resonó por todo el patio.

—Varjak les dijo,— dijo Jess ferozmente.— Les dijo que somos los Gatos Libres, y que nadie hace daño a un Gato Libre.

—Los Gatos Libres,— dijo el viejo Buckley.— Es un buen nombre. Nunca habíamos tenido un nombre.

—Ya es hora de que eso cambie,— dijo la señora Moggs.— A partir de ahora, nadie podrá entrar aquí y llevarnos o robarnos la comida. Esta será una ciudad libre, para gatos libres.

Los Gatos Libres gritaron. Empezaron a bailar en la nieve, como si fueran palabras que nunca se habían atrevido a decir en voz alta, pero que habían guardado en secreto en sus corazones durante mucho tiempo. Y por la forma en que miraban a Varjak -especialmente a la señora Moggs y a Jess-, su corazón también bailaba, porque le llenaba de una oleada de orgullo que se arremolinaba en su interior como copos de nieve en la oscuridad.

—Esta noche, olvidémonos de ellos y de sus leyes,— gritó la señora Moggs. —¡Comamos como verdaderos gatos otra vez!

Y así lo hicieron. A lo largo del día, mientras Varjak y sus amigos descansaban, los Gatos Libres salieron al puerto. Desafiando la ley de Sally Huesos, regresaron con montones de comida, más de la que podían comer. No encontraron patrullas, ni rastro de la banda de Sally Huesos.

—¡Tienen miedo de Varjak!— dijeron algunos gatos.

—Están esperando su momento,— dijeron otros.

Nadie lo sabía con certeza. Pero al caer la tarde, hubo un festín en el patio del puerto, mayor de lo que nadie recordaba. Los gatos callejeros hincaron el diente al pescado fresco del río, el alimento que se les había negado durante tanto tiempo. Había una emoción salvaje en el aire. Los edificios marrones se engalanaban con ristras de luces de colores colgadas entre las ventanas. La nieve brillaba, ligera y blanca como el polvo, y en lo alto del patio asomaban todas las estrellas.

—Esto está delicioso,— dijo Holly, saboreando el festín.

—La mejor comida que hemos tenido en todo el invierno,— dijo Omar. —¿Verdad, hermanito?

—Mmm,— dijo Ozzie, comiendo otro jugoso pescado.

—¿Por qué le llamas hermanito?,— dijo Jess.— Es más grande que tú.

—Él es más joven,— dijo Omar.— Yo soy el gemelo mayor. Tengo que cuidar de él, ¿no es así, Oz?

Ozzie sonrió tímidamente, mostrando su sonrisa de dientes separados.— Yup, estaría perdido sin Omar diciéndome todo el tiempo lo que tengo que hacer.— Todos rieron.

—Esto es genial,— dijo Tam, relamiéndose los labios. —Si tuviéramos ratones de postre....

—No hemos visto un ratón en todo el invierno,— dijo Omar.— Hay que ser un cazador intrépido para encontrar uno.

Tam sonrió.— Vi uno hace unos días, ¿verdad, Varjak? El intrépido Tam el Cazador, ese soy yo.— Varjak sonrió, y Holly puso los ojos en blanco, pero Omar parecía impresionado.

—¿Vendrías a cazar conmigo, Tam el Intrépido?,— dijo.

—¿De caza? ¿Contigo?—Sus ojos marrón chocolate se abrieron alarmados. — Pero-. en realidad no soy intrépida- yo sólo...

—No te preocupes,— dijo Omar.— Soy un inútil. Todo el mundo es bueno en cosas diferentes, ¿verdad? Yo puedo luchar con los mejores, pero nunca he aprendido a cazar.

Tam soltó una risita. —Apuesto a que yo soy peor. Venga. Vamos a buscar el postre.— Salieron juntos del patio, con la tupida cola de Tam balanceándose orgullosa detrás de ella. Ozzie empezó a seguirlos.

—No, espera aquí, hermanito,— dijo Omar por encima del hombro, con los ojos brillantes.— Te traeré algo.— Ozzie parpadeó y se quedó con la mirada perdida mientras su hermano salía del patio con Tam.

—¿Qué haces ahí parado?— dijo Jess, agarrando al gigante.— Hay comida para comer, por una vez.— Se llevó a Ozzie a comer con los Gatos Libres y dejó a Varjak solo con Holly, junto a la pared del fondo. Por encima de sus cabezas, las escaleras de incendios zigzagueaban hasta los tejados y el cielo abierto más allá.

—Omar y Ozzie son divertidos, ¿verdad?,— dijo Varjak.— Me alegro de que estén de nuestro lado. No lo habríamos conseguido sin ellos.

—Aún no ha terminado,— dijo Holly. —Es estupendo que los Gatos Libres estén tan contentos, pero ¿qué pasará cuando Sally Huesos se entere? No creo que tenga miedo. ¿Y tú?

Varjak miró a los Gatos Libres, que celebraban en la nieve. Lo único que necesitaban era alguien que los defendiera. Y yo puedo hacerlo, se dijo. Puedo luchar. Mi poder es cada vez más fuerte. ¿Recuerdas lo que dijo Jess? *¡Es incluso mejor que Sally Huesos!*

Flexionó las patas con determinación.— Nos ocuparemos de eso si es necesario,— dijo.— Lo principal es que salvamos a Jess. Y si pudimos hacer eso... bueno, tal vez podamos hacer cualquier cosa.

Holly miró al cielo. Varjak también. Una vez más, pensó en lo mágica que parecía la ciudad bajo la nieve y la luz de las estrellas. En aquel momento, Holly no parecía la gata puntiaguda que él conocía; una gata que había visto demasiado mundo y se había vuelto rocosa para protegerse. Parecía la gatita que debió de ser, llena de travesuras, cuentos y sueños salvajes.

—¿De verdad lo crees?,— susurró, como si se estuviera atreviendo a creerlo.

Algo se iluminó entonces en Varjak, algo brillante y cálido que resplandecía en la noche invernal. Parecía un hilo de luces, colgado entre dos ventanas, uniéndolas. Se sentía como un hilo de luz de estrellas, fino y fuerte entre ellas.

—Creo que podemos hacer lo que queramos,— dijo, —tú y yo.

Sonrió.— Bueno, ya no hay vuelta atrás. Has empezado algo grande y estoy contigo hasta el final, pase lo que pase.— Hizo una pausa y bajó la mirada.— Pero, ¿quién sabe lo que va a pasar? Puede que no estemos tanto tiempo juntos...

Varjak sintió esos bigotes de luz estelar, tocando algún lugar tan profundo en su interior, que le hizo marearse.

—Yo no...,— empezó, se detuvo y volvió a intentarlo. —Holly, creo que nada de esto tendría sentido sin ti,— dijo.

Ella asintió en silencio. No hablaron más; no era necesario.

Al cabo de un momento, se acurrucó a su lado, puso una pata sobre la suya y cerró los ojos mientras sus colas se entrelazaban. Su respiración se hizo lenta y constante. Su rostro parecía tan tranquilo, tan pacífico. Podía sentir su pelaje en contacto con el suyo; el blanco y el negro se mezclaban con el azul plateado. Lentamente, sus ojos se cerraron y su respiración disminuyó al mismo ritmo que la de ella.

Permanecieron así, juntos y cómodos, con la fuerte luz de las estrellas entre ellos, hasta que se durmieron.

CAPÍTULO 13

VARJAK SOÑÓ.

Era el amanecer en Mesopotamia. Respiraba el aire de menta silvestre. Todo parecía más brillante y claro de lo normal; el cielo tan claro y azul, que veía estrellas brillando a través de la luz del sol.

Estaba subiendo la montaña con Jalal. Iban por un sendero, subiendo cada vez más alto. No podía ver la cima desde aquí. Aún quedaba mucho camino por recorrer.

El camino se estrechó y Varjak se encontró al pie de un acantilado alto y colgante. En medio del acantilado había una grieta lo bastante ancha como para que entrara un gato, pero estaba bloqueada por una piedra.

—Moveré esta piedra, Jalal,— dijo, —y entonces podremos seguir.

—¿Ah, ¿sí?,— dijo Jalal. —¿Y puedes ver la piedra que te propones mover?

—¡Claro que sí! Está justo delante de mí.



—Si puedes ver esa piedra —dijo Jalal en un tono lento y paciente,— entonces podrás ver todo lo que es, todo lo que fue y todo lo que será.

Varjak frunció el ceño. La piedra se interponía en su camino, y lo único que Jalal podía hacer era hablar con acertijos, con aquel irritante tono de voz.

—Sí, sé ver, Jalal,— dijo. Extendió una pata y empujó la piedra. No se movió, así que intentó tirar.

Esta vez, la piedra se desprendió y rodó montaña abajo tras él.

Se oyó un suave sonido de desplazamiento. Un guijarro rodó fuera de la brecha que Varjak había hecho. Esa piedra debía de ser lo único que la retenía. Se hizo a un lado y observó cómo rodaba montaña abajo.

Más guijarros salieron de la brecha. Luego empezaron a salir piedras, y piedras más grandes. Parecía que la brecha se ensanchaba, y las piedras seguían saliendo, acelerando a medida que se acercaban. Cada vez salían más piedras, y con ellas la nieve. El ruido cambiaba también. Se estaba convirtiendo en un estruendo, un estruendo profundo y terroso, y entonces un crujido y un crujido surgieron de la pared del acantilado.

—Apartaos,— gritó Jalal.— Se apartaron justo a tiempo, pues con un gran suspiro y un gemido, todo el acantilado se vino abajo.

El aire estaba lleno de polvo, nieve y escombros. Donde había estado el acantilado, ahora había un torrente de roca y nieve, rodando rápido y con fuerza. Varjak miró hacia arriba y vio cómo se movía la ladera de la montaña, cómo se agitaban y deslizaban enormes montones de nieve. Sintió temblar la tierra bajo sus patas y se le heló el corazón, porque nunca había soñado algo así.

—¿Qué está pasando, Jalal?,— gritó.

—Has provocado una avalancha —dijo Jalal, muy tranquilo.

Varjak observó, boquiabierto, cómo el torrente de nieve crecía, se acumulaba, roca y nieve, creciendo, haciéndose más rápido; y más abajo, en la ladera de la montaña, pudo ver bandadas de pájaros aleteando, animales corriendo para ponerse a cubierto, el mundo girando de cabeza mientras la poderosa montaña se desmoronaba. Láminas de hielo se deslizaban hacia abajo, bloques tan grandes como edificios, cortando la nieve; y Varjak pensó en aquella primera piedra, aquella pequeña piedra que había arrancado, y sacudió la cabeza con miedo y asombro.

Lentamente, la avalancha se asentó. El balanceo y el estruendo se detuvieron; la roca y la nieve encontraron nuevas formaciones. El temblor cesó y, bajo el cielo azul y estrellado, la montaña volvió a la calma y a la quietud.

—Si de verdad hubieras visto esa piedra —dijo Jalal,— también habrías visto todo esto. Ninguna acción, por pequeña que sea, carece de consecuencias. Pero ahora ven. Para bien o para mal, has abierto un camino.

CAPÍTULO 14

VARJAK ABRIÓ LOS OJOS. El sueño había terminado. Era de noche y estaba en el astillero del puerto. Holly se alejaba de él. El calor de su cuerpo se desvanecía mientras el viento invernal azotaba entre ellos.

—Holly, ¿qué pasa?,— dijo.

Abrió la boca para hablar, pero no le salieron palabras. Se le erizó el vello. Miraba algo por encima de su hombro. Nunca la había visto tan asustada. Se dio la vuelta.

Y deseó no haberlo hecho.

Una gata blanca y delgada estaba sentada detrás de él. Le miraba con un ojo azul hielo. Donde debería haber estado el otro ojo, no había más que sombra. Su pelaje blanco estaba inmaculadamente limpio, pero a su alrededor olía a oscuridad, a cosas y lugares húmedos y mortales.

Era Sally Huesos.

—Varjak Paw, —siseó. —El gato que cree que puede luchar.

Varjak se estremeció al oír sus palabras, como si su cuerpo supiera algo que había intentado olvidar. Sus dientes se afilaban hasta convertirse en puntas mortales. Las costillas le sobresalían del costado, como si quisieran escapar de ella. Era tan delgada y blanca que apenas podía verla contra la nieve.

Sólo el ojo de Sally Huesos, como un trozo del hielo más azul, brillando en la noche.



Lentamente, de la oscuridad, apareció su banda a su alrededor: Luger, Razor y el resto. Todos eran gatos duros, grandes y musculosos, con el pelaje corto y erizado, pero parecían gatitos blandos comparados con ella.

Los amigos de Varjak se arrastraron junto a él, bajo las escaleras de incendios: Holly, Tam y Jess, Omar y Ozzie. Los gemelos parecían paralizados por el miedo. Con una sola mirada de Sally Huesos, sus orgullosas melenas parecían encogerse.

Los Gatos Libres ya no estaban festejando. Miraban fijamente a Sally Huesos. Observaban y esperaban a ver qué hacía.

Varjak se maldijo. Qué estúpido. ¿Cómo pudo dejar que ella lo encontrara durmiendo? Le había pillado con la guardia baja. Pero no era demasiado tarde.

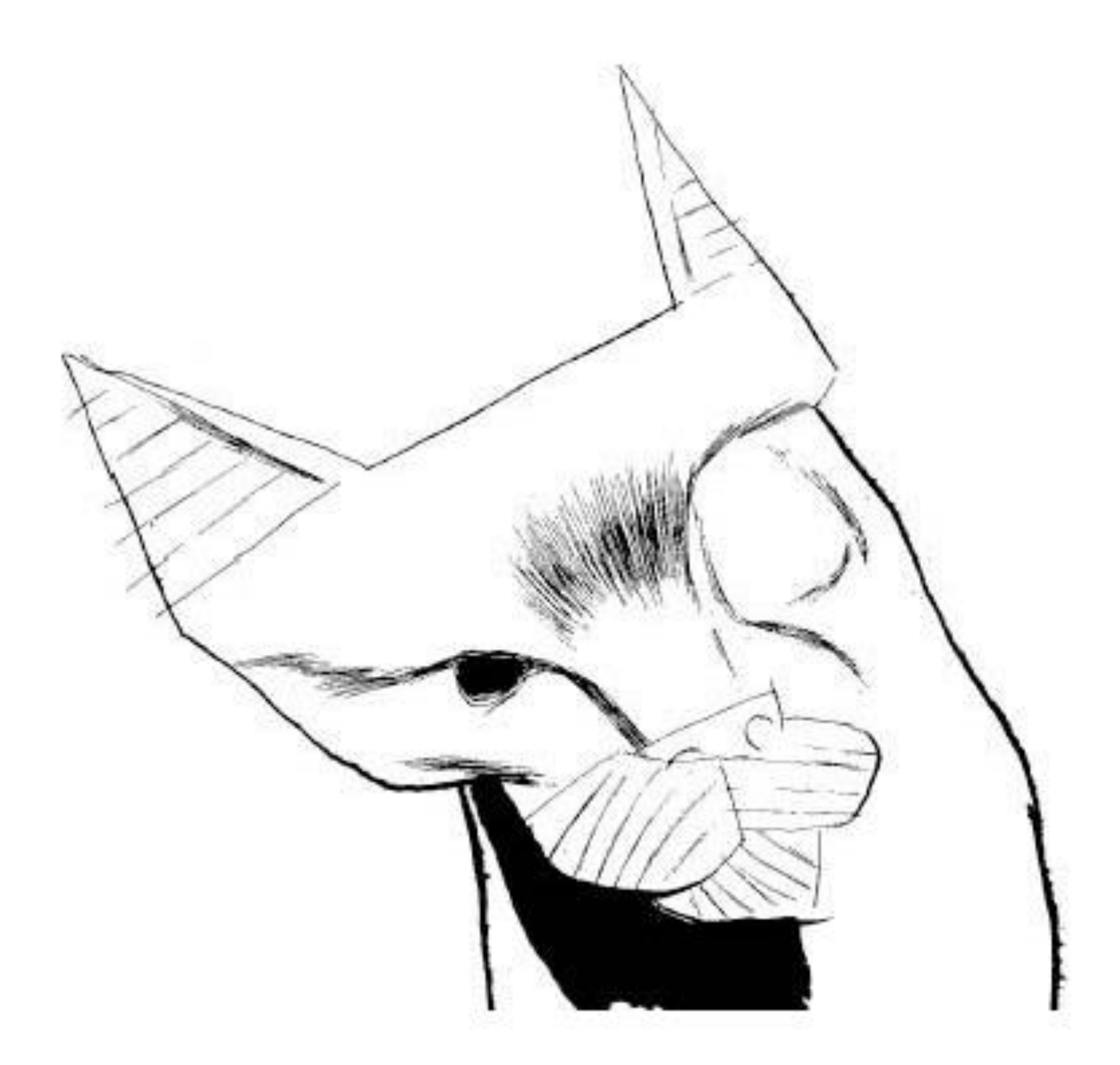
inhala-dos-tres-cuatro. El poder surgió en él, caliente y fuerte. Ahora estaba en el Tiempo Lento. Estaba frente a ella: la otra gata que conocía el Camino.

Sally Huesos sacudió la cabeza. Inspiró y su cuerpo empezó a brillar con un poder terrible. Ella también estaba en el Tiempo Lento. Pero era más rápida que Varjak. Era más rápida que cualquier cosa. Extendió una pata y le rozó la punta de los bigotes ligeramente, casi con suavidad, con una garra.

Eso fue todo lo que necesitó.

Varjak salió disparado del Tiempo Lento. No pudo contenerse. Fue como caer del cielo, de golpe contra tierra firme.

El poder se desvaneció. La energía se desvaneció. Ni siquiera pudo mirarla a los ojos, porque su poder era mucho mayor que el suyo. Lo había sentido la última vez que se vieron, y ahora, desde la punta de sus bigotes hasta el final de su cola, lo sabía una vez más.



Fue derrotado, sin siquiera luchar.

Sus amigos bajaron la cabeza. Los Gatos Libres apartaron la mirada.

—Varjak Paw,— dijo Sally Huesos.— Has quebrantado la ley. Has cazado. Has invadido mi territorio. Y ahora has derramado sangre. No toleraremos esto. Nos defenderemos. Pagaréis por lo que habéis hecho.

Hizo una pausa para que las palabras calaran. Varjak no podía hablar. Tenía hielo en el estómago. Hielo en su cerebro. Sentía la cara helada donde ella le había tocado.

La señora Moggs se levantó. Dejó el ancla y la cadena donde había estado sentada y se acercó a Varjak y Sally Huesos. El viejo Buckley se arrastró detrás de ella, temblando por la nieve.

—Bueno,— dijo la señora Moggs. —Creo que debe haber algún error. Varjak es un buen gato. Nunca derramaría sangre, no sin razón.

El hielo en el vientre de Varjak crujió de vergüenza. La señora Moggs le defendía, pero ¿no se suponía que debía defender a los Gatos Libres? Ahora, cuando realmente importaba, no podía hacerlo. Ni siquiera podía defenderse a sí mismo, por no hablar de sus amigos.

—¿Por qué te pones del lado de este forajido?,— dijo Sally Huesos.

—Sus matones se llevaron a mi Jessie,— dijo la señora Moggs. Su voz era tranquila pero firme.— Ese Razor, Luger y los otros se la llevaron cuando no había hecho nada malo. Todo lo que Varjak hizo fue traerla de vuelta. Y si algunos de tu pandilla resultaron heridos, fue por su culpa.

Sally Huesos miró alrededor del patio, a los restos del festín.— Veo que has estado comiendo pescado. ¿Habéis olvidado la ley? Esa comida es para nosotros. No es para vosotros.

—Esa ley no es justa,— dijo la señora Moggs. —Esa ley no es ley en absoluto.

Detrás de ella, el viejo Buckley se retorció. —¡Ella... ella no lo dice en serio!,— tartamudeó. —¡Por favor, no le hagas daño!

Sally Huesos le ignoró. —Si infringes la ley,— le dijo a la señora Moggs, —te castigan. ¿Qué puede haber más justo que eso?— Se acercó a la señora Moggs y la miró fijamente con sus ojos azules como el hielo. la señora Moggs le devolvió la mirada. El momento se alargó y Sally Huesos siguió mirando y mirando, cada vez más profundamente a los ojos de la señora Moggs. Por fin habló.

—Ya veo lo que pasó,— dijo la gata blanca y delgada. —Te dejaste llevar tanto cuando Varjak trajo a tu Jessie de vuelta, que empezaste a tener ideas sobre fiestas y ser libre. ¿Sí?

La señora Moggs esbozó una sonrisa.— Sí,— dijo.— Y estoy orgullosa de ello.

—Entonces tú también te enfrentarás a la justicia.— Sally Huesos se volvió hacia su banda y dio órdenes.— Luger. Razor. Encuentra a todos los infractores de la ley en este lugar, y prepáralos para el castigo.

Varjak se estremeció. El castigo de Sally Huesos: las orejas y el rabo.

—¿Pasa algo, Razor?,— dijo Sally Huesos. El gato a rayas de tigre no se había movido; estaba de pie en la nieve, mirando a Varjak con la misma extraña expresión en los ojos que antes.

—Nada, jefe,— dijo.— Yo sólo...

—¡Ha perdido los nervios!,— espetó Luger.— Ni siquiera intentó impedir que Varjak Paw escapara por el río. Se limitó a ver cómo nos golpeaban.

Sally Huesos se acercó a Razor. Su cola blanca se movía detrás de ella como un látigo.

El cuerpo de Razor se hundió en la nieve. —No, jefe... puedo explicarlo...,— tartamudeó.

Sally Huesos le miró fijamente a los ojos, en silencio. Después de un momento interminable, sacudió la cabeza. —Ya no perteneces a mi banda,— dijo.

El aire brilló. Hubo una mancha blanca tan rápida que Varjak apenas la vio.

Razor aulló. Tenía un tajo fresco en la cara, rojo brillante y en carne viva. Y Sally Huesos se estaba sacudiendo la sangre de sus largas garras blancas.

Razor salió disparado, aullando de dolor. Huyó escaleras arriba, hacia la noche.

—Acaba con él cuando quieras,— le dijo Sally Huesos a Luger.— Pero primero: reúne a los infractores de la ley.

—Sí, jefe. Será un placer.

—¡No!— gritó la señora Moggs.— ¡No tienen derecho! Déjennos en paz.

Pero la banda de Sally Huesos ya se movía entre los Gatos Libres, empujándolos, reuniéndolos.

Varjak se limitó a observar. A pesar de todas sus habilidades, se sentía impotente ante la delgada gata blanca. Miró a sus amigos.

Todos se sentían impotentes. Alrededor del puerto, las luces de las ventanas se apagaban. Los edificios marrones se sumían en la oscuridad.

Sally Huesos se inclinó cerca de Varjak, bajo las escaleras de incendios, mientras su banda seguía trabajando. Le habló al oído, para que nadie más pudiera oírla. Su aliento era como la escarcha.

—Ahora dime dónde aprendiste el Camino,— siseó.— Ningún gato vivo sabe lo que tú sabes.

Varjak temblaba. Todo su cuerpo temblaba.— Lo aprendí en Mesopotamia,— murmuró.

—No existe Mesopotamia,— dijo Sally Huesos con amargura. —¡Dime la verdad!

Le miró profundamente a los ojos, como había mirado a la señora Moggs y a Razor. Varjak quería apartarse, pero no podía. No podía moverse. Sus ojos azules como el hielo le quemaban el cerebro. Sentía como si estuviera mirando dentro de él, sondeando sus pensamientos, viendo sus secretos. Ella lo estaba abriendo, desnudándolo, capa por capa.

Intentó resistirse, pero ella era muy fuerte. Lo tenía agarrado y penetraba cada vez más profundamente en su interior.

Varjak se sintió débil. Hielo en su vientre; hielo en su cerebro. Manchas negras bailaban ante sus ojos, llenaban su visión. Era como si Sally Huesos estuviera drenando todo lo bueno y brillante de él. Ahora sólo veía oscuridad.

El frío miedo le arañó el corazón. La oscuridad y la desesperación arañaron sus ojos. El deseo de rendirse. Rendirse y morir.

—Sí,— murmuró Sally Huesos. —Ríndete a la oscuridad. Renuncia a tus sueños.

Y en la mente de Varjak, sólo por un momento, apareció el agudo y dulce aroma de la menta, y un amanecer brillante y silencioso...

- y Sally Huesos jadeó.

—¡No!,— gritó.— ¡No! Se apartó de él y se tambaleó sobre la nieve. Tenía el ojo azul como el hielo cerrado.

De repente, Varjak estaba libre. Su agarre había desaparecido. Podía moverse de nuevo.

La señora Moggs lo había visto todo. —¡Rápido!,— gritó.— ¡Corre! ¡Sube por la escalera de incendios y llévate a mi Jessie contigo!

Varjak corrió. Corrió como si se hubiera quemado. Sus amigos le siguieron. Tam, Omar, Ozzie, Jess, Holly: todos subieron por la escalera de incendios. Pero incluso mientras corrían hacia los tejados, la voz de Sally Huesos resonó tras ellos.

—¡Deténganlos!, —gritó. —¡Traigan a los forajidos de vuelta aquí!

CAPÍTULO 15

VARJAK ESCALÓ POR su vida. Los escalones estaban resbaladizos por el hielo. Sus patas patinaban mientras subía.

—¡Más rápido!— jadeó Holly detrás de él. —¡Ya vienen!

La banda de Sally Huesos acechaba hacia la escalera de incendios. Parecían imparables. Sólo la señora Moggs se puso delante de ellos, bloqueando su camino. Unos cuantos Gatos Libres se reunieron a su alrededor. Su pelaje de mermelada parecía brillante y valiente contra la nieve blanca como el hielo.

El corazón de Varjak estallaba en su pecho. No quería dejarla atrás, pero ella le había dicho que se fuera.

El poder estaba muy lejos de él ahora. Su cerebro se sentía magullado. ¿Cómo podía Sally Huesos entrar así en sus pensamientos? ¿Por qué se había alejado? No lo entendía, pero no había tiempo para preguntas. Tenía que escapar.

—¿Qué está pasando?,— dijo Jess, por encima de él.

—Sigue subiendo,— dijo Holly.— No mires.

Siguieron subiendo los escalones. Una ráfaga de viento arremolinó una nevada ante ellos, impidiéndoles ver. Subieron en la oscuridad. Varjak creyó oír un grito desde abajo, pero no estaba seguro.

Cuando volvió a mirar hacia abajo, el pequeño grupo de Gatos Libres estaba rodeado. La banda de Sally Huesos se arremolinaba a su alrededor como furiosos puntos negros sobre la nieve. Eran

mucho más grandes y fuertes que los Gatos Libres. Pero no podían subir los escalones, porque en medio de todo, la señora Moggs no cedía ante ellos. ¿Cuánto tiempo podría resistir? Varjak apartó la mirada. Siguió subiendo. Hacia arriba. Siguió subiendo.

—¡Varjak!— gritó Jess, un momento después.—¡Varjak, mira!

No quería hacerlo. Pero se estabilizó contra el viento y miró hacia abajo. Un círculo de espacio se había abierto alrededor de la escalera de incendios. En su centro, vio a Sally Huesos, brillando con un poder terrible. A su lado, en el círculo de espacio, estaba la señora Moggs.

Pero la señora Moggs no se movía. Y a su alrededor, la nieve se teñía de rojo.

—¡No!— gritó Jess. —¡NO! ¡NO! NO!

El viento aullaba como un animal salvaje. La escalera de incendios temblaba como si fuera a partirse en dos. Varjak tuvo que contener a Jess, porque estaba loca de dolor y rabia; o tal vez se estaba conteniendo a sí mismo, porque la señora Moggs estaba en serios problemas.

Pero él también lo estaba. La banda de Sally Huesos empezó a subir por la escalera de incendios. La señora Moggs los había retenido durante unos preciosos instantes, pero ya nadie se interponía en su camino.

—¡Los tejados!— gritó Holly.—¡Tenemos que llegar a la cima!

Subieron a duras penas. Los escalones eran más estrechos y temblorosos cuanto más subían. Varjak miró hacia atrás al llegar a

la cima. La banda de Sally Huesos subía rápidamente, acercándose.

Se encaramó al tejado.

Estaba tan alto aquí arriba. Expuesto y precario. El viento soplaba en ráfagas salvajes y repentinas. Era un tejado plano con una caída abierta: sin barandillas, sin nada a lo que agarrarse. Había un enorme abismo entre el tejado y el siguiente, salvado únicamente por cables eléctricos.

Abajo se extendía la ciudad. Por un lado, una red brillante de luces ámbar atravesaba el centro de la ciudad. Al otro lado, el río atravesaba las luces como una enorme serpiente negra que se enroscaba en la noche. Más allá, en la distancia, se alzaban esas grandes torres de cristal: El territorio de Sally Huesos.

Varjak se sintió mareado. El viento rugía en sus oídos. El cielo nocturno era como un manto sobre la ciudad, un manto de oscuridad sin estrellas que lo cubría todo y a todos, oscuridad sin fin.

Había tejados delante de él, a la izquierda y a la derecha, pero todos estaban muy lejos. Mucho más lejos de lo que él podía saltar.

—¿Y ahora qué?,— dijo Omar.



Holly exploró el borde del tejado. —Echa un vistazo a esto,— dijo.

Se unieron a ella en el borde. Una delgada línea eléctrica roja colgaba entre los tejados, mecida por el viento.

Tam se apartó de él, con los ojos cerrados.— Oh, no,— dijo.— De ninguna manera. No voy a cruzar eso.

—Es esto o Sally Huesos,—instó Holly. —Vamos: ¿quién va primero?

Nadie dijo nada. Varjak miró a Jess. Estaba temblando.

—¿Puedes hacerlo?,— le preguntó. Ella no contestó. Se limitó a mirarlo, con los ojos húmedos de rabia impotente.— ¿Lo harás si voy yo primero?— Ella se secó los ojos y asintió.— De acuerdo, entonces —dijo él—. Lo haré.

Respiró hondo y se acercó a la cornisa. Miró la delgada línea roja. Intentó imaginársela como una línea pintada en una carretera, a salvo en la calle; no como un hilo peligroso, tendido en lo alto de la ciudad.

No le sirvió de nada. Pero Holly tenía razón. Era esto o Sally Huesos. Y cualquier cosa, cualquier cosa, era mejor que Sally Huesos.

Varjak puso una pata en el cable. Se tambaleó bajo su peso, pero aguantó. Ahora puso otra pata, y otra, y ahora las cuatro patas estaban fuera de la azotea, y él estaba equilibrado finamente en el espacio, con la cola hacia atrás. Podía sentir el viento, que soplaba a través de su pelaje, haciéndole balancearse a derecha e izquierda. El cable se tambaleaba.

No miró hacia arriba ni hacia abajo, sólo hacia delante. Esto es lo que tienes que hacer, se dijo a sí mismo. Sigue adelante hasta que llegues al otro lado.

Avanzó por el vacío, centímetro a centímetro, pata a pata. El cable se balanceaba a cada paso. La nieve le azotaba la cara. Se le revolvió el estómago. Se iba a caer. Iba a morir horriblemente, iba a—

Continúa. Sólo sigue adelante. Es todo lo que puedes hacer.

Siguió adelante. Pata tras pata, siguió adelante, siguió adelante, siguió adelante - y entonces, de alguna manera, no sabía cómo, una pata tocó tierra firme. Había llegado al otro lado.

—¡SÍ!— gritó Holly desde el otro lado. —¡Ahora tú, Jess! ¡Siguiente! ¡Siguiente! ¡Siguiente!

Llegaron uno a uno: una fila de gatos cruzando este abismo entre los edificios. Jess lo hizo con los ojos cerrados. Tam fue la siguiente. Luego Omar, justo detrás de ella. Cuando Ozzie cruzó, el cable se sacudió bajo su peso, pero él también lo hizo, hasta que sólo quedó Holly al otro lado.

—¡Vamos, Holly!— llamó Varjak, sintiéndose mareado. —Vamos, es fácil...

Y entonces el corazón le dio un vuelco, la cabeza le dio vueltas y las palabras se le congelaron en la boca. Porque justo detrás de Holly, uno de los gatos de Sally Huesos estaba subiendo al tejado.

—¡Holly!, —gritó. —¡Detrás de ti!

Holly se giró y vio. Primero uno. Luego dos. Luego tres de la banda de los Huesos estaban en la azotea con ella.

Holly saltó sobre el cable. Se movió rápidamente, con su pelaje blanco y negro ondeando al viento. Llegó fácilmente al centro, pero entonces se detuvo y se giró para mirar a los gatos de los Huesos, en posición vertical sobre aquel vacío en el espacio, con la nieve arremolinándose a su alrededor.

—¡Rápido, Holly!,— instó Tam. —¡Puedes hacerlo!

Holly sacudió la cabeza. Sus ojos mostaza brillaban, sin miedo, mientras miraba fijamente a los gatos de la banda. Parecía tranquila y fría, mortalmente decidida. Sabía lo que hacía y, con una sacudida repugnante, Varjak también lo vio.

—¡Holly!,— gritó. —¡No! No puedes...

Pero el primero de la banda de los Huesos ya estaba en el cable con ella. Era un gato enorme y corpulento. Bajo su peso combinado, la delgada línea roja parecía tensa, tirante, a punto de romperse. Cada nervio del cuerpo de Varjak le gritaba que volviera al cable y la ayudara, pero estaba a punto de romperse. No podía soportar más presión.

El gato Hueso estaba casi encima de Holly. Ella se quedó allí, frente a él, agachándose mientras él se acercaba.

—Vamos, Varjak,— gritó, y cuando el gato se abalanzó sobre ella, se llevó el cable a la boca, le hincó el diente y lo cortó por la mitad.

Mientras Varjak observaba horrorizado, se rompió en dos mitades. Cada mitad se desenredó con una lluvia de chispas y volvió a chocar contra los edificios de ambos lados. El cable había desaparecido. Nadie podía cruzarlo. Holly lo había destruido.

Giró sobre sí misma y corrió hacia un lugar seguro, y el corazón de Varjak se estremeció de esperanza. Pero el gato Huesos fue más

rápido. Sus ásperas zarpas le agarraron las patas traseras, la sujetaron y la arrastraron hacia aquel horrible hueco entre los edificios. Cayeron juntos, Holly y el gato Huesos, arremolinándose como la nieve y luchando mientras caían, y caían, y caían hasta perderse de vista.

El corazón de Varjak se partió por la mitad. No. No. Esto no puede estar pasando. No a Holly, no a Holly, a nadie más que...

—¡Holly!,— gritó. Se aferró al borde del tejado, gritando su nombre a través del viento y la nieve.

—¡HOLLY!— gritó. Ya no podía verla. Había caído al vacío. Había desaparecido.

—Varjak, —dijo Tam, detrás de él. —Tenemos que salir de aquí.— Apenas la escuchó. Todo lo que sabía era que Holly se había ido. Había perdido a Holly, a quien apreciaba más que a nadie en el mundo; y sin ella, ya nada tenía sentido.

—Vamos,— dijo Tam, arrastrándolo de vuelta desde el borde, a través de la ventisca de nieve.— Ella sabía lo que hacía.— Él no podía responder. No le quedaban fuerzas, ni palabras. Sólo el nombre de Holly, resonando en su cabeza, una y otra y otra vez.

Varjak dejó que Tam lo alejara del borde, del vacío, hacia un lugar seguro. Cada paso que se alejaba de Holly era como una garra en su corazón. Ya no sentía las patas; las almohadillas estaban entumecidas, como si se las hubieran arrancado o el hielo las hubiera congelado. ¿Y era sólo el viento y la nieve lo que le picaba en los ojos y le impedía ver el camino?

En el otro tejado, los gatos Huesos volvían a bajar por la escalera de incendios. Era sólo cuestión de tiempo que encontraran otra forma de subir.

Los amigos de Varjak avanzaron primero. Le hicieron correr a pesar suyo. Corrían como el viento por el horizonte de la ciudad. Saltaron por los huecos donde pudieron. Subieron y bajaron por las escaleras de incendios; pasaron por encima y por debajo de los tejados. Hicieron lo necesario para escapar.

A veces vislumbraban a lo lejos a la banda de Sally Huesos, persiguiéndoles, siguiéndoles la pista. Pero Holly había roto el rastro. Se había asegurado de que no los atraparan. Bajo ellos, las farolas ámbar brillaban en hileras curvas, delineando las formas de carreteras y casas, callejones y caminos. Siguieron las luces de vuelta a casa.

El vuelo sobre los tejados duró hasta el amanecer. Llegaron a los callejones secretos cuando la mañana levantaba el manto negro del cielo y se apagaban las primeras farolas. Agotados, exhaustos, al límite de sus fuerzas, bajaron por las escaleras de incendios hasta su único lugar seguro. Cludge les dio la bienvenida con un ladrido preocupado.

Eran forajidos, estaban huyendo. Sally Huesos los perseguía. Habían perdido a Holly, y quién sabía qué había sido de la señora Moggs y los Gatos Libres.

Pero aún no los habían atrapado. A salvo, por el momento, se desplomaron sobre los adoquines y se durmieron.



CAPÍTULO 16

VARJAK SOÑABA. Soñó con el aire salvaje de la menta y la luz brillante y silenciosa del sol. Soñó con un cielo tan claro y azul que podía ver las estrellas, aunque era de día. Soñó que estaba en Mesopotamia con Jalal.

Pero incluso en sus sueños, su corazón se rompía.

—Se ha ido, Jalal,— dijo.— La he perdido.

Su antepasado no hizo ademán de oír. Siguió caminando, subiendo y subiendo por la pendiente. Varjak caminó con él, perdido en sus propios pensamientos. Aquella cordillera colgaba allí, enorme y perfecta como el cielo.

Al cabo de un rato, el terreno se niveló y llegaron a una meseta. En lo alto había un pico. Se alzaba sobre ellos como una garra dentada de roca. Varjak no veía la forma de subir. La pared rocosa era escarpada, imposible de escalar.

Se giró. En la meseta que había detrás de él había una serie de escalones tallados en la ladera de la montaña. Los escalones conducían a una puerta abierta, una entrada a la propia montaña. Un hilillo de agua fluía hacia el arroyo plateado que había debajo.

Alrededor de esta puerta había extrañas tallas. Imágenes de personas y gatos; hombres con cabezas de animales y criaturas con rostros de hombres. Parecía una especie de templo, pero era difícil verlo con claridad, pues era evidentemente muy antiguo. La piedra se desmoronaba y alrededor crecía la menta silvestre. El aroma era embriagador. Llenaba la mente de Varjak.

Jalal subió los escalones. Varjak le siguió. Los escalones estaban llenos de escombros: trozos de piedra azul y ámbar que se habían desprendido de las tallas. Fragmentos que habían formado parte de un cuadro, pero que ahora yacían en ruinas.

Jalal atravesó la entrada y entró en una cámara tan oscura que Varjak no podía ver las paredes; sólo el brillo de los ojos de su antepasado, que lo guiaban en silencio. Varjak le siguió.

Atravesaron cámaras y pasillos donde el único sonido era el goteo del agua. Por fin, llegaron a un lugar tan oscuro que Varjak ya ni siquiera podía ver los ojos de Jalal. La oscuridad era total.

Varjak cerró los ojos, y la vista no cambió.

—Aquí estamos,— llegó la voz de Jalal. —Aquí puedes ver de verdad.

—¿Aquí?,— dijo Varjak. —¡Pero si no veo nada!

—Sigue buscando,— dijo Jalal.

Varjak siguió mirando. La vista no cambiaba;

la oscuridad absoluta era la oscuridad absoluta.

Sin embargo, sintió humedad bajo sus patas

y le pareció oír un suave tintineo,

como una nota musical,

justo bajo la superficie del silencio.

—¿Ya puedes verlo?,— dijo Jalal.

—No. Pero, ¿qué es ese sonido?

—Sigue buscando

Varjak se revolvió en el polvo. ¿Qué sentido tenía esto? Aquí no iba a ver nada. Y la oscuridad lo estaba poniendo nervioso, presionándolo...

—¿Puedes verlo ahora?,— dijo Jalal.

—Claro que no puedo,— dijo Varjak.— Sabes que no puedo, ¡y tú tampoco! Este es un lugar sin luz. Siempre será un lugar sin luz. Nunca veré nada aquí.

—Es un lugar sin luz,— dijo Jalal, —en este momento. Pero lo que parece cierto en un momento puede no serlo al siguiente.

Y mientras hablaba, Varjak parpadeó, pues le pareció ver algo. Una estrecha ventana en la pared había empezado a brillar.

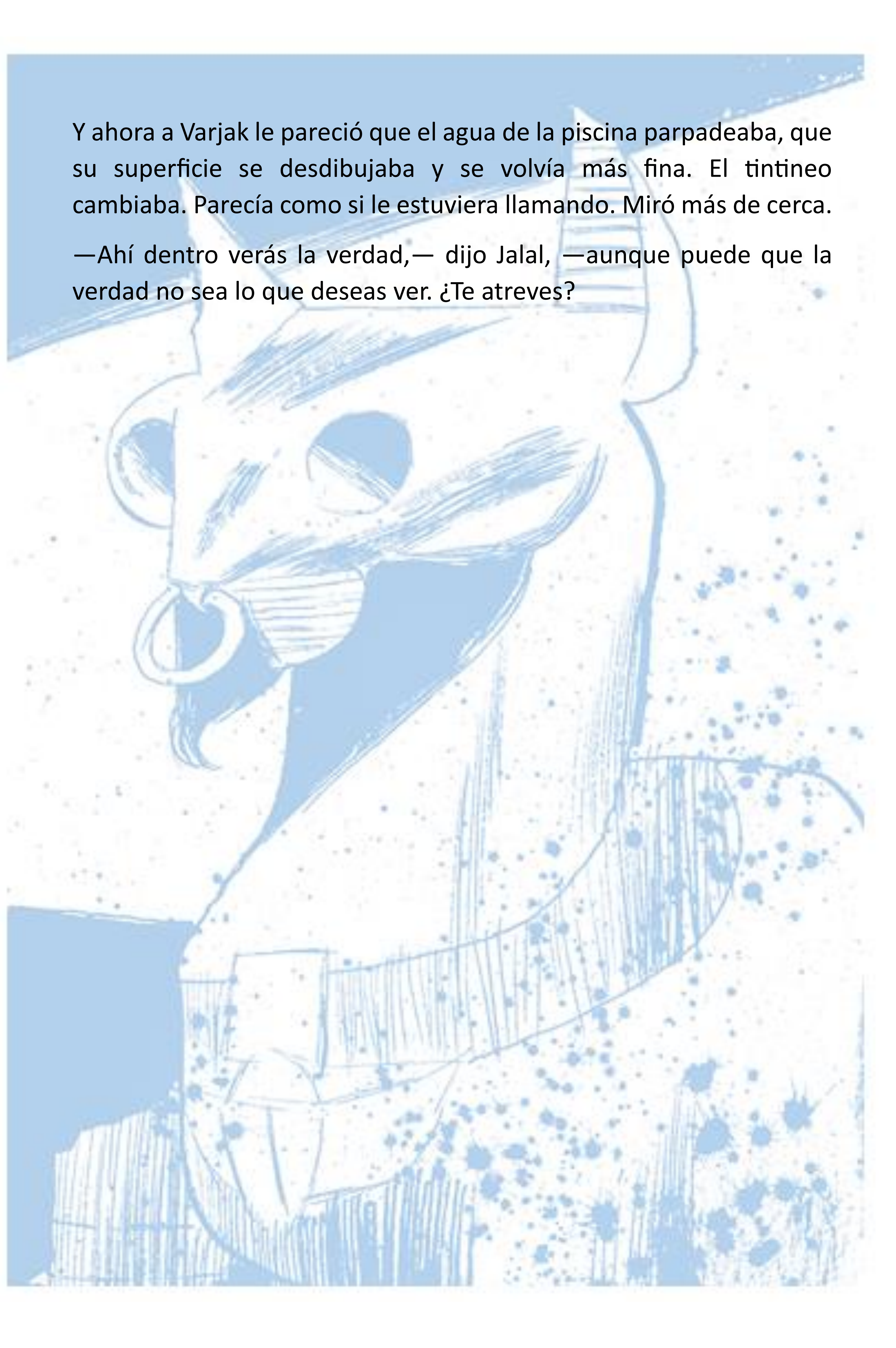
No era más ancha que un bigote, pero sí, brillaba, cada vez con más intensidad. La luz entraba en la oscuridad, llenándola.

Estaban en una cámara magnífica, llena de tallas. Varjak miró hacia arriba. Vio el techo muy por encima de él; vio las paredes a su alrededor; vio a Jalal, justo a su lado. Jalal contemplaba un estanque de agua, tan azul como el cielo de Mesopotamia. De allí procedía el tintineo.

—Que no puedas ver algo —dijo Jalal— no significa que no esté ahí.

—Pero - ¿cómo?

—Esas montañas son tan altas que el sol suele pasar por detrás de ellas. Sólo una vez al año, durante un breve lapso de tiempo, el amanecer despeja las montañas, y entonces un único rayo de luz entra a raudales por esa ventana. En ese momento -y sólo en ese momento- la luz cae sobre este charco de agua. Es la fuente del río. Es completamente pura y clara, tan clara que incluso podemos ver la verdad a través del espacio y el tiempo.



Y ahora a Varjak le pareció que el agua de la piscina parpadeaba, que su superficie se desdibujaba y se volvía más fina. El tintineo cambiaba. Parecía como si le estuviera llamando. Miró más de cerca.

—Ahí dentro verás la verdad,— dijo Jalal, —aunque puede que la verdad no sea lo que deseas ver. ¿Te atreves?

CAPÍTULO 17

VARJAK DESPIERTA. MESOPOTAMIA se había ido. Estaba de vuelta en los callejones secretos. Era última hora de la tarde, y un viento frío soplaba a través de su pelaje. Sacudía las escaleras de incendios y los desagües. En algún lugar a lo lejos, una puerta se abría y se cerraba, se abría y se cerraba con el viento.

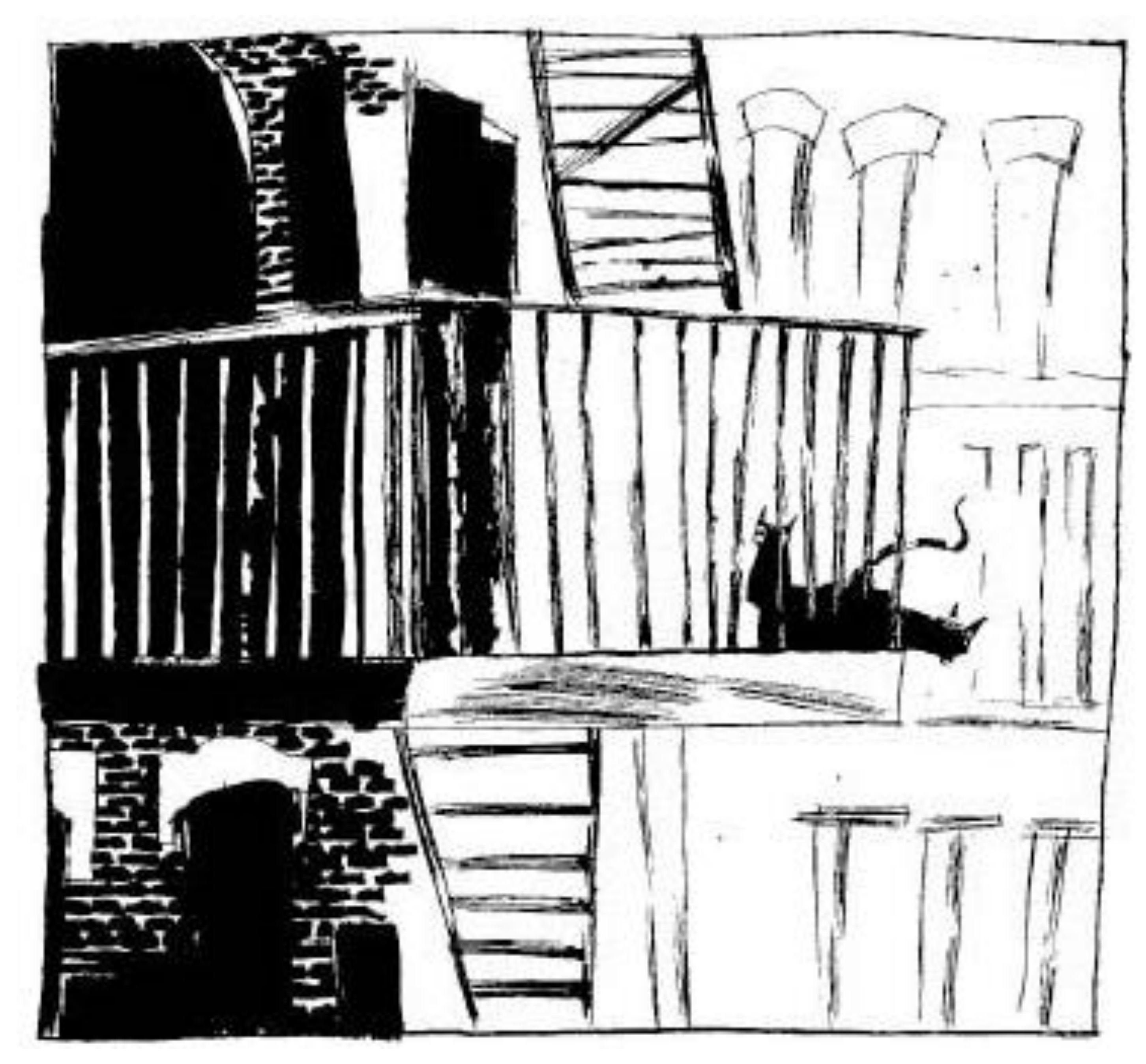
Pudo ver a Omar y Ozzie, Tam y Jess, acurrucados junto a esas rejillas en el suelo, intentando entrar en calor. Se volvió para buscar a Holly, pero ya no estaba.

Fuera de los callejones secretos, una puerta se cerró de golpe y no volvió a abrirse.

Las cosas habían salido mal antes, pero Holly siempre había estado allí, a su lado. Ella era la que sabía qué hacer. Y ahora ya no estaba.

Un profundo estremecimiento de dolor lo recorrió. Había un agujero con la forma de ella dentro de su corazón. Le dolía, más que cualquier herida que hubiera conocido.

Tam y Jess se acercaron a él. Parecía que habían estado llorando.



—¿Estás bien, Varjak?,— dijo Tam en voz baja, poniéndole una pata en el costado.

Sacudió la cabeza. No quería hablar.

—Sé cómo te sientes,— dijo Tam.— Yo también la echo de menos. Más que a nada.

—Y echo de menos a mi abuela,— dijo Jess.

Varjak sentía las entrañas como nieve. Apenas podía mirarles a los ojos. ¿Qué podía decirles? *Contabais conmigo y os he defraudado.*

—¿Qué te ha pasado, Varjak?,— dijo Omar.— Fue como si empezaras a brillar... ¡y luego simplemente lo dejaste! Ni siquiera intentaste luchar contra Sally Huesos.

Varjak se estremeció. Aún podía sentir el frío en sus bigotes, la contusión en su cerebro cuando ella entró en su mente.— Lo intenté,— dijo. —Pero ella era muy fuerte.

—Nadie puede luchar contra ella, —murmuró Ozzie. —Ni siquiera Varjak.

—Los hermanos parecían derrotados. Estamos acabados,— dijo Omar. —¿Qué vamos a hacer?

—¡No hemos terminado!— dijo la pequeña Jess ferozmente. —Todavía creo que Varjak puede vencer a Sally Huesos. Ella le tiene miedo.

—No lo creo,— dijo Tam.— Pero algo debe haberle pasado, o nunca habríamos escapado.

Varjak se estremeció. Lo único que recordaba era el ojo azul como el hielo, quemándole el cerebro y congelándole hasta la médula.

Fuera de los callejones secretos, Cludge gruñó.

Tam se acercó a la barandilla. —Las Hermanas Arañazo están ahí fuera. Cludge las está conteniendo, ¡pero parecen tan feroces! ¿Qué debemos hacer, Varjak?

Se unió a ella en la barandilla y echó un vistazo al callejón exterior. Vio a Cludge alejándose de los tres gatos siameses: Elyza, Malisha y Pernisha Arañazo. Eran tan delgadas y malvadas como las recordaba. Sus garras brillaban a la luz de la calle mientras avanzaban como fantasmas entre los escombros.

—¿Dónde está Varjak Paw?,— preguntó Elyza.— Sabemos que está por aquí. Dinos dónde y te dejaremos en paz.— Le enseñó las garras a Cludge, pero él se mantuvo firme y ladró otra advertencia.

—*WOAH! WOAH!*

—Odio a esos gatos,— siseó Omar, apretando las patas. —Se creen geniales, pero somos más fuertes que ellos, sé que lo somos...

—Luchemos contra ellos,— dijo Ozzie. A lo lejos, sonó una sirena.

—¡No, no debes!,— dijo Tam.— ¿Qué hacemos, Varjak? Tengo miedo.

A Varjak le dolía la cabeza. Parecía que las Hermanas Arañazo también iban tras él. Más le valía estar preparado para luchar. Respiró hondo y contó: inhala-dos-tres-cuatro. Buscó su poder...–

- pero había hielo en su vientre.

Exhala-dos-tres-cuatro -

Hielo en el cerebro.

Vamos, se dijo a sí mismo. Tiempo lento, círculos en movimiento - Sé cómo hacerlo.

Inhala-dos-tres-cuatro.

Pero en su corazón sólo había miedo.

Exhala-dos-tres-cuatro.

El ojo azul hielo de Sally Huesos en su mente .

Sentía como si sus pulmones se encogieran. No podía respirar. Se desplomó en el suelo, temblando, jadeando.

El poder ya no estaba allí.

Había desaparecido.

En el callejón, media docena de gatos se acercaron sigilosamente por detrás de las Hermanas Arañazo. Una patrulla de la banda de Sally Huesos. Las luces de la calle parpadeaban en el viento helado. Sus sombras bailaban en las paredes. Cludge se alejó de ellos, agachándose entre los escombros.

—Bueno, mirad esto,— dijo el líder de la patrulla. —Son las Hermanas Arañazo. ¿Qué creen que están haciendo en el centro de la ciudad?

—Buscando a Varjak Paw,— dijo Elyza Arañazo.

—Ese gato es un forajido. Sally Huesos lo quiere, vivo o muerto. Es nuestro.

Vivo o muerto, pensó Varjak. ¿Qué más da? He perdido a Holly, he perdido a la señora Moggs, y ahora he perdido el poder. No me queda nada. Absolutamente nada.

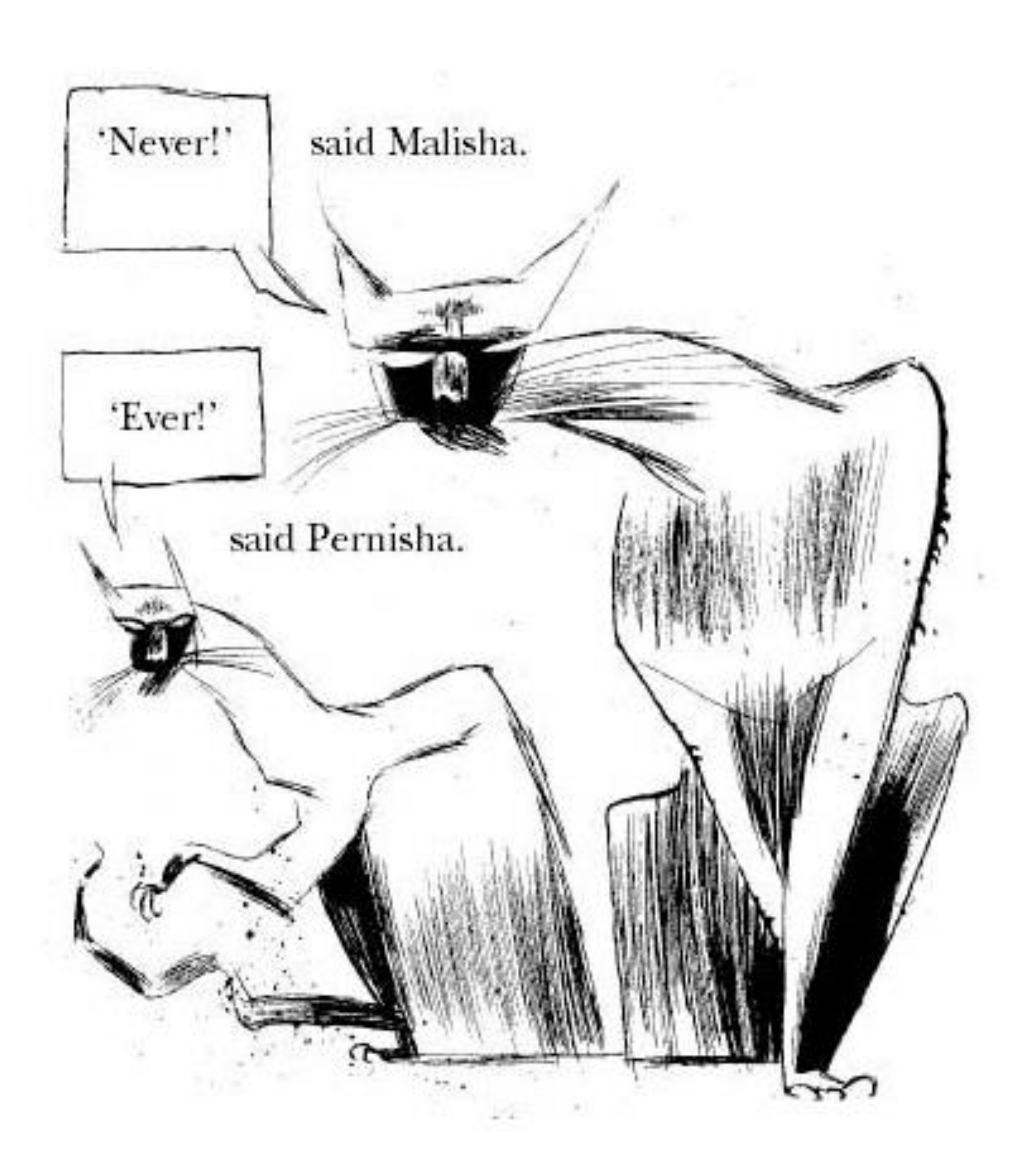
—Si lo encontramos, es nuestro,— dijo Elyza Arañazo. —Esto es terreno neutral.

El jefe de patrulla negó con la cabeza. —Ya nada es neutral. Estas son nuestras calles y esta es nuestra ley.

—Nuestras garras son la única ley que conocemos,— gruñó Elyza.— Estas calles siempre han sido libres para todos.

—Esos días han terminado. La ciudad pertenece a nuestra banda, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

La cola de Elyza golpeó los escombros. —¿Estás faltando al respeto a las Hermanas Arañazo?,— dijo amenazadoramente.— Porque las Hermanas Arañazo nunca, nunca se echan atrás.



Desenvainaron las garras. Sus ojos verde pálido se entrecerraron hasta convertirse en rendijas. Les superaban en número, pero se lanzaron hacia delante, erizando la piel de la banda de los Huesos.

—Entonces es hora de que os enseñemos modales,— gruñó el jefe de patrulla.

Las dos fuerzas se unieron en un frenesí, luchando salvajemente en la calle. El polvo y los escombros se arremolinaban a su alrededor. Cludge se mantuvo bien alejado, pero el ímpetu de la lucha ya las estaba sacando del callejón. Varjak observaba tras los barrotes y le pareció que las Hermanas Arañazo eran las mejores luchadoras -sus garras relampagueaban a una velocidad asombrosa-, pero los gatos Huesos ganarían por el mero peso del número. Tres de ellos se abalanzaron sobre una Hermana Arañazo, y ella maldijo violentamente; pero desaparecieron de su vista, doblando la esquina, antes de que pudiera ver lo que sucedió a continuación.



Tam gimió de alivio. —¡Eso estuvo tan cerca!

—Volverán,— dijo Omar.— Tenemos que salir de aquí.

—No podemos salir de los callejones secretos,— gritó Tam, con el pelo y los bigotes erizados.— Es el único lugar seguro, Holly siempre lo decía.

—Bueno, ya no es seguro,— dijo Omar. —Tenemos que encontrar otro lugar, ¿verdad, Varjak?

Varjak no pudo responder. Le dolía demasiado, incluso escuchar el nombre de Holly.

Sin embargo, sabía que Omar tenía razón. Tenían que salir de los callejones secretos, o los encontrarían, y entonces el sacrificio de Holly no significaría nada. No quería enfrentarse de nuevo a las calles de la ciudad, sin su poder, pero no podía rendirse ahora. Tengo que seguir adelante, se dijo a sí mismo. Tengo que encontrar un lugar seguro para todos nosotros. Porque eso es lo que Holly haría.

Se escabulló por la barandilla para encontrar a Cludge. El gran perro estaba escondido entre los escombros, junto a una vieja caja de cartón.

—Cludge asustado,— murmuraba. —¡Vuelven los gatos aterradores! ¡Quiero irme!

Uno a uno, los demás siguieron a Varjak fuera de los callejones secretos, en la tarde de invierno. —¿Así que es verdad?,— dijo Omar. —¿De verdad eres amigo de un perro?

—Así es,— dijo Varjak, acurrucándose contra el frío. —Cludge, estos son nuestros nuevos amigos: Omar y Ozzie, y Jessie.

—¡Cludge!,— ladró el gran perro. Les movió la cola. Jess sonrió; pero las melenas de Omar y Ozzie se erizaron.

—No podemos ir por ahí con un perro,— dijo Omar. —Nos delatará. ¿No conoce a otros perros? ¿No tiene familia?

Cludge gimoteó. Varjak frunció el ceño. Una vez Holly le había hecho las mismas preguntas. Entonces, como ahora, Cludge había parecido un cachorro asustado.

—Cludge es nuestro amigo,— dijo Tam. —Si quiere venir con nosotros, puede venir.

—Pero es peligroso,— dijo Omar, con los ojos brillantes.— Es un *perro*, Tam.

A Varjak no le gustaba cómo hablaba Omar. Podía ver confusión en los ojos de Cludge; podía ver sus grandes orejas caídas. Se volvió hacia el fornido gato.

—¿No oíste lo que dijo Tam? Cludge es nuestro amigo - y no voy a perder otro. No lo dejaré atrás.

Omar miró fijamente a Varjak y luego se encogió de hombros.— Como quieras,— dijo.

—¿Todo bien, Cludge?,— dijo Tam.— Te vienes con nosotros.

El gran perro sonrió y volvió a mover la cola. —¡Amigos!,— ladró. —Varjak y sus amigos.— Miró a su alrededor.— ¿Adónde va Holly?

Varjak abrió la boca para contestar, pero no pudo. No le salían las palabras.

—Está en otra parte,— dijo Tam en voz baja. —Ahora, ¿a dónde vamos?

Nadie tenía una respuesta. Mientras permanecían en silencio, el viento amainó y la ciudad se quedó quieta. La luz del día se desvanecía. Pronto volvería a ser de noche.

Jess se aclaró la garganta.— ¿Qué me dices de los cuentos de la abuela?— dijo— Esa ciudad secreta donde siempre hace calor y hay más ratones de los que puedes comer.

Una gran sonrisa cruzó el rostro de Ozzie.— He oído ese cuento,— dijo.— Lo oímos cuando éramos gatitos, ¿recuerdas, Omar?

—¡Ya me acuerdo! Pero no conozco a nadie que haya estado allí, ni siquiera que lo crea.

—Holly siempre lo creyó,— dijo Tam. —Y yo también, en el fondo. . . ¿Te dijo alguna vez la señora Moggs dónde estaba, Jessie?

Jess negó con la cabeza.— Ella sólo dijo que había temibles guardianes afuera, así que los gatos no han estado allí por años-

—Cludge conoce el lugar,— murmuró Cludge. —Mal lugar. Apesta.

Al principio, Varjak pensó que estaba bromeando. Pero a Jess se le iluminaron los ojos.

—Así es,— respiró. —*El olor más repugnante que puedas imaginar* -¡eso es lo que dijo la abuela!

—¿De verdad conoces esta ciudad secreta, Cludge?,— preguntó Varjak.

—No, no, no,— dijo Cludge, obviamente arrepentido de haberlo mencionado.— Allí no. No volver allí...

—¿Atrás?,— dijo Varjak.— ¿Has estado allí antes?— Miró profundamente a los ojos de Cludge, y de nuevo vio a un cachorro asustado, que no quería ir a un lugar que claramente no era ninguna broma. El sol se estaba poniendo rápidamente. No quedaba mucho tiempo hasta el anochecer. —Cludge,— dijo, —si hay un lugar al que sabes que los gatos nunca van, por favor, llévanos allí.

Cludge negó con la cabeza. —No, Varjak, no...

—Por favor,— dijo Varjak.— Necesitamos tu ayuda. Es importante.

Cludge le miró. Luego apartó la mirada, con los ojos llenos de dolor, miedo y tristeza.

—Por favor,— dijo Varjak de nuevo.— Lo que sea que haya en ese lugar, lo enfrentaremos juntos. No estarás solo, te lo prometo.

—¿No estar solo?

—Nunca

—Ven, entonces,— suspiró el gran perro.— Ven con Cludge.

CAPÍTULO 18

CLUDGE LOS CONDUJO lejos de los callejones secretos, a través de las calles. Ya era de noche y el viento había amainado por completo. Una espesa niebla blanca descendía sobre el centro de la ciudad. Llegó hasta el nivel de la calle, donde se agazapó y se enroscó alrededor de las farolas, cubriéndolo todo de una blancura húmeda y fría.

La visibilidad era escasa. No podían ver muy lejos a través de la niebla. A veces, Varjak percibía en el aire un olor fantasmal y antinatural que le hacía estremecerse. A veces percibía el acolchado de las patas, o el ruido casi silencioso de las garras.

Una vez oyeron voces alborotadas y se metieron por una puerta justo cuando una patrulla de cuatro gatos de la banda de Sally Huesos surgía de la niebla. Llevaban con ellos a un Gato Libre de aspecto miserable, un viejo gato carey, y lo estaban esposando por la cabeza.

—Pero yo no hacía nada,— protestó el carey.

—Estáis dando cobijo a forajidos,— dijo un gato Huesos.— Dinos dónde encontrar a Varjak Paw, o tú también serás un forajido, y te arrancaremos las orejas, el rabo y los bigotes, uno a uno.

—Pero yo no lo sé,— chilló levantando las patas. —Nadie lo sabe.

—O estás con nosotros, —escupió el gato Huesos, —o contra nosotros.— Le golpearon de nuevo, haciéndole callar.

—Conozco a ese Gato Libre,— susurró Jess, agachándose en la puerta.— Nunca hizo daño a nadie. ¡Tenemos que ayudarle! Varjak, ¿puedes...?

Varjak deseaba poder. Antes no había querido el poder; sólo le había traído problemas. Ahora que había desaparecido, lo único que quería era recuperarlo para ayudar a sus amigos. Pero ellos no sabían que lo había perdido. ¿Cómo podía decírselo?

—Es demasiado arriesgado,— siseó Omar, antes de que Varjak pudiera decir nada.— Tenemos que permanecer ocultos.— La patrulla desapareció de la vista y del alcance del oído, en la brumosa noche.

Varjak y sus amigos salieron por la puerta, con mucha cautela. La patrulla hacía tiempo que había desaparecido, pero Varjak seguía sintiendo un hormigueo en la conciencia. ¿Los estaban vigilando? Lo único que podía ver era la niebla blanca, que se movía silenciosa como un animal atropellado; lo único que podía oler era el aroma fantasmal de los gatos, espeso sobre ella. Le pareció oír a alguien maullando.

—¿Quién está ahí?,— llamó. —¡Muéstrate!

—¿Varjak?— sonó una voz cansada en la distancia. —¿Eres tú?

Y a través de la blancura que se arrastraba llegó el viejo Buckley, con una andrajosa columna de Gatos Libres detrás de él. Parecían agotados, pero estaban bien; no tenían la marca de Sally Huesos. Jess corrió hacia ellos y se abrazaron con fuerza.

—¿Dónde está la abuela?,— le preguntó al viejo Buckley.

—Su delgado rostro se arrugó, aunque intentó no mostrárselo.— Fue terrible, Jessie. Tu abuela no sobrevivió. La cogieron. Nos cogieron a muchos de nosotros.— Se estremeció. —Sally Huesos se fue antes del amanecer. Dijo que volvería esta noche.

Varjak tenía un nudo en la garganta. —Lo siento,— dijo. —He decepcionado a todo el mundo.

—No, —dijo el viejo Buckley.— Fuiste valiente al intentar luchar contra ella. Por un momento, nos diste esperanzas. Pero nunca tuvimos una oportunidad.

—¿Dónde están los demás?,— dijo Jess.

—Escondiéndose,— dijo Buckley.— No quieren ser vistos.— Empezó a ahogarse. —Es horrible, Jessie, lo que ha hecho.

Varjak miró hacia abajo. La ciudad se había convertido en un lugar de horror. No podía detener el horror. No podía luchar contra Sally Huesos. Pero aún podía ayudar a los Gatos Libres.

—Si van a volver, no puedes quedarte aquí,— dijo.— Ven con nosotros. Estamos buscando la ciudad secreta de la señora Moggs.

El rostro preocupado del viejo Buckley se descompuso en una sonrisa. —la vieja Moggs—, murmuró. —Le encantaba un buen cuento.

—¡No es un cuento, Buckley!, —dijo Jess.— Es verdad. Cludge lo sabe.

—¿Cludge?— Levantó la vista y vio al perro por primera vez, y arqueó la espalda asustado.

—No pasa nada,— dijo Jess.— Es nuestro amigo y nos va a llevar a la ciudad. Ven con nosotros, Buckley, tienes que hacerlo. La abuela vendría, si estuviera aquí...

El viejo Buckley se volvió hacia sus Gatos Libres.— Muy bien. Quedaos aquí. Manteneos a salvo. Volveré a buscaros, si este lugar resulta ser real.— Se fundieron de nuevo en la niebla, mientras Buckley se unía a Varjak y los demás.

Cludge les guió por las calles. Tenían que andar con cuidado, pues cualquier cosa podía ocultarse bajo la niebla. Las aceras estaban llenas de botellas rotas y fragmentos de cristal. Si en vez de eso hubiera ratones, pensó Varjak mientras caminaban. Tenía más hambre y más frío que nunca. Aun así, al menos había esperanza; al menos iban a alguna parte.

Pero cuanto más avanzaban, más claro se hacía que Cludge los estaba guiando hacia el oeste: hacia el territorio de Sally Huesos.

—Esto es una locura,— murmuró Buckley. —Seguir a un perro, a un lugar que no existe...

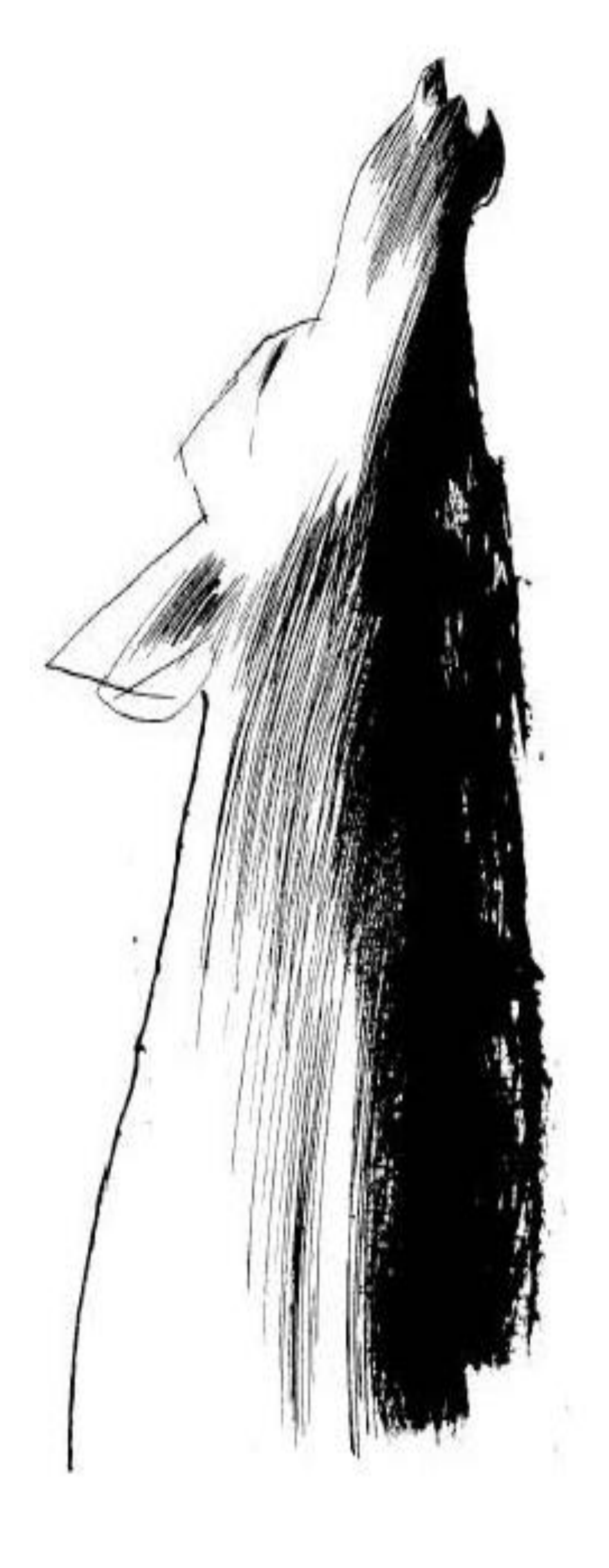
—¡También lo hace!— dijo Jess.

—Tal vez exista, tal vez no,— dijo Omar.— Pero, ¿por qué lo sabría un perro si nosotros no lo sabemos?

—No seas malo con Cludge,— dijo Tam. —Si alguna vez lo escucharas, te darías cuenta de que siempre dice la verdad. Yo también le tenía miedo al principio, pero ahora le seguiría a cualquier parte.

Omar resopló. —¡Nunca pensé que fueras un amante de los perros, Tam!





—Ya basta,— dijo Varjak.— Si tienes un plan mejor, escúchalo.

—Pero nos estamos acercando al peligro,— dijo el viejo Buckley. —Y-

aa-woooooooooooo

Un aullido espeluznante rasgó la noche, silenciándolos a todos. No vengas aquí, parecía decir. Daos la vuelta y marchaos. Varjak conocía ese sonido. Lo había oído cuando fueron a rescatar a Jess.

—¿Qué es ese olor?—susurró Tam.

Varjak olfateó el aire. Había un hedor repugnante flotando por las calles. Y ahora Cludge se dirigía fuera de la carretera, cuesta abajo, hacia una estructura de hormigón en la distancia.

—¡Allí!,— ladró, con la cola tiesa por la tensión. —¡Ahí está el lugar!

—¡No puedo creerlo!— dijo Omar.— Mira adónde nos ha traído. Aquí no viene nadie, ¡nadie!

A Varjak se le erizó la piel del cuello, pues Cludge los había conducido al Drenaje Pluvial: el único lugar al que Holly le había dicho que nunca fuera. Era como una cuenca gigante construida de hormigón, con tuberías de desagüe oxidadas y torres de agua a lo largo de sus orillas. Una corriente de líquido marrón oscuro corría por su centro.

En el extremo más alejado del Drenaje Pluvial, pudo ver una puerta. Era la entrada a un túnel de drenaje, un agujero abierto en la tierra. La corriente marrón se deslizaba alrededor de la boca, a través de unos barrotes oxidados, y se introducía en el agujero. Eran aguas residuales. Apestaba.

Una jauría de perros vigilaba la boca del túnel. Veinte perros, tal vez más. Perros grandes, de aspecto temible, con los dientes salpicados de saliva y la piel agitada. Se esparcían por la corriente de aguas residuales como si les perteneciera. La mayoría dormía. Uno de ellos aullaba a la luna. Luego recostó la cabeza, cerró los ojos y empezó a roncar: ronquidos profundos y sonoros que resonaron en el desagüe como un taladro neumático.

—¿Ves?— murmuró Cludge. Mal lugar. ¿Nos vamos ya?

—¿Dónde está la ciudad?,— dijo Varjak.

—¡No hay ninguna ciudad!,— dijo el viejo Buckley. —¡Todo es mentira y cuentos!

Cludge sacudió la cabeza. —En el agujero,— susurró. —Ciudad bajo ciudad.

—¿Ciudad bajo ciudad?,— dijo Varjak. —¿En un agujero?— Y entonces todo se unió en su mente, como una luz encendida. —¿Quieres decir - las alcantarillas?

—¡Sí!,— jadeó Cludge.— No hay gatos allí. Lugar apestoso.

—No te equivocas, —dijo Tam, tapándose las fosas nasales con una pata. —Es repugnante. ¿Cómo pueden soportarlo esos perros?

Cludge se encogió de hombros.— Huele bien para los perros. Huele dulce. —Olfateó el aire con su húmeda nariz negra, inspiró hondo... y luego sacudió violentamente la cabeza y dejó de olfatear. Volvió a parecer pequeño y asustado.— Pero Cludge odia ese olor ahora. Apesta, apesta, es un mal lugar.

—Es asqueroso,— murmuró Omar. —¿Podemos irnos, Varjak?

—No, es aquí,— dijo Jess. Sus ojos azules brillaban.— La abuela tenía razón. Unos guardianes temibles y un olor repugnante, pero ahí abajo hará calor y estaremos a salvo.

Varjak asintió. —A la banda de Sally Huesos nunca se le ocurriría venir aquí.

—¿Por qué lo harían?,— dijo el viejo Buckley. —¡Si el hedor no te mata, lo harán los perros salvajes!

—Oh, pero no lo harán,— dijo Varjak, un plan formándose en su mente. —No si un perro les habla por nosotros.

—Esto es una locura,— dijo Omar.

Ozzie hizo una mueca.— Huele muy mal.

—Depende de ti lo que hagas,— dijo Varjak.— No puedo hacer que nadie me siga. Pero esa alcantarilla es el lugar más seguro donde podríamos estar.

—¡Los gatos no bajan por las alcantarillas!,— gritó el viejo Buckley.

—Los gatos pueden hacer cualquier cosa,— dijo Varjak.— Cualquier cosa. Nadie pensaba que yo pudiera hablar con un perro, pero lo hice y ahora Cludge es mi amigo. Esto es lo mismo. ¿Qué te parece, Cludge? ¿Hablarás con esos perros por nosotros y les explicarás que necesitamos un lugar donde escondernos?

Cludge se estremeció.— No, Varjak, perros malos. Perros enfadados. Ellos no. Por favor, no...

Sus ojos se nublaban de nuevo, peor que antes. Varjak podía ver que no sería capaz de persuadir a su amigo. Eso significaba que sólo había una cosa para ello. Necesitaban un escondite, y él iba a encontrarles uno, aunque eso significara enfrentarse él solo a una manada de perros salvajes. No necesitaba su poder para hacer esto. Sólo coraje.

—Voy a bajar a hablar con esos perros —dijo con toda la calma que pudo—. Cludge, si eres mi amigo, vendrás conmigo; te necesito a mi lado. Los demás, quedaos aquí hasta que os llame.

Varjak Paw no esperó respuestas. Se adentró en el Drenaje de la Tormenta por su cuenta, hacia la manada de perros dormidos.

CAPÍTULO 19

VARJAK SE DESPLAZÓ POR los márgenes de hormigón del desagüe pluvial y a lo largo de la corriente de aguas residuales que lo atravesaba. Delante de él, la manada de perros dormidos roncaba. Detrás de él, Cludge gemía suavemente.

—Pero - perros dar miedo - mal lugar - ¡vuelve, Varjak!

Varjak siguió caminando hacia los perros. A cada paso, el olor a cloaca se hacía más intenso. Le punzaba la nariz. Le lloraban los ojos.

—¡Ve con él, Cludge!,— oyó decir a Tam. —¡Si no lo haces, lo harán pedazos!

Varjak siguió las aguas residuales. Los perros seguían durmiendo. El hedor era intenso. Intentó cerrar las fosas nasales y respirar por la boca, pero le hacía toser...

cough

Un perro se revolvió sobre el vientre. Sus ojos amarillos se abrieron y le vio.

—WOAH! WOAH! WOAH!

En un instante, toda la manada se levantó. Veinte perros. Todos ladrando a Varjak. Chasqueando los dientes.

Sigue adelante, se dijo Varjak. Cludge no me defraudará. Él es mi amigo. No dejará que estos perros me hagan pedazos, están a

punto de hacerme pedazos, van a arrancarme la cabeza de un mordisco y - *¡Deja de pensar en eso! ¡Sigue adelante!*

Los perros salieron a rodearle. Uno de ellos se levantó sobre sus patas traseras y golpeó el aire a su alrededor con sus zarpas. Pero no había rastro de Cludge.

Los perros salieron a rodearle. Uno de ellos se levantó sobre sus patas traseras y golpeó el aire a su alrededor con sus zarpas. Pero no había rastro de Cludge.

nunca lo lograré

me van a hacer pedazos

esto es todo

aqui vengo, holly, aqui vengo a unirme a ti

dondequiera que estés...

- y entonces, desde detrás de él, con una tremenda andanada de ladridos, Cludge irrumpió a través del círculo de perros. Los atravesó a todos para situarse al lado de Varjak.

—¡CLUDGE!,— ladró. —¡CLUDGE! ¡CLUDGE! ¡CLUDGE!

Hizo callar a la manada. Miraron fijamente a Varjak y Cludge, con los ojos y las mandíbulas muy abiertos.

Silencio absoluto en el Drenaje de la Tormenta.

—¿Cludge?,— susurró el perro más grande y con peor aspecto, un enorme sabueso plateado que doblaba en tamaño a Cludge.

Cludge asintió. —Cludge,— volvió a decir.

Varjak permaneció inmóvil mientras el sabueso plateado salía del círculo y se acercaba a los dos. El sabueso olfateó a Cludge, olfateó un poco más y volvió a olfatear. Sus ojos negros parpadearon. Se volvió hacia la manada y asintió con gravedad.

—¡Cludge!,— declaró, con una voz que retumbaba como un trueno, cargada de una alegría sencilla pero inmensamente profunda. —¡Pequeño Cludge!

Los perros se volvieron locos. Se abalanzaron sobre Cludge, olisqueando, lamiendo y aullando, y se les pasó la rabia. —¡Cludge, vuelve!,— ladraron. —¡Cludge vuelve con los perros!

Varjak parpadeó. —¿Conoces a estos perros?,— susurró.

—¡La familia de Cludge!— Cludge susurró.

—Pero dijiste que tu familia estaba enfadada contigo...

Cludge miró tímidamente al sabueso plateado.— ¿No estás enfadado, Papá Perro?

—¿Enfadado?,— atronó el sabueso.— ¿Con el pequeño Cludge? ¡Los perros echan de menos a Cludge! ¡Extrañan tanto a Cludge!

Y ahora Varjak entendía lo que había pasado. Esta era la familia de Cludge. Este era su hogar. Habían tenido una pelea, y él había huido, creyendo que nunca podría volver. Pero fuera cual fuera el

motivo de la pelea, hacía tiempo que lo habían olvidado. Los perros se alegraron mucho de verle. Lo rodearon con sus cuerpos cálidos y sus colas agitadas, y poco a poco, su felicidad se extendió al propio Cludge, hasta que brilló en sus ojos negros y claros, y lo iluminó con un placer que Varjak nunca había visto antes.

Por primera vez, pensó, Cludge parecía pertenecer a algún lugar. Un perro solo en un mundo de gatos era mucho menos que un perro rodeado de su manada de sabuesos. Holly tenía razón al preguntarse por la familia de Cludge. ¿No tenía siempre razón?

Holly. Pensar en ella lo atravesaba como el viento invernal. ¿Alguna vez se acostumbraría a su ausencia?

Cludge estaba flanqueado ahora por un par de magníficos sabuesos negros. Se parecían mucho a él, sólo que eran más grandes, más viejos y más fuertes, como él podría serlo algún día.
—¡Varjak, mira!—, gritó.— Los hermanos de Cludge. ¡Buster y Bomballooloo!

—¿Quién es el gato, Cludge?,— dijo Buster, el perro de su izquierda.

—Los gatos no vienen desde hace años,— dijo Bomballooloo, el perro a su derecha.

—Varjak Paw, —les dijo Cludge.— Amigo de Cludge. Ayudaba a Cludge cuando Cludge estaba solo.

—¿El amigo de Cludge?,— dijeron. Varjak se quedó muy quieto mientras lo olfateaban por todas partes y luego lo cubrían de cálidos, húmedos y amistosos lametones.

—Bienvenido, amigo,— ladró Buster.

—¡Amigo trajo a Cludge de vuelta a casa!— ladró Bomballooloo.

—¿Cómo te lo agradecemos, Varjak Paw?,— dijo Pappa Perro.— ¿Qué hacemos por ti?

Varjak les sonrió. —Bueno, hay algo en lo que podéis ayudarnos,— dijo.— ¿Es cierto que hay una ciudad bajo la ciudad, a través de ese túnel?

—Cierto,— dijo Papá Perro. Apretó la cara contra los barrotes del portal.— Un lugar oscuro y vacío. Huele muy bien, pero los perros son demasiado grandes para pasar.

—Mis amigos y yo necesitamos un lugar donde escondernos,— dijo Varjak.—¿Nos dejas pasar para que podamos escondernos?

—¿Esconderse?,— retumbó el enorme sabueso. —¿De quién?

—Sally Huesos, la gata blanca y delgada,— dijo Varjak. Se estremeció. —Nuestro enemigo.

Papá Perro se irguió hasta alcanzar su estatura máxima.— Veinte perros aquí,— dijo.— Nadie, ¡nadie! - pasa entre veinte perros. Tú, Varjak Paw, tú y tus amigos, podéis pasar. El delgado gato blanco, nunca.— Hablaba con gran solemnidad, con una voz que parecía tan vieja y fuerte como la tierra misma.

—Gracias, Papá Perro,— dijo Varjak. Se volvió hacia la cima del Drenaje de Tormentas e hizo un gesto con la cabeza a sus amigos para que bajaran. La niebla se estaba disipando. A través de ella, podía ver un cielo nocturno despejado y una luna llena que brillaba con fuerza.

Uno a uno, salieron al exterior y se unieron a él. Los perros se apartaron para dejarles pasar. Si Holly pudiera ver esto, pensó. Una pandilla de gatos, caminando junto a una manada de perros, con nada más que amistad y respeto por ambas partes.

—Cludge quiere venir,— dijo Cludge, —pero... la manada de Cludge... ha tardado tanto....

Varjak tampoco quería dejarlo, después de todo lo que habían pasado juntos; pero Cludge parecía tan feliz aquí por fin, con Papá Perro, y Buster y Bomballooloo, y todos los demás.

—Está bien, amigo mío,— dijo Varjak.— Creo que este es tu lugar, con tu manada. Pero gracias por salvarnos, otra vez.

—Var... Jak,— murmuró Cludge, lamiéndolo suavemente.— Si necesitas perros, llama. Nosotros vamos.

—Amigo,— dijo Cludge. —¡Cludge, tu amigo para siempre!

Se separaron y Varjak se volvió hacia Tam y Jess, Omar, Ozzie y el viejo Buckley. Los guió hacia delante a través del portal: hacia el túnel, hacia la oscuridad, hacia la ciudad bajo la ciudad.

CAPÍTULO 20

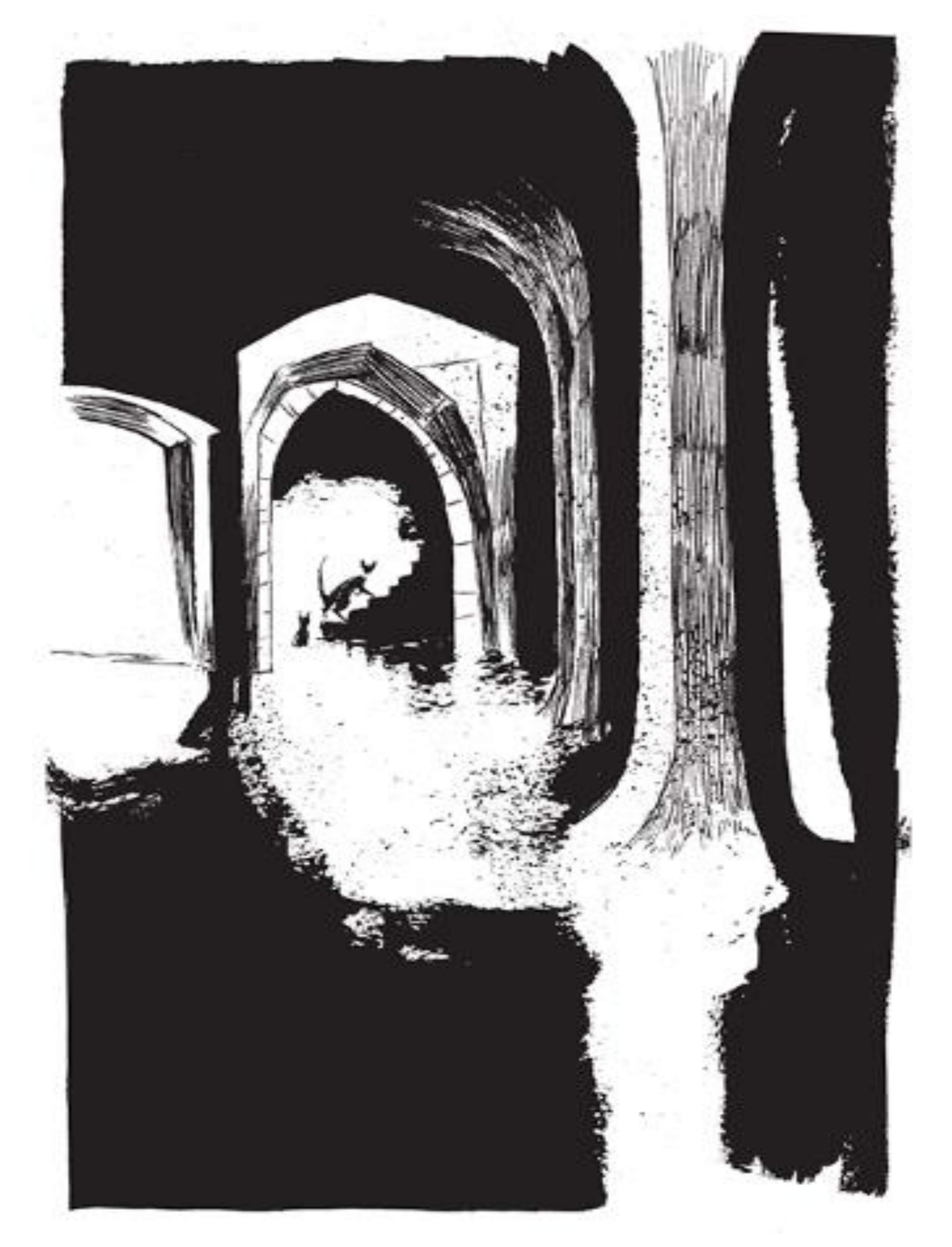
HABÍA UN torrente de aguas residuales en el centro del túnel. No había forma de evitarlo. Varjak metió una pata en el espeso chorro marrón. Estaba sucio y pegajoso. Apestaba hasta los cielos.

Sacó la pata. Estaba cubierta de baba. Intentó cerrar las fosas nasales y respirar por la boca, pero ahora podía saborearlo además de olerlo. Le entraron ganas de vomitar.

—Sigue, Varjak,— dijo Jess, detrás de él. —No todo será así. La abuela solía decir que estaba bien escondido; tenías que recorrer un camino para llegar allí.

Varjak asintió. ¿Qué otra opción había, con Sally Huesos y su banda sueltos? Comparado con su ojo azul hielo, incluso las aguas residuales parecían atractivas. Volvió a meter la pata y se arrastró por la nauseabunda humedad.

Estaba oscuro. A cada paso estaba más oscuro. El aire se hacía más cercano, más cálido, a medida que se adentraban. Pronto estaba tan oscuro, Varjak no podía ver más. Sólo podía sentir las aguas residuales, salpicando su piel. Estaba rezumando en su piel, burbujeando alrededor de sus piernas, cada vez más profundo.



Siguió caminando. Tenía la sensación de ir cuesta abajo, hacia las entrañas de la tierra. El arroyo crecía a su alrededor, empapando el pelaje de su vientre.

—¡Alto!,— gritó el viejo Buckley.— No puedo ir más lejos. Voy a vomitar.

—Cambiará,— dijo Jess.

—Incluso si lo hace,— gruñó Omar,— Cludge tenía razón. Este es un mal lugar, Varjak.

Varjak siguió adelante. Pensaba en una habitación sin luz. *Lo que parece cierto en un momento puede no serlo al siguiente.*

—Hemos llegado hasta aquí, —dijo en voz alta.— Yo también lo odio, pero no podemos parar ahora'.

Intentó parecer confiado, por Jess, por todos ellos, pero no se sentía tan seguro. El río de aguas residuales parecía cada vez más profundo. Estaban yendo más y más abajo, y era difícil imaginar cómo podría cambiar.

A cada paso, la corriente marrón subía más. Ahora el cieno le subía por el cuello, su rancia pegajosidad le llegaba a la garganta, casi hasta la boca, y seguía sin haber luz, y Varjak empezó a imaginarse arrastrado por una marea de aguas fétidas, ahogándose en cieno marrón-

- y entonces su pata se quedó corta; y su siguiente pata se quedó más corta. ¡Escalones! Había encontrado unos escalones. Los subió tan rápido como pudo. Con un sonido de succión y

aplastamiento, su cuerpo se alejó de las aguas residuales y se encontró en otro nivel, por encima del arroyo.

Aún estaba más oscuro que la noche más oscura de la ciudad, pero a lo lejos podía ver débiles rayos de luz ámbar. Con una sacudida, se dio cuenta de que procedían de las luces de la calle, que se filtraban en las alcantarillas a través de aquellas rejillas en el suelo. Habían llegado tan bajo tierra que la calle parecía tan alta sobre ellos como el cielo.

Volvió a mirar hacia abajo. Debajo, podía ver la corriente de aguas residuales que fluía por el centro del túnel. A ambos lados había plataformas elevadas, como aceras a ambos lados de una carretera. Él estaba en una de ellas. Era cálida y seca, y se extendía a lo lejos. Podía distinguir una especie de cámara más adelante, y más túneles más allá, como pasadizos o callejones.

Su corazón se aligeró al verlo. Los cuentos de la señora Moggs eran ciertos. Era toda una ciudad bajo la ciudad. Una ciudad secreta. Y nadie los encontraría nunca aquí.

Uno a uno, sus amigos salieron de las alcantarillas y subieron las escaleras para reunirse con él. La plataforma era lo suficientemente amplia para todos. Estaban sucios y empapados. Se quedaron allí de pie, sacudiéndose el asqueroso líquido del pelaje.

—Gatos de barro, — murmuró Tam.— Nos hemos convertido en gatos de barro.

—¿A quién le importa?, dijo Varjak. —¡Vamos a explorar!

Volvieron a ponerse en marcha. Pronto el túnel se ensanchó y llegaron a una caverna subterránea. Era de ladrillo esmaltado, brillante y hermoso incluso en la penumbra. Sus paredes se curvaban suavemente hacia arriba, formando una cúpula. Muchos túneles y arroyos cruzaban por aquí. Varjak podía verlos irradiando en todas direcciones. Era todo un mundo en sí mismo, y ellos eran los únicos en él.

El viejo Buckley miraba a su alrededor, con asombro en los ojos. Es —increíble, — dijo. —¡Los cuentos de Moggs eran verdad!

—¡Y hay ratones aquí! — dijo Jess. — ¿Puedes oírlos, Buckley? ¿Los oyes?

Tenía razón. Varjak los sintió: cálidos, frescos, jugosos ratones. Muchos de ellos.

¡Así que era aquí donde venían en invierno! Gracias a Cludge, gracias a la señora Moggs y sus cuentos, los había encontrado por fin. Y eran libres para que cualquier gato los cazara. No hay leyes injustas aquí. Nada de Sally Huesos. Sonrió y soltó un aullido grave que resonó en la caverna, ondulando el río subterráneo que la atravesaba.

—¿Y ahora qué?,— dijo Omar.

—Tres suposiciones, —dijo Tam. — ¿Quién quiere ratón para cenar? La intrépida Tam se va de caza.

—Y yo voy contigo, — se río Omar.

—Yo también, — dijo Ozzie, uniéndose. —Los Gemelos Orribles-

—No, hermanito, — dijo Omar. —Espera aquí. Te traeremos algo bueno.

Ozzie parpadeó. — Pero yo también tengo hambre.

—Puedes quedarte con Varjak, — dijo Omar. —Yo y Tam, somos un equipo de caza.

Varjak los observó con una punzada en el corazón. Eso era lo que sentía por Holly. Eran un equipo. ¿Quién cazaría con él ahora? También sintió pena por Ozzie. El gran felino quería ir con su hermano; pero estaba claro que Omar y Tam querían estar solos.

—Vamos, Ozzie, — dijo Jess. —Ven conmigo. Exploremos, quizá encontremos algo mejor que ratones.

—Nada es mejor que los ratones, — refunfuñó Ozzie, pero dejó marchar a Omar y Tam.

—Tú también vienes, Varjak, — dijo Jess. —Y tú, Buckley.

El viejo Buckley sacudió la cabeza. — Voy a descansar, — dijo. — Y luego volveré a buscar a los Gatos Libres y los traeré aquí.

Varjak, Jess y Ozzie se adentraron aún más en las alcantarillas, a través de cavernas y plataformas iluminadas únicamente por aquellos débiles haces de luz. Viajaron en línea recta hacia el oeste, adentrándose cada vez más. Hacía más calor a medida que avanzaban. Varjak pensó que probablemente siempre hacía calor aquí abajo. ¿Por qué iba a cambiar el tiempo? Arriba, en las calles, podía estar nevando, o hacer viento, o llover, y él nunca lo sabría.

Sintió un brillo de satisfacción. Era un buen lugar para esconderse.

Mientras caminaban hacia el oeste, el andén empezó a subir de nuevo. Varjak supuso que volvían a la superficie. Podía oír la corriente de aguas residuales en el túnel cada vez más fuerte, más rápido, ganando ritmo. Su nivel también subía.

En poco tiempo, llegaron al final de la placa. de la placa. Una serie de escalones conducían de nuevo a las espumosas aguas residuales marrones. A lo lejos, Varjak creyó ver la luz del día, pero no estaba seguro.

—Debemos estar en territorio de Sally Huesos,— dijo Jess. —Llevamos mucho tiempo yendo hacia el oeste.

El territorio de Sally Huesos. Varjak lo recordaba de la noche en que rescataron a Jess: el río y el puente del ferrocarril, y esa espuma marrón agitada en el agua...

¿Espuma marrón agitada?

—Quizá sea ahí donde las alcantarillas desembocan en el río,— dijo.

—Yup, —dijo Ozzie. —Esa cosa marrón que vimos.

Varjak asintió. Ozzie no era tan lento como parecía. Era un gato de pocas palabras, y Varjak nunca había pensado demasiado en él, dándolo por sentado como una máquina de combate. Pero ahora se preguntaba qué más pasaba por la mente de Ozzie, qué sentía el gran felino, cómo eran sus sueños.

—Bueno, esto es lo más lejos que podemos llegar sin volver a nadar en aguas residuales,— dijo Varjak en voz alta. —Volvamos y veamos cómo ha ido la caza.

Regresaron a la caverna central. El viejo Buckley estaba acurrucado dormido, roncando fuerte como cualquier perro. Omar y Tam se reían. Estaban muy animados. Tenían ante ellos un montón de ratones.

—Mira lo que hemos encontrado,— presumió Tam.

—Yum,— dijo Jess mientras se sentaban a comer.

Varjak aplastó a un ratón. Sus jugos chorrearon en su boca. Los ricos sabores cantaron en su lengua. Estaba bueno. Era mejor que bueno: no había sabor igual. Se lo comió deprisa, y luego otro, y un tercero.

Sentía la cara caliente y el placer de la comida por primera vez desde... desde... desde que Holly y él se habían dado un festín en el puerto. El pelaje blanco y negro se mezclaba con el azul plateado. La luz de las estrellas fuerte entre ellos -

No

No tenía sentido pensar en eso. Fue hace una vida, y ahora se había ido. Esta era su vida ahora. Este submundo. Esta ciudad bajo la ciudad. Esta cloaca.

Se acurrucó en la oscuridad, solo, y se durmió.

CAPÍTULO 21

EN LAS cloacas, Varjak soñaba.

Soñó que estaba de vuelta en Mesopotamia. Estaba en el templo en ruinas, junto al claro estanque azul donde nacía el río. La ventana delgada como un bigote brillaba con la luz del sol. La cámara olía a menta.

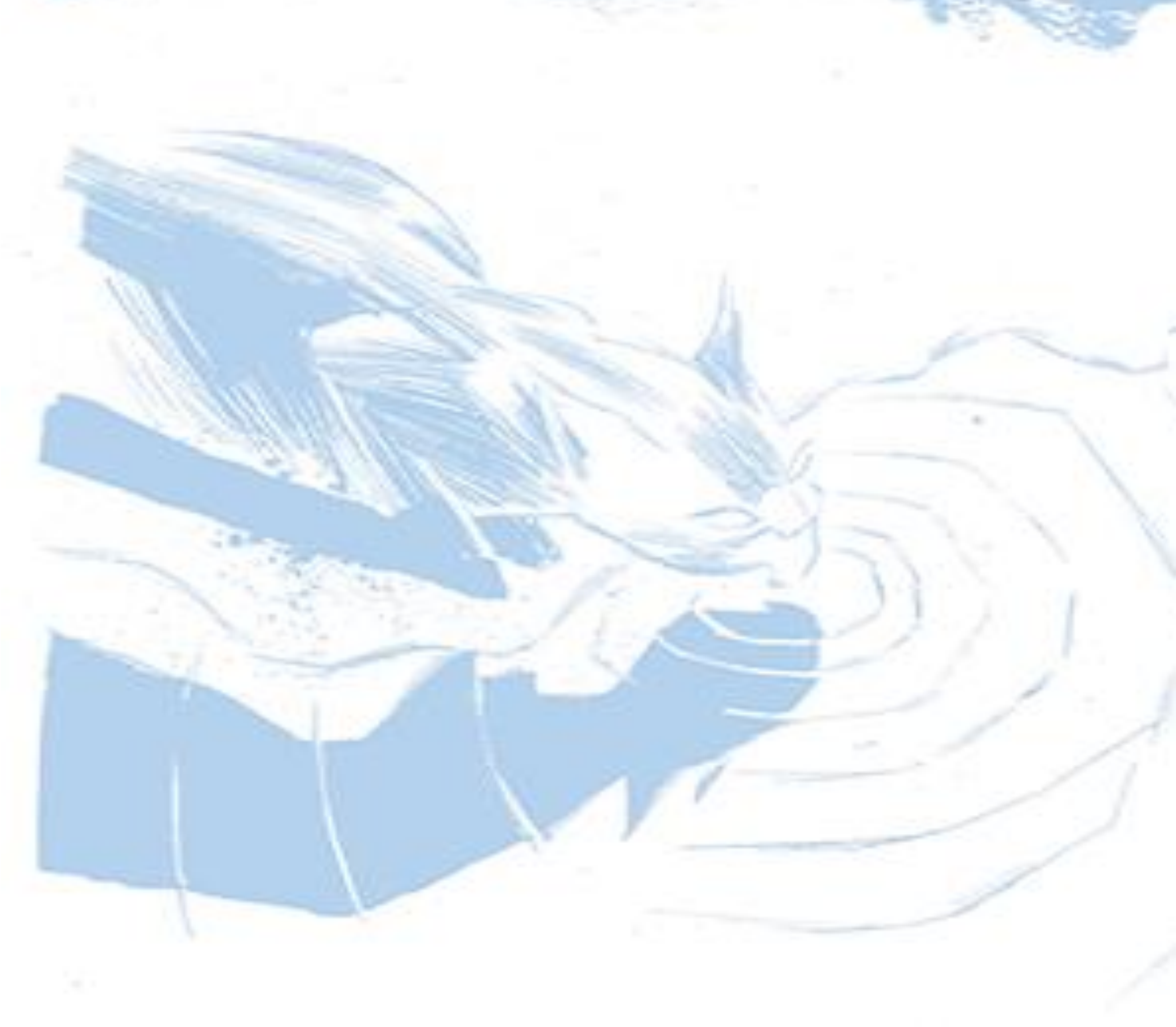
Jalal se sentó a su lado, mirando a la piscina.— Piensa en una pregunta —dijo Jalal.— Mantenla en tu mente. Sigue mirando este estanque el tiempo suficiente y verás la verdad.

Varjak no quería. ¿Y si la piscina mostraba a Jalal que había perdido su poder? ¿Qué pensaría su ancestro de eso? Todas las enseñanzas de Jalal, su entrenamiento: todo había sido en vano.

Pero Jalal seguía mirando la piscina, así que Varjak también lo hizo. Pensó en Sally Huesos. ¿Estaba por fin a salvo de ella?

Al principio, sólo podía verse a sí mismo, reflejado en la piscina transparente como un espejo. Pero entonces el agua pareció parpadear. Parecía difuminarse en los bordes y adelgazarse, y justo debajo de su superficie, Varjak vio una imagen que tomaba forma, que se acercaba.

Vio una montaña. El pico blanco de una montaña. Un estrecho saliente de roca, en ese pico nevado. Ahora la reconocía. Era la misma montaña en la que estaban parados. Estaba mirando un pico que aún no había escalado. Sonrió. Sin duda era una buena señal. Tal vez significaba que iba a recuperar su poder, y todo estaría bien, después de todo.



Y entonces se le heló la sangre. Porque en la cima de la montaña había una gata blanca y delgada con un ojo azul hielo.

Sally Huesos

Varjak jadeó y se apartó de la piscina.— Está aquí,— gritó. —¡Está en la cima de la montaña!

—¿A quién?

—¡Sally Huesos! ¿No la ves?

Jalal miró a la piscina.— Cada uno ve lo que es más importante para él,— dijo.— Yo veo a mi vieja enemiga. ¿Alguna vez te hablé de ella?



Saliya del Norte. Era la guerrera perfecta. Nadie podía vencerla. Muchos lo intentaron, pero nadie pudo ponerle una pata encima. Parecía que viviría para siempre. Ella me dio mi mayor batalla.

El pulso de Varjak se aceleró. Recordaba que, hacía mucho tiempo, su abuelo había mencionado una vez la mayor batalla de Jalal, pero Varjak nunca había oído el relato. Por supuesto, Jalal habría ganado esa batalla. Jalal siempre ganaba.

Pero Varjak no era Jalal. Y ahora había tenido una visión de Sally Huesos en Mesopotamia. Incluso en sus sueños, no había escapatoria.

—¿Qué hago, Jalal?,— dijo.— ¿Cómo derroto a mi enemigo?

—A veces, hijo mío, no puedes vencer a tu enemigo.— Varjak se estremeció al oír estas palabras. Ahora estaba seguro: Jalal sabía que había perdido contra Sally Huesos. Una vez más, sintió la vergüenza de la derrota, aguijoneándole.— Depende de dónde luches, cuándo y cómo,— continuó Jalal. —Depende de tus puntos fuertes y de las debilidades de tu enemigo.

—¿Debilidades?,— dijo Varjak. —¿Cómo puedes saber las debilidades de alguien?

—Como cualquier otra cosa. Los ves. Enfréntate a tu enemigo y míralo de verdad, sin miedo, sin odio. Sólo entonces podrás conocerlos.

Enfrentarse a Sally Huesos, ¿otra vez? Varjak se apartó de la piscina, sacudiendo la cabeza. Gracias por nada, Jalal, pensó. A veces desearía no haber venido nunca a Mesopotamia.

La luz de la cámara empezó a fallar. La ventana de la pared se hizo cada vez más tenue, hasta que, una vez más, Varjak Paw se quedó en la oscuridad.

CAPÍTULO 22

EN LOS DÍAS y noches que siguieron, el Viejo Buckley trajo a las alcantarillas un goteo de Gatos Libres. Muchos tenían la marca de Sally Huesos. Eran un espectáculo lamentable, incluso en la penumbra subterránea.

—No nos mires,— dijo uno de ellos, tapándose la cara. Nos han quitado todo lo que nos hacía gatos. Por favor, no mires'.

—Eso no es cierto,— protestó Jess, llevándoles a la comida y el agua.— Seguimos siendo Gatos Libres. Nunca podrán quitarnos eso.

Todos los Gatos Libres que llegaron a las alcantarillas contaron la misma historia. Decían que había habido asesinatos en la ciudad. Sally Huesos había vuelto al centro al anochecer. El derramamiento de sangre era peor que antes. Todos se escondían, pero uno a uno eran cazados como presas y castigados.

Sus historias hicieron que Varjak se estremeciera de lástima y de miedo a Sally Huesos. Estaba más contento que nunca de haber encontrado este lugar seguro. Estaba tan bajo tierra que nada podía alcanzarlos aquí: ni el viento ni la nieve, ni el delgado gato blanco. Era seguro y cálido, y había mucho que comer. A veces casi podía convencerse de que se estaba acostumbrando al olor.

Pero otra parte de él sintió que surgía una ira ardiente. Un sentimiento de injusticia ardía en su interior. Había que detener a Sally Huesos. ¿Y quién podría detenerla?

Sacudió la cabeza. No puedo hacer nada, se dijo. Lo intenté y fracasé. Ya no tengo el poder. Ya no lo tengo.

Un día, el viejo Buckley bajó a la caverna con unos gatos que Varjak no esperaba ver. Tres siameses delgados y malvados. Las Hermanas Arañazo, tan altas como siempre, avanzaban hacia él a través de la penumbra. El corazón de Varjak retumbó en su garganta. ¡El viejo Buckley había traído a las Hermanas Arañazo a la seguridad de las alcantarillas!.

—Varjak,— tragó Buckley. — Me encontré con ellas, en las calles. Tenían cosas que decir, así que... los traje... no tuve elección...

Varjak salió a su encuentro. Elyza y Malisha llegaron primero; Pernisha acechaba en las sombras tras ellas. Sus ojos parecían puntos de fuego verde pálido en la penumbra. Sus garras brillaban, afiladas y mortíferas. Podía oír el agua goteando, resonando, corriendo bajo tierra.

Sus patas se tensaron. ¿Por qué estaban aquí? A su lado, Omar y Ozzie se erizaron. Malisha y Pernisha se erizaron a su vez. La tensión era tan densa como el hedor de las aguas residuales.

Pero Elyza le saludó como si fueran viejos amigos. —¡Varjak Paw! Te has convertido en un famoso forajido desde que nos conocimos.

—¿Y qué?,— dijo Varjak, manteniendo la guardia alta.

—Respeta a las Hermanas Arañazo cuando hablemos contigo,— espetó Malisha.

—¡Respeto!,— se hizo eco Pernisha, todavía al acecho detrás de ellos, fuera de la vista.

—No nos digas lo que tenemos que hacer,— gruñó Omar.

—Omar y Ozzie,— dijo Elyza. —¿Qué problemas estáis causando ahora?

—¿Quieres problemas?,— dijo Omar. Sus ojos se iluminaron peligrosamente y el gran Ozzie sacó pecho.— Te daremos problemas, ¡nadie es más fuerte que nosotros!

—Podéis ser fuertes,— replicó Elyza, —pero nadie es más rápido que las Hermanas Arañazo. Os cortaremos el cuello antes de que podáis moveros.— Mostró sus garras a Omar, y luego se rió y se volvió hacia Varjak. —Pero puedes estar tranquilo, Paw. No hemos venido a discutir. Hemos venido a hablar de ti. Porque tú eres el gato que lucha como Sally Huesos.

Varjak sintió hielo en el vientre. Elyza no sabía que había perdido el poder. Nadie lo sabía. —¿Qué pasa con ella?—, dijo, ganando tiempo.

—¿Dónde está tu amiga Holly?,— dijo Elyza. —Siempre la he respetado. Es lista y valiente, casi lo bastante buena para ser una Hermana Arañazo.

—Ella... ella... la pandilla de Sally Huesos la tiene.

—Eso es lo que hemos oído,— dijo Elyza.— Entonces, ¿qué vais a hacer al respecto?

—¿Haciendo? Nos mantenemos con vida

—¡Te estás escondiendo de los Huesos, eso es lo que estás haciendo! ¡Ellos mataron a tu mejor amiga, y tú te escondes en las alcantarillas como una rata!

Varjak apretó las patas con fuerza.— ¿Qué otra cosa podemos hacer?,— dijo.— No puedo vencer a Sally Huesos, ¡nadie puede!

—Hemos oído cosas distintas,— dijo Malisha.

—Oímos que llegaste hasta ella,— dijo Pernisha.

—Oímos que encontraste algún punto débil en los Huesos,— dijo Elyza, —y escapaste.

Varjak levantó la vista. Podía ver la humedad brillando en el techo, goteando por las paredes, fluyendo sin cesar hacia la corriente de aguas residuales.— Es cierto que escapamos,— dijo al fin.— Pero no encontré ninguna debilidad.

Elyza levantó las orejas. —¡Nadie escapa de Sally Huesos! Llevamos años buscando su debilidad, ¡y nunca la encontramos! ¿Qué habéis hecho? ¿Cómo la vencisteis?

—No la vencí. Lo intenté y fracasé.

—Eso no basta,— dijo Elyza.— Tienes que intentarlo una y otra vez. Eres el primer gato que ha encontrado su punto débil y lo estás tirando por la borda como una cobarde.

—Pero estamos a salvo aquí abajo,— dijo Varjak.

—¿A salvo?,— espetó Elyza.— Nadie está a salvo. Mis hermanas y yo vinimos a buscarte. Nos topamos con una patrulla de Huesos. Los derrotamos, pero ¿ves lo que pasó primero?

Varjak miró más de cerca a las Hermanas Arañazo. Pernisha seguía acechando detrás de las demás, en las sombras.

—Vamos, Pernisha —dijo Elyza, afilándose las garras.

—No quiero,— murmuró Pernisha.

—Dije, ¡vamos! ¡Muéstrale lo que te hicieron!

Pernisha Arañazo dio un paso adelante, y el pelaje del cuello de Varjak se erizó, porque se dio cuenta de por qué se había estado escondiendo. Sólo tenía una oreja. La otra se la habían arrancado.

—Sally Huesos ha ido demasiado lejos,— tronó Elyza.— Nadie le hace esto a una hermana Arañazo y se sale con la suya. Hay que detenerla. Lo haríamos nosotras mismas, pero no podemos tocarla. Somos las garras más rápidas de la ciudad, pero ella... ella es la única que conoce esa forma secreta de luchar.— Miró a Varjak, con los ojos brillantes como el fuego. —Pero tú puedes hacerlo, Paw. Puedes vencer a Sally Huesos. Eres el único.

—¡Golpéala!— dijo Malisha.

—¡Bájala!— dijo Pernisha. —¡Hazlo por Holly!

La ira en el corazón de Varjak se encendió. Hazlo por Holly. Por un momento, casi creyó que podía. Eran así de convincentes.

Pero estaban equivocados.

—Lo siento,— dijo.— Ojalá pudiera. Pero no puedo luchar contra ella. Estoy harto de luchar.

Tam tomó la palabra.— Yo también estaba allí en el patio, cuando escapamos de Sally Huesos,— dijo.— Lo que le hiciste, Varjak, no

fue por pelear. Fue otra cosa. Ocurrió cuando ella te miraba a los ojos.

—Es verdad,— dijo Jess. —Y lo volverías a hacer si la vieras. ¡Claro que sí!

—Pero si ni siquiera sé lo que he hecho,— protestó.

—De todos modos, no es tan fácil',— dijo Omar. —¿Cómo se acercaría lo suficiente para intentarlo?

—Tienes que ir a su casa,— dijo Elyza. —Tienes que ir hasta el cementerio donde vive. No será fácil. Un gato no puede hacerlo solo. Así que tú, Omar, y tu hermano Ozzie, y tus amigos... tenéis que ayudar a Varjak a llegar hasta allí.

—No somos suficientes,— dijo Omar.— No para algo así.

—Por eso vamos contigo,— dijo Elyza.— Sabemos lo peligroso que es. Los que van al territorio de Sally Huesos no vuelven. Pero le arrancaron la oreja a mi hermana. Nos faltaron el respeto a todos. Y por eso, pagarán. Lucharemos hasta nuestro último aliento, porque las Hermanas Arañazo nunca, nunca se echan atrás.

Omar entrecerró los ojos. —¿Pelearías de nuestro lado? ¿Sin trucos?

—Por una oportunidad de venganza,— susurró Pernisha, —lucharíamos a tu lado, hasta el final.

Omar asintió lentamente, asimilándolo. —Puede que sea suficiente. Será duro, pero haremos lo que podamos, Varjak. Te llevaremos hasta Sally Huesos, para darte la oportunidad de

enfrentarte a ella de nuevo. Porque lo que ella está haciendo no está bien. Y puede que no estés seguro de ti mismo, pero es la única esperanza que tenemos.

—Yup— dijo Ozzie con firmeza. —Cuenta conmigo.

Varjak estaba dividido. Eran valientes, y también lo eran las Hermanas Arañazo. Pero Sally Huesos -su ojo azul como el hielo quemándole el cerebro-, enfrentarse a ella de nuevo, en su propio territorio...

—¡Estás loco!—, gritó el viejo Buckley.— Hay patrullas a lo largo de las fronteras del territorio de Sally Huesos, ¡nunca conseguirás pasarlas!

—No tenemos que hacerlo,— dijo el gran Ozzie. —Las alcantarillas salen muy adentro de su territorio. Podemos pasar la frontera sin que se enteren.

Los ojos de Omar se abrieron de par en par. Flexionó sus poderosas patas.— Hagámoslo. Vámonos ya.

Varjak se volvió hacia Tam y Jess, mitad esperando que pusieran fin a esto, mitad esperando que no lo hicieran.

Tam tosió.— El viejo Buckley tiene razón,— empezó.— Esto es una locura. Es una estupidez. No me gusta; me da mucho miedo. Pero, ¿recuerdas cuando estábamos escondidos en el cajón, Varjak? ¿Recuerdas las cosas que dijo Holly entonces? Bueno, si vas a ir, yo... supongo que iré contigo. Porque es justo el tipo de plan loco y estúpido que se le ocurriría a Holly... ¡y nunca te dejaría ir solo!

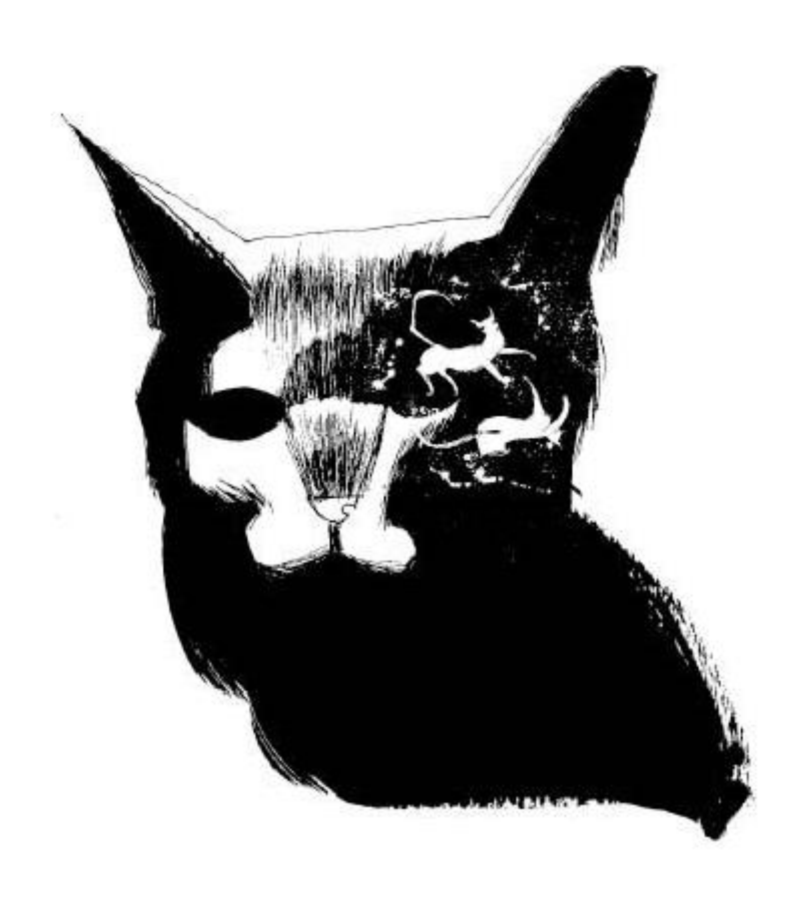
Todos se quedaron mirando a Tam.

Entonces Omar se echó a reír: una carcajada rica y cálida que resonó por las alcantarillas, aliviando la tensión.— Así que es verdad,— dijo.— Realmente no tienes miedo, Tam.

—Y yo también voy,— dijo Jess.— Porque mi abuela creía en una ciudad libre para los Gatos Libres. Ella creía que Varjak era el indicado para hacerlo realidad. Y ella - ella murió, para que tuviéramos la oportunidad de hacer esto. Sabes que ella lo hizo, y Holly también...

Así fue. En su mente, Varjak volvió a ver aquel terrible momento en que Holly cayó al vacío, mientras gritaba su nombre, una y otra y otra vez.

—Muy bien,— dijo. Era como si otra persona estuviera hablando, alguien más valiente y más fuerte que él.— Lo haré. No sé lo que se supone que tengo que hacer, pero llévame otra vez ante Sally Huesos y te juro..: Haré todo lo que pueda para vencerla.



CAPÍTULO 23

PARTIERON sin más discusión, dejando atrás al Viejo Buckley y a los Gatos Libres. Varjak miró a Tam y Jess, Omar y Ozzie, y a las Hermanas Arañazo mientras caminaban. Sólo tenía siete aliados, contra toda la banda de Sally Huesos. No era mucho, pero se alegraba de tenerlos.

Avanzaron en silencio por las alcantarillas, a lo largo de oscuros túneles, hasta el punto donde Varjak, Ozzie y Jess habían estado antes: el punto de no retorno. Se detuvo en el borde de la plataforma, mirando hacia la corriente de aguas residuales. Podía oírla pasar rugiendo; podía olerla, en toda su apestosa humedad. Una serie de escalones le condujeron de vuelta a la agitada espuma marrón.

—Ya estamos otra vez,— se dijo. Contuvo la respiración y bajó los escalones hacia las aguas residuales. Sintió cómo se deslizaba por sus patas, sus piernas, su vientre-

—Ugh!— espetó Malisha Arañazo, detrás de él.—¡Esto es asqueroso!

—¡Repugnante!,— dijo Pernisha.

—Y peligroso,— dijo Elyza.— ¿Por qué es tan fuerte la corriente, Paw?

Tenía razón. La corriente parecía mucho más rápida aquí que a la entrada de las alcantarillas. Y el nivel estaba subiendo. El sonido de la corriente era cada vez más fuerte: un sonido apresurado, aplastante y silbante que llenaba los oídos de Varjak y habría hecho que su pelaje se erizara, si no hubiera estado cubierto de baba.

—Está bien,— dijo Varjak, tratando de infundirle valor.— No podemos estar lejos del río. No tardaremos mucho.

Siguió avanzando, y ellos le siguieron; pero parecía no tener fin. El nivel subía, subía sin cesar. Las aguas residuales le llegaban al cuello, y ya no se trataba sólo de bazofia pegajosa. Era una corriente dura y rápida que le presionaba como una fuerza de la naturaleza. Estaba más hundido que nunca, y era todo lo que podía hacer para mantenerse erguido.

Sin previo aviso, el suelo bajo sus patas cedió. Ya no había suelo. Estaba en caída libre, suspendido en la corriente, y era la corriente la que lo movía: estaba fuera de control. Pataleó con las patas traseras, tratando de alejarse de las paredes del túnel, ya que si chocaba contra ellas a esa velocidad, se desmayaría. Pero incluso su patada más fuerte no era nada ante la fuerza de la corriente.

El túnel se curvó de repente, en un violento recodo, y Varjak sintió que se le desprendían las entrañas.

—¡Cuidado!— Gritó , pero su boca se llenó de aguas residuales en cuanto la abrió. El chorro le salpicó la nariz, los ojos y los oídos.

Ahora era un torrente, y Varjak estaba perdido en él. Estaba a su merced, él y todos sus amigos. Oyó a Tam gritar detrás de él. Vio a Ozzie, el más fuerte de ellos, arrastrado por delante de él, con la cabeza sobre las patas. Las aguas residuales le dieron la vuelta. Varjak tragó una bocanada de aire. Pateó y arañó, el pánico subiendo, subiendo.

Llegaron a otra curva y fueron arrastrados a una velocidad aterradora. Al doblarla, Varjak vio un arco de luz, curvándose en forma de media luna sobre él, como la luna.

Era la boca de la alcantarilla. La salida. El final. Fue arrojado a través de ella con una fuerza tremenda: salió despedido de las alcantarillas y finalmente cayó al río.

Al golpear el agua, la sintió dura como el hormigón. Aturdido, jadeante, pateó con todas sus fuerzas, pero el agua era poco profunda. Sus patas tocaron con facilidad el lecho del río. Se levantó. Temblaba por todas partes, estaba maltrecho y magullado, pero estaba a salvo.

Detrás de él, un torrente de aguas residuales se precipitó al río, arrojando un torrente de gatos empapados. Varjak los vio salir, desconcertados, de la oscuridad a la luz del día.

Parpadeó. Era de día. La luz le lastimaba los ojos. El viento invernal le azotaba la cara. Pero sonrió. Lo habían conseguido. Esto es, pensó. He vuelto a mi ciudad. Miró a su alrededor. No estaba lejos de la orilla del río donde una vez había luchado contra Luger y los demás. En lo alto, podía ver el puente del ferrocarril. Más abajo había un puente de carretera. En la orilla opuesta, podía ver las grandes torres de cristal que se alzaban hacia el cielo. Entre ellas, la torre oscura como el humo del cementerio. La casa de Sally Huesos.

Uno a uno, Varjak y los demás se arrastraron fuera del río hasta la orilla fangosa. Estaban detrás de las líneas enemigas. Estaban en territorio de Sally Huesos, y Sally Huesos no sabía nada de ello.

Varjak se sacudió el agua y las aguas residuales del pelaje. Estaba helado. Tenía las patas entumecidas. Había mucha nieve en el suelo. Estaba compactada, como si hubiera estado allí durante días y nunca hiciera calor suficiente para derretirse. No dejaba de mirar hacia el otro lado del río, hacia aquella torre solitaria de oscuridad. Era como si le estuviera llamando. La casa de Sally Huesos.

—No sé nadar en este río,— dijo Tam, castañeteando los dientes.— No sé nadar en absoluto.— Parecía una rata ahogada.— Volvamos, nunca lo lograremos.

—Yo tampoco sé nadar,— dijo Omar.— Pero no hace falta. Cruzaremos el puente...

—¿Qué puente—, dijo Elyza Arañazo, sacudiendo grandes gotas de líquido.— Nunca pasaremos por el puente de la carretera, estará demasiado vigilado. El puente del ferrocarril no lo estará, pero sólo porque ningún gato en su sano juicio intenta cruzar un puente de ferrocarril.

Omar sonrió, y sus ojos brillaron. —¿Quién dijo que estábamos en nuestro sano juicio? Vamos a casa de Sally Huesos. ¿Qué es un pequeño puente de ferrocarril, comparado con eso?



Nadie habló durante un momento.— Entonces Varjak asintió. Buena observación,— dijo.

Elyza Arañazo miró a los gemelos.— Tienes más músculos que cerebro, Omar. Siempre fuiste un buscapleitos. Nunca tuviste respeto.

—El respeto,— dijo Omar, —es algo que hay que ganarse.

—¿Es un desafío? —Elyza y sus hermanas desenvainaron sus garras mortales. Las Gemelas sacaron sus grandes y fuertes pechos. Los dos grupos se enfrentaron, sin retroceder, mientras el viento azotaba el agua, haciéndola agitarse y hervir aún más.

—¿Qué os pasa a todos?,— dijo Varjak. — ¡Ya tenemos bastante de qué preocuparnos como para pelearnos entre nosotros! Vamos.

Ninguno de los dos grupos se echó atrás, pero apartaron la mirada y le siguieron. El enfrentamiento había terminado. Por el momento.

CAPÍTULO 24

VARJAK Y SUS ALIADOS subieron por la orilla del río, empapados. Subieron a la acera. El cielo se oscurecía. Parecía vacío y hueco. Allí arriba no había sol. Ni luna. Ni estrellas.

Ante ellos había una enorme carretera principal. Al otro lado de la carretera se alzaba el puente del ferrocarril. A su alrededor había farolas de hierro negro con monstruosas tallas de peces enroscadas.

—Bonito,— dijo Tam, temblando. —¡Ah-ah-atchooo!— Estornudó. —Esto es miserable, estamos sucios y empapados, ¡y tengo miedo! Quiero volver. Ojalá Cludge estuviera aquí. . .

—No te preocupes, Tam la Intrépida,— dijo Omar.

—¡Deja de llamarme así! ¡Nunca fui intrépida! ¡Ni siquiera me gusta cruzar carreteras tan grandes!

Coches, autobuses y camiones pasaban a toda velocidad. Los faros cegaban, los gases de escape asfixiaban. No había huecos entre el tráfico. La carretera era demasiado peligrosa para cruzarla, pero había un paso subterráneo al otro lado. Varjak se dirigió hacia allí. Los demás le siguieron.



El paso subterráneo estaba lleno de contenedores metálicos oxidados. Sólo estaba iluminado por una tira de luz roja en el techo. Había charcos en el suelo, que desprendían olores agudos y acre. La luz roja zumbó con tensión eléctrica cuando entraron; y el corazón de Varjak dio un vuelco, porque al otro lado del paso subterráneo había una patrulla de la banda de Sally Huesos.

Oh, no, pensó. Ya no.

Varjak y sus amigos se pusieron a cubierto detrás de un banco de contenedores. Desde allí, observó a la patrulla de Huesos. Eran cinco: grandes felinos con cicatrices de batalla, reunidos alrededor de algo en el extremo más alejado, turnándose para patearlo. Parecía un montón ensangrentado de huesos y pelo; algo apenas vivo.

Pero entonces le llegó su olor: el olor fantasmal de un gato sin orejas ni cola. Levantó la cabeza y siseó a la patrulla de los Huesos, el siseo desesperado de un gato que no tiene adónde ir.

—¡No nos silbes!,— le espetaron, mientras lo golpeaban de nuevo.— ¡Ya no eres nada! Ni siquiera eres un gato.

—Yo... yo era tu capitán. No puedes hacer esto,— graznó el gato. El pelaje de Varjak se erizó, porque conocía esa voz. Era Razor. El gato a rayas de tigre había recibido una paliza insoportable; le habían arrancado las orejas y la cola; pero era Razor, y estaba en un lío terrible.

—Podemos hacerte lo que queramos, Razor,— dijo el jefe de la patrulla.— Ya no perteneces a nuestra banda.

—¡Preferiría estar en la banda de Varjak Paw!,— gimió Razor, mientras sus garras le cortaban. —Al menos él nunca me acuchilló - ¡no como *ella*!

—Al final atraparemos a ese forajido,— dijo el líder.— Y estará tan guapo como tú cuando el Jefe acabe con él.

Todos se rieron. En su escondite, Varjak sintió punzadas en el cuero cabelludo. Estaba sintiendo algo que nunca pensó que sentiría. Sentía lástima por Razor. El gran gato había sido tan arrogante, tan seguro de sí mismo. Ahora todo su orgullo y poder le habían sido arrebatados. Encogido en la basura, sin orejas ni cola, Razor parecía lamentablemente desnudo. Seguía silbando, intentando repelerlos con sus últimas fuerzas, pero no tenía ninguna posibilidad, a menos que alguien interviniera para ayudar.

—¡Ese gato necesita refuerzos!— susurró Varjak.

—¡No!— tembló Tam.— No lo hagas.

—¿Por qué no? Ellos son cinco, pero nosotros somos más.

—Quizá, pero esto es sólo el principio.— Tam se mordió las patas y frunció el ceño.— A este paso nunca llegaremos a casa de Sally Huesos, no somos suficientes.

Varjak negó con la cabeza. —Razor necesita ayuda.— Mientras la patrulla se acercaba para acabar con Razor, Varjak se preparó para la acción.

—Ni se te ocurra, Paw,— siseó Elyza Arañazo.— Esa escoria no merece la pena.

—Razor no es tan malo,— dijo Ozzie.— Es un fanfarrón, pero siempre me ha caído bien.

Omar asintió. —Quédate atrás, Varjak,— ordenó.— Nos encargaremos de esto. ¡Vamos, hermanito! ¡Yee-haa!— Ozzie sonrió. Los Gemelos Orribles empujaron a Varjak y saltaron hacia la patrulla.

¿Atrás, Varjak? ¿Qué quiso decir Omar con "quédate atrás"? Eran cinco en la patrulla, ¿pensaba Omar que podrían derrotar a cinco gatos, ellos solos? ¿O sospechaba que Varjak había perdido el poder?

Normalmente, Varjak no se lo habría pensado dos veces. Se sentiría seguro si pudiera entrar en el Tiempo Lento, si pudiera hacer un Círculo Móvil, si pudiera sentir la energía surgiendo dentro de él. Pero sin ella...

Vio cómo Omar y Ozzie iban primero. Oyó sus feroces gruñidos cuando los hermanos se lanzaron a la lucha. Omar arremetió contra el líder y le sacó sangre. A su lado, el poderoso golpe de Ozzie hizo estallar a toda la patrulla.

Pero los gatos Huesos eran duros. No tenían miedo de los Gemelos. Les devolvieron el golpe. Uno de ellos golpeó a Omar en la cara.

Varjak no podía mirar. No podía quedarse parado y ver a sus amigos, en inferioridad numérica, recibir una paliza. Tal vez ya no tenía el poder, pero iba a ayudar.

Se adentró en la penumbra roja y oscura.— Hacen falta cinco de vosotros para vencer a Razor,— gruñó. —Veamos lo que podéis hacer en una pelea justa.

Los gatos Huesos retrocedieron. —¡Es él!,— siseaban. —¡El forajido Varjak Paw!

El rostro marcado por la cicatriz de Razor se iluminó. —¿Varjak?—, susurró.

—¡Atrás!—jadeó Omar. —Te lo dije, nos encargaremos de esto.

Pero el orgullo de Varjak estaba herido. Respiró hondo, buscó el poder...

inhala-dos-tres-cuatro; exhala-dos-tres-cuatro

- y todo empezó de nuevo en su mente, como una pesadilla que volvía, una pesadilla de la que no había escapatoria:

El ojo azul hielo de Sally Huesos, ardiendo en su cerebro...

- la oscuridad-

- la desesperación -

- No puedo respirar.

—¡Cuidado!,— gritó Omar.

—El líder de la patrulla se abalanzó sobre Varjak. Omar intentó interponerse, pero el líder llegó primero.

CRACK!

Su gran y dura pata se estrelló contra la cara de Varjak. Las piernas de Varjak se debilitaron. Su cabeza ardía. No tenía fuerzas. No

podía defenderse. El líder era mucho más grande, mucho más fuerte. Sin el poder, se sentía desnudo y vacío como el cielo.

CRACK!

CRACK!

CRACK!

Un dolor ultravioleta estalló en su cabeza. Sintió la cara húmeda. Varjak levantó la vista, aturdido. En la tenue luz roja, vio a las Hermanas Arañazo, que salían a luchar. Detrás de ellas, Tam se mordía las patas, frunciendo el ceño... y entonces, de repente, Tam se giró. Volvió la cola. Volvió corriendo por el paso subterráneo, por donde habían venido.

—¡Tam!,— la llamó. Ella ni siquiera miró, corría tan rápido. Lo último que vio fue su cola tupida, desapareciendo.

Se había ido. Tam había huido.

CRACK!



El líder de la patrulla le golpeó una vez más. Golpeó el cuerpo de Varjak, lanzándolo contra los contenedores. Varjak se estrelló contra ellos, de frente. El metal gimió con el impacto



y todo

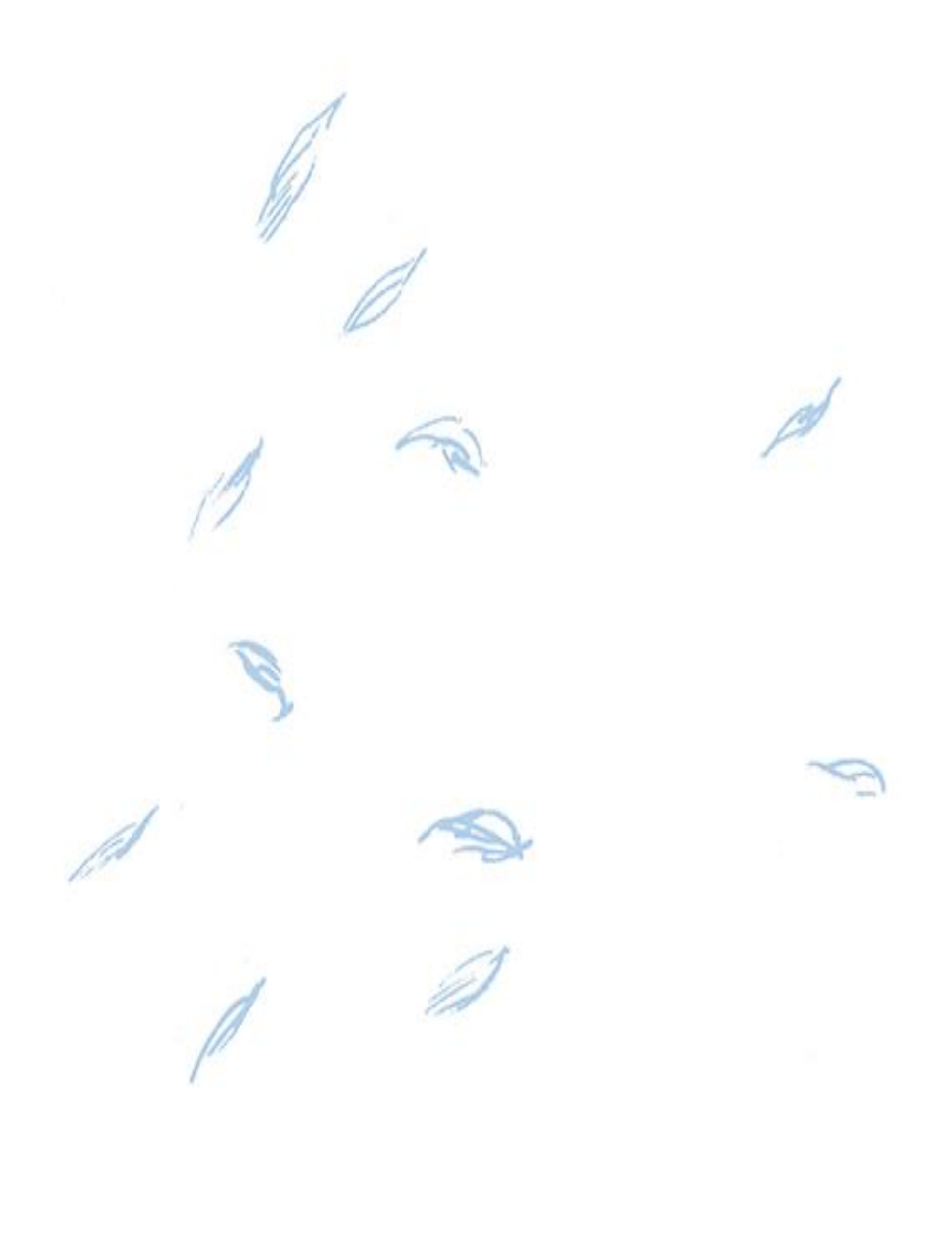
todo

cada

cosa

se detuvo







CAPÍTULO 25

VARJAK SOÑABA. Soñó con el aire salado del mar.

¿Salado? ¿Aire marino?

Ante él, azul y brillante, estaba el mar. Estaba de pie sobre la arena, suave bajo sus patas. La brisa marina le acariciaba la cara. Las olas

entraban con un suave ruido sordo, como el viento entre un millón de hojas, y luego volvían a salir. Entraban y salían, entraban y salían; las olas iban y venían, interminables; y Varjak pensó que nunca se había sentido tan tranquilo, tan sereno. Las gaviotas giraban y giraban sobre las puntas de sus alas a través del cielo. En lo alto, detrás del mar, podía ver las montañas, con sus picos blancos y perfectos.

El agua tenía un aspecto encantador. No era como las aguas del mundo real. Era un agua tibia y suave que lo llevaría por siempre jamás. Le entraron ganas de zambullirse en la marea y vadear mar adentro.

—¡No sigas!,— dijo una voz detrás de él. —No es tu momento, Varjak Paw.

Varjak se giró. Era su antepasado. —¿Dónde estamos, Jalal?,— dijo.

El viejo gato sonrió, no sin tristeza. —¿Esto? Esto es el mar, hijo mío. Donde acaban todos los ríos.

—Es precioso.

—Lo es. Pero no es para ti. Todavía no.

Varjak miró al cielo. El sol se estaba poniendo. Sus últimos rayos se hundían en el horizonte.

—¡Oh!,— dijo Varjak. —Creo que lo entiendo.

Jalal sonrió.— Por fin estás aprendiendo a ver. Ahora debes volver a donde perteneces y hacer lo que debes hacer.

—No creo que nunca esté preparado para eso,— suspiró Varjak.— No puedo luchar contra ella, Jalal. Ni siquiera puedo mirarla a los ojos.

—Lo sé,— dijo Jalal en voz baja.— Me pasó lo mismo con Saliya del Norte.

—¿Qué? ¡Pero - pero tú eres el gran Jalal!

—Bueno, el gran Jalal perdió su mayor batalla. No importa lo bueno que seas, siempre hay alguien mejor.

—¡Pero no puedes perder una pelea! ¡Lo sabes todo!

Los ojos ámbar de Jalal brillaron.— Nadie lo sabe todo. Ni siquiera Jalal la Zarpa. Nadie es imbatible. Todo el mundo tiene una debilidad. Yo no encontré la de mi enemiga, pero ella también tenía una. Y yo sabía que algún día, un gato vendría que podría encontrarlo, y poner

fin a su reinado de oscuridad. Tal vez un gato como tú, hijo mío. Tal vez un gato como tú.

Jalal miró hacia el horizonte. El sol se había puesto. Estaba oscuro sobre el mar sin sol. —Nunca te rindas,— dijo. —Recuerda: un rayo de luz puede cambiarlo todo. ¿Y Varjak Paw?

—¿Sí, Jalal?

—Mantén vivo el Camino.

CAPÍTULO 26

VARJAK ABRIÓ LOS OJOS. El mar había desaparecido. Sobre su cabeza zumbaba una luz roja. Estaba de vuelta en el paso subterráneo, tirado junto a los contenedores, en un charco de olor acre. Sentía la cara como carne cruda. Sus amigos le rodeaban, preocupados.

—¿Varjak?—dijo Omar. —¿Puedes oírme? ¿Estás bien?

—Estoy bien,— dijo, aunque le dolía la cabeza y tenía el cuerpo dolorido.

—¡Debes tener nueve vidas!— respiró Jess. —Pensamos que habías terminado.

—Varjak tosió. Había sangre en su pelaje. ¿Sabían que había perdido el poder? Seguramente lo habían visto, en la pelea con la patrulla. Pero nadie dijo nada al respecto. ¿Qué pasó con los gatos Huesos?, preguntó.

—Se escaparon,— dijo Elyza Arañazo.— Como tu gorda amiga Tam.

Así que era cierto: Tam se había ido de verdad. Varjak sacudió la cabeza. No se lo podía creer. ¿En qué estaría pensando?

—La echo de menos,— dijo Omar.

—Es una cobarde, —gruñó Ozzie.

—Estamos mejor sin ella,— dijo Elyza.— Aquí sólo necesitamos combatientes.

Razor estaba agachado temblando detrás de los otros. Parecía desnudo, sin orejas ni cola, y mucho más pequeño que antes.

—He oído lo que le pasó a Holly, Varjak,— graznó.— Lo siento. Ojalá hubiera podido ayudarla. Su voz, una vez tan descarada, era poco más que un susurro.— Pero Sally Huesos me descubrió. Sabía que quería dejar su banda y unirme a ti en su lugar.

—¿Dejar los huesos?— dijo Jess.— ¿Por qué *harías* eso?

Razor tocó sus heridas más recientes y crudas. —Varjak me venció en una pelea, limpiamente. Podría haberme cortado en pedazos; podría haberme matado. Pero no lo hizo.— Una sonrisa se dibujó en su cara llena de cicatrices—. No es como ella. Es el tipo de jefe que siempre quise.

Varjak miró a sus amigos, avergonzado. Pero ellos miraban a Razor con odio.

Razor asintió a Jess.— Siento lo de tu oreja, Jessie,— susurró. No quería que lo hicieran.— Le tendió una pata. Jess se apartó.

—¡No me toques!,— gritó. —Fue Varjak quien te salvó, no yo. Por lo que a mí respecta, no eres más que un matón, ¡y tienes lo que te mereces!

—Pero puedo ayudarte,— dijo Razor—. Haría cualquier cosa para vengarme de Sally Huesos, ¡cualquier cosa!

—Eso no te convierte en nuestro amigo,— dijo Jess.— ¿Cómo podemos confiar en ti, después de todo lo que has hecho?

—No puedes,— espetó Elyza.— Fue una estupidez salvarlo. Ya no puede luchar. Deberíamos dejarlo atrás.

Ozzie frunció el ceño. —No es justo.— Se puso hombro con hombro con Razor, erizando a Elyza Arañazo.

—No hay tiempo para discutir,— dijo Omar.— Esa patrulla volverá en cualquier momento, con refuerzos. Varjak: toma una decisión. ¿Viene Razor con nosotros, o no?

Varjak trató de ordenar sus pensamientos. Aún tenía la cara en carne viva. Arriba, la luz roja se encendía y apagaba. No sabía qué decir. Confiaba en Razor; había algo en la voz del gato, algo en sus palabras, que sonaba a verdad. Pero mirando a Jess, con su oreja desgarrada, sabía que necesitaba una respuesta mejor que esa.

—Lo que dijiste de Razor es cierto, Jessie,— empezó.— Era un matón e hizo cosas terribles, y yo también le odiaba por aquel entonces.— El pelaje de Razor se aplanó; parecía avergonzado.— Pero lo que dijo Razor también es cierto,— continuó Varjak.— Él conoce a Sally Huesos y su territorio mejor que cualquiera de nosotros. Puede ayudarnos a que esta ciudad vuelva a ser libre, como quería tu abuela, como quería Holly. No puedo hacer que estés de acuerdo conmigo, y si no lo quieres con nosotros, entonces no vendrá. ¿Pero no deberíamos darle una oportunidad?

Hubo un momento de silencio. Luego, muy despacio, Jess asintió. Ozzie sonrió y ayudó a Razor a levantarse.

Elyza escupió al suelo.— Eres demasiado blando. No hay forma de que pueda ayudarnos. Está acabado.— Se dirigió hacia la salida del

paso subterráneo. Malisha y Pernisha la siguieron. Razor se volvió hacia Varjak.

—Gracias, jefe,— graznó, con los ojos húmedos.— No le defraudaré.

—Bien,— dijo Varjak.— Porque necesitamos tu ayuda. ¿Cómo cruzamos el río?

—El puente de carretera es la mejor manera - pero está fuertemente custodiado.

—Eso es lo que pensábamos,— dijo Varjak.— Así que vamos a cruzar el puente del ferrocarril.

—Razor frunció el ceño. —¡Nadie va por el puente del ferrocarril!

—Es por eso que lo estamos haciendo.

Recogieron a las Hermanas Arañazo y salieron del paso subterráneo. El sol ya se había puesto. Se hacía de noche. Un estrecho tramo de escaleras conducía al puente del ferrocarril. A sus espaldas, el tráfico circulaba sin cesar.

—Hace años que no vengo por aquí,— dijo Razor.—Nosotros ya no usamos este puente.

—¿Nosotros?,— dijo Jess con desconfianza.

—Quiero decir, ellos, —tosió Razor.— Ya sabes a quiénes me refiero. Los trenes pasan todo el tiempo. Si estás atrapado en el puente cuando pasa uno... ¡pum! Se acabó.

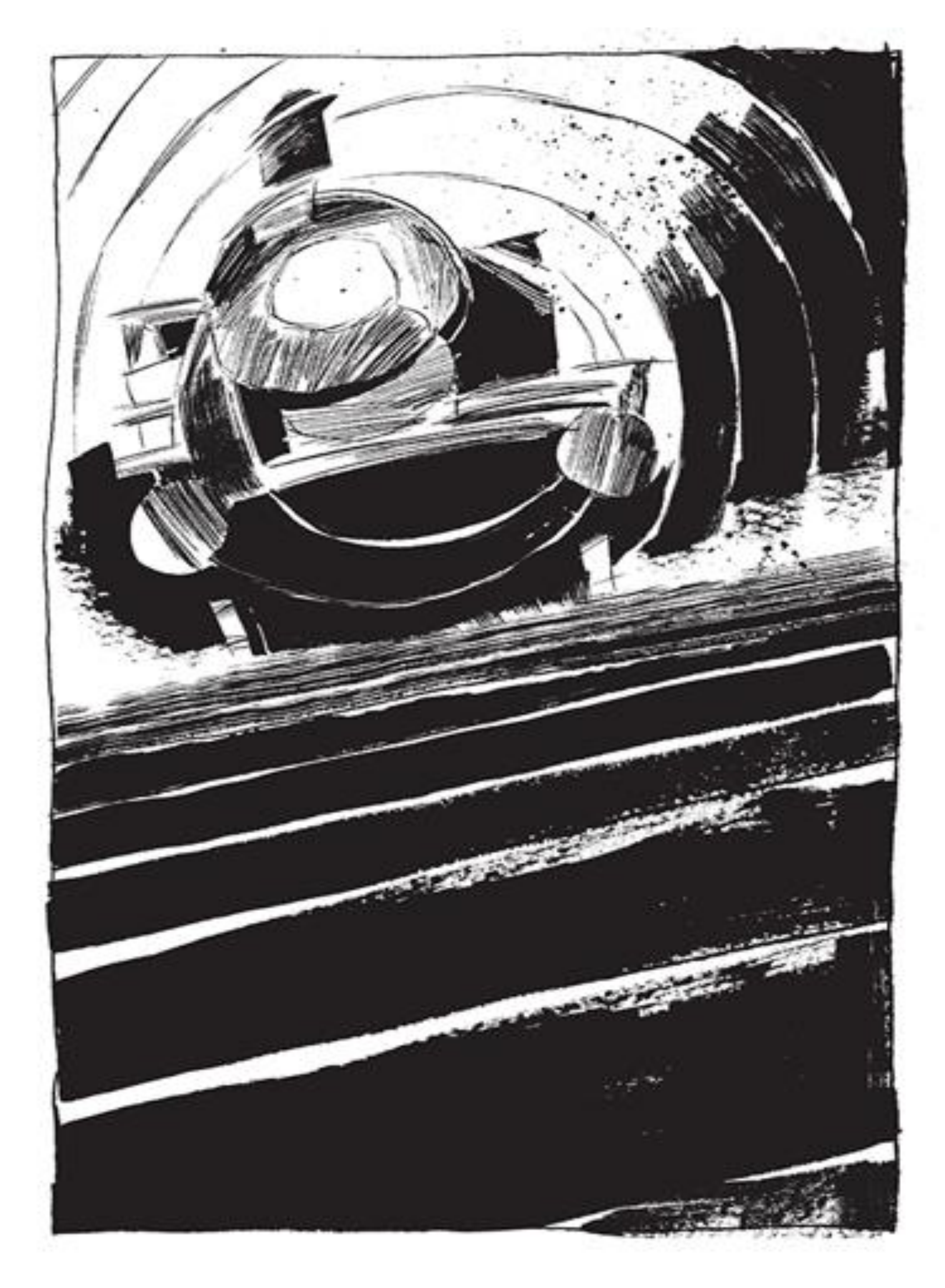
—No estará vigilado, ¿verdad?,— dijo Varjak.

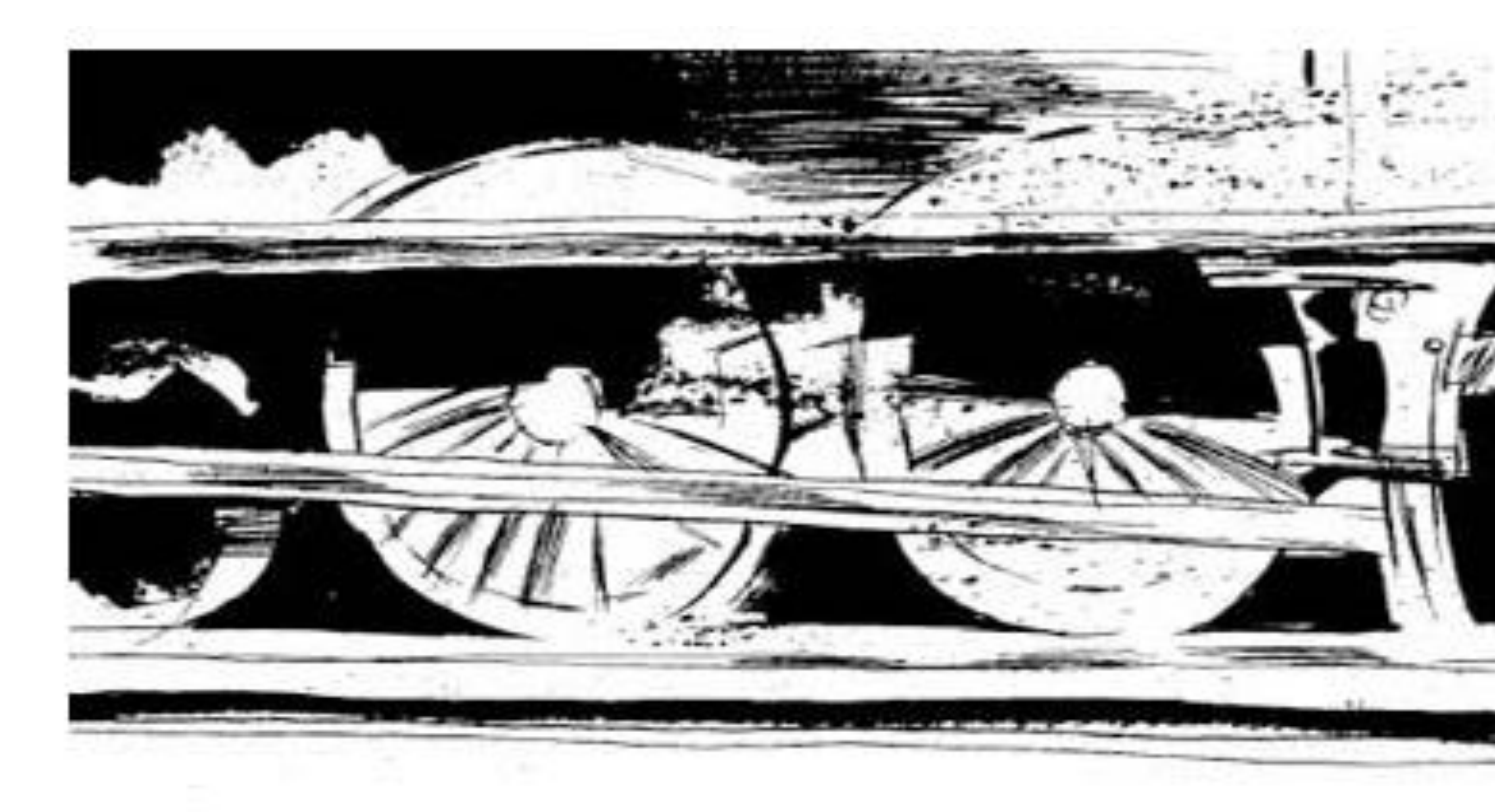
—No debería, Jefe. No debería. Mejor esperar a que pase un tren y cruzar justo después. Tendremos que correr rápido. Incluso los huecos más grandes no son largos.

Subieron los escalones. Un estrecho andén vacío bordeaba la vía del tren. Tomaron posiciones y esperaron al tren. Había caído la noche, y una luna torva los miraba. Se levantaba un viento frío; podían oírlo gemir bajo el puente, agitando el río.

Pronto se oyó un estruendo y un silbido ensordecedor. El andén empezó a temblar. Se acercaba un tren. Varjak ya había visto trenes pasar por el puente, pero desde una distancia segura. Ahora que estaba tan cerca, podía sentir la presión en su cara, aplastando su pelaje, empujándolo lejos de la vía.

Era como un huracán, aullando a través de la noche. la noche. El tren rugía hacia ellos, su faro cegador. El aire parecía retumbar y resquebrajarse a su paso-





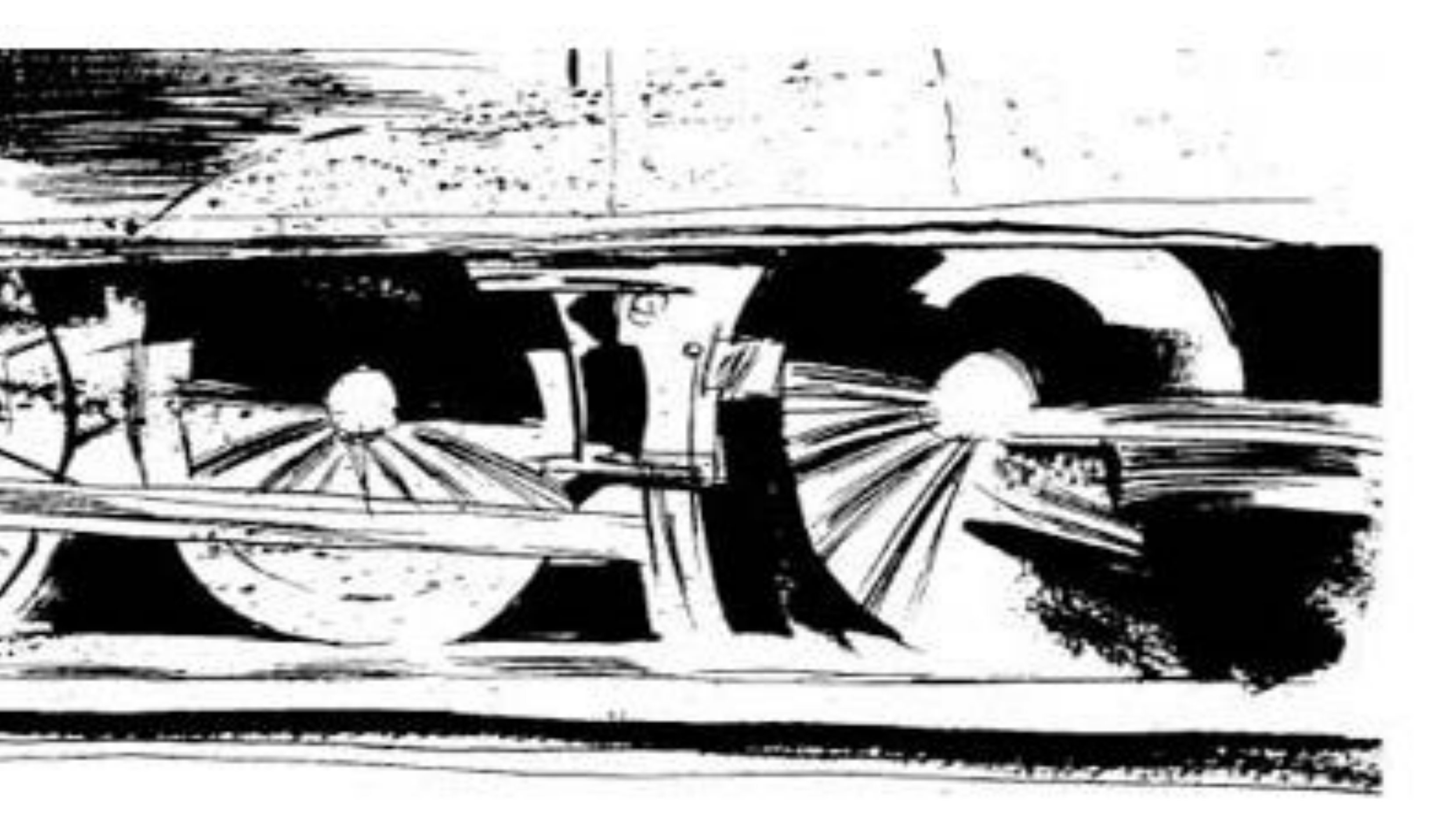
thud y cracky

Thud y Crack

Y THUD

Y CRACK

- y luego desapareció, y él se quedó mirando sus luces rojas de cola, alejándose. Varjak respiró, y sólo ahora se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.



—¿Lo ves?,— dijo Razor.

—Es un riesgo que tenemos que correr,—dijo Varjak.

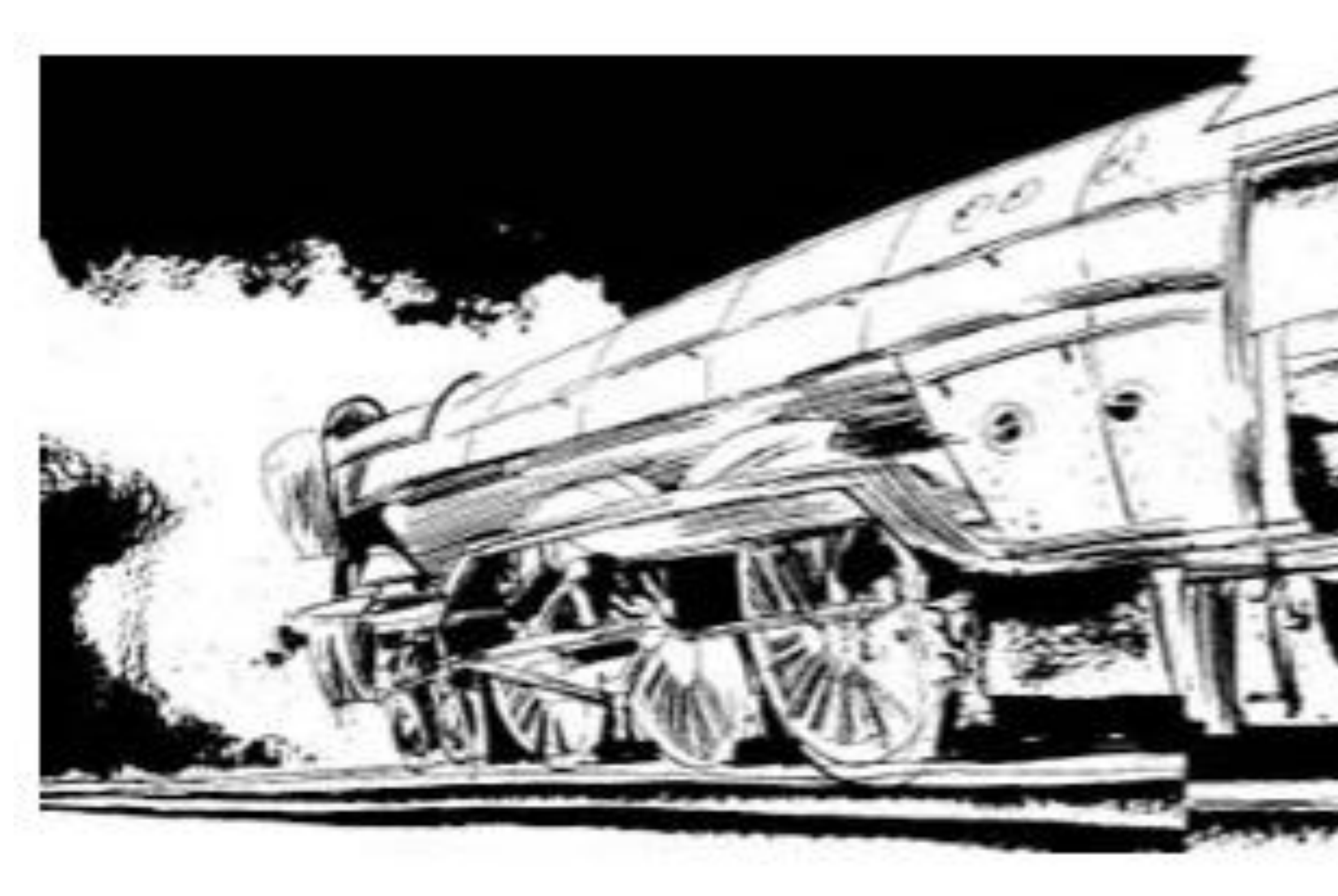
—No me gusta,— dijo Elyza Arañazo. Tiene que haber otra manera.

—No seas estúpido,— dijo Omar.— Puedes verlo por ti mismo: está el puente de la carretera, el puente del ferrocarril y el río.

—¿A quién llamas estúpido?,— gruñó Elyza. —Tú y tu hermano sois los gatos más estúpidos que he conocido.

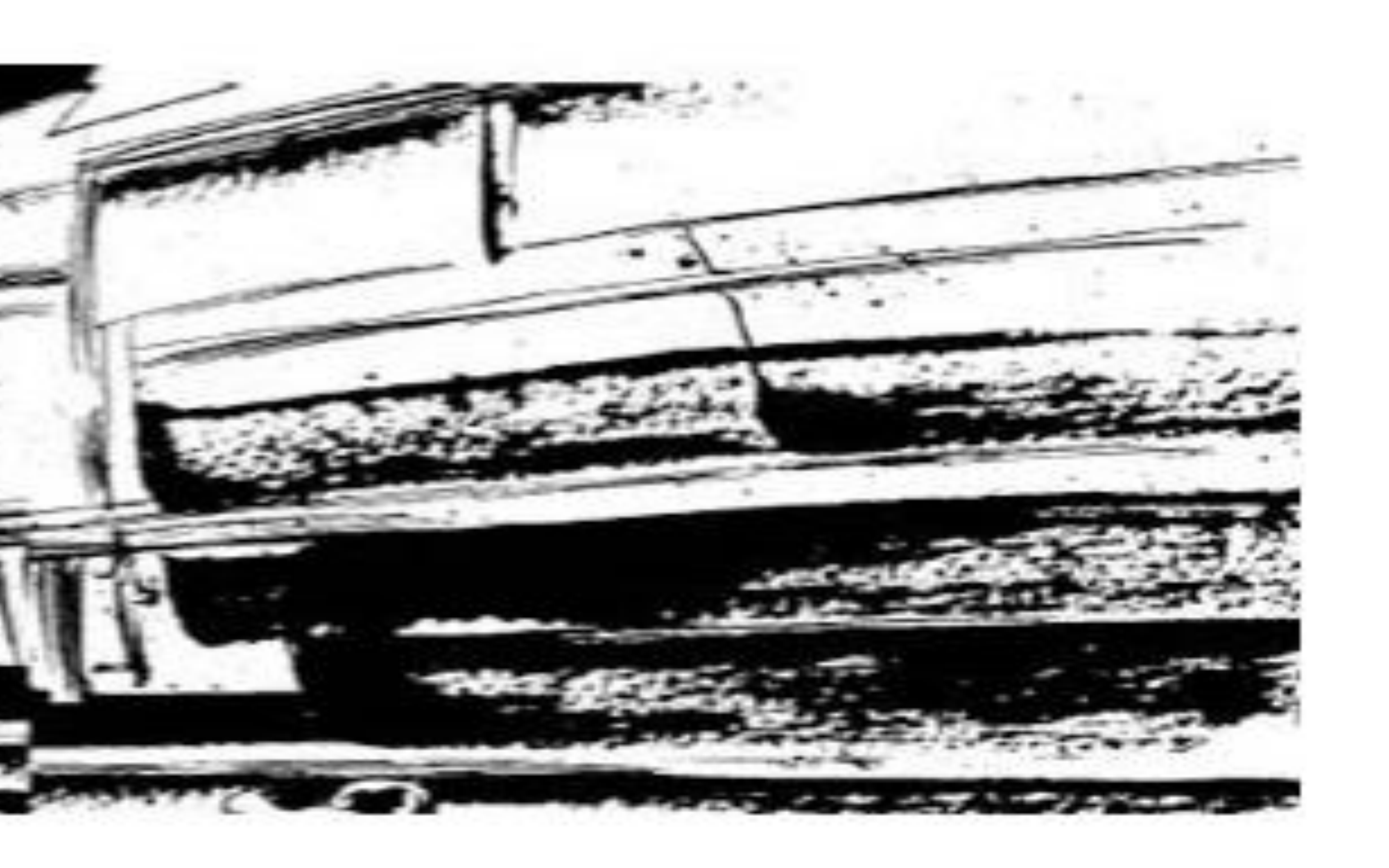
—La forma en que luchas,— se río Malisha.— No tienes estilo. Sólo fuerza bruta.

—Y la forma en que luchas,— gruñó Omar, —escondiéndote detrás de tus garras, es para débiles.— Miró a Pernisha, con su única oreja. —Ni siquiera sabéis defenderos.—Las pupilas de Pernisha se estrecharon hasta convertirse en rendijas. —¿Débiles?,— espetó, afilando las garras.— Veamos quién es un débil. Acabemos con esto de una vez por todas, para que todo el mundo sepa quiénes son los mejores luchadores de esta ciudad.



—Vamos,— dijo Ozzie, con la melena ondeando al viento.

A Varjak le dolía la cabeza. Esto era imposible. Si aún tuviera el poder, podría haberlos callado. Pero no los tenía. Todos eran más grandes que él, más fuertes que él, más duros que él. Sin embargo, de alguna manera, tenía que conseguir que trabajaran juntos. Los necesitaba, porque sin ellos, nunca se acercaría a Sally Huesos, y todo estaría perdido.



Pero eran gatos que nunca habían aceptado a ningún líder. Estaban acostumbrados a vivir libres y salvajes. No creían necesitar nada ni a nadie más que a ellos mismos. Holly o Tam podrían haber sabido cómo hablar con gatos así - pero ahora se habían ido, y Varjak no podía hacerlo por su cuenta.

—¿Sabéis qué?,— dijo.— Si sois tan buenos luchadores, ¿qué sentido tiene que yo esté aquí? No me necesitáis. Tam tuvo la idea correcta. Me voy.— Se dio la vuelta, mordiéndose la lengua. El viento invernal azotaba sus oídos. Abajo, el tráfico rugía, monstruoso e indiferente.

—No - Varjak, espera, —llamó Omar.

—¡Vuelve, Paw!, —dijo Pernisha Arañazo.

Se volvió. Le miraban con recelo.

Razor se rió. —¿Sabes por qué están tan enfadados, jefe? Yo te lo diré. Porque saben que no son los mejores luchadores. Ninguno de ellos puede tocar a Sally Huesos. Pero tú, jefe, tú puedes, y eso les vuelve locos. Una gatito graciosa como tú, ¿cómo podrías ser mejor que las Hermanas Arañazo o las Gemelas Orribles? ¿Cómo podría...?

—¡Ya basta, Razor!,— espetó Pernisha, haciéndole callar. Se volvió hacia Varjak, con fuego en los ojos.—Te diré una cosa, Paw. Tú eres la razón por la que todos estamos aquí. Eres el único que tiene una oportunidad contra los Huesos. No puedes dar marcha atrás.

—Entonces haz lo que dice,— graznó Razor, —y deja de discutir.

—Muy bien,— murmuraron las Hermanas y los Gemelos. —De acuerdo.

Varjak miró la vía del tren, que se extendía en la noche frente a él. Se estremeció. Las palabras de Razor no le sirvieron de consuelo. Sabía que no era el mejor luchador: no sin su poder, y ni siquiera con él. Pero Pernisha Arañazo tenía razón. Había demasiado en juego como para echarse atrás ahora.

—De acuerdo,— dijo.— Crucemos este río.

CAPÍTULO 27

RAZOR LE GUIÓ EL CAMINO hasta la vía, empezando a cruzar el puente a paso ligero. Estaba oxidado; la pintura se desprendía del metal. Mirando hacia abajo a través de los huecos, Varjak podía ver el río, moviéndose muy por debajo.

—Rápido,— dijo Razor.— Rápido.

Corrieron hacia delante. Las almohadillas de las patas de Varjak picaban en el frío y oxidado metal; su pelaje se erizaba con el viento. El río era muy ancho. Por muy rápido que corrieran, cruzar el puente parecía una eternidad. Detrás de él, podía oír a las Hermanas Arañazo murmurando, y a las Gemelos murmurando a su vez. La tensión seguía ahí. Mientras cruzaran el puente antes de que llegara el siguiente tren, a Varjak le daba igual. No está lejos, no está lejos...

—Alto,— dijo una voz desde delante. Estaban casi sobre el río, a pocos pasos de la otra orilla. Pero delante de ellos brillaban los ojos de los gatos. Los gatos de Sally Huesos, vigilando el puente que no debería estar vigilado. A la cabeza iba Uzi, uno de los lugartenientes de Luger.

—¡Fuera de nuestro camino!— graznó Razor.

—¿Razor?—dijo Uzi.— No me lo puedo creer. ¿Qué haces con esos apestosos forajidos?.

—Mejor que lo creas,— dijo Razor. —¡Ahora apártate!

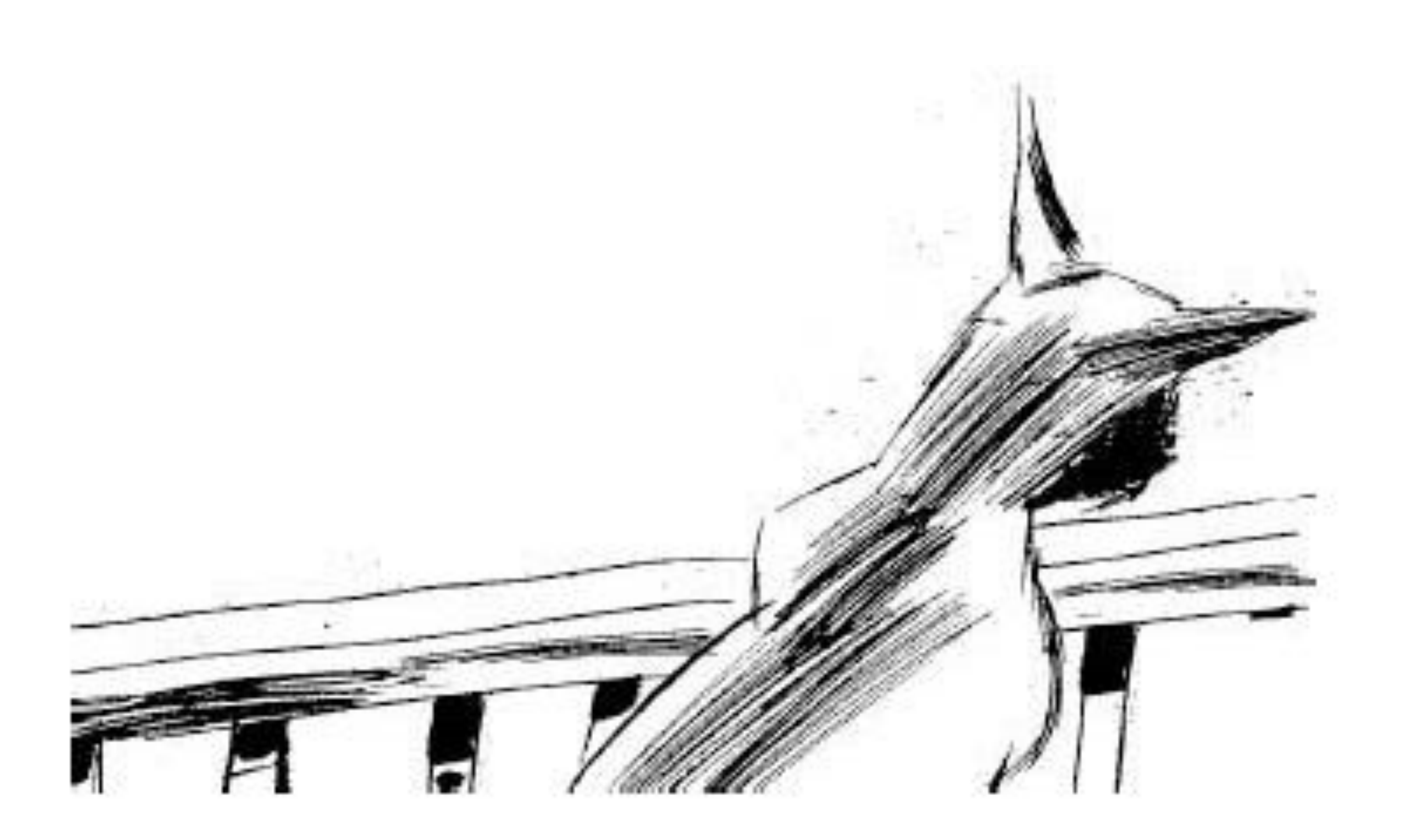
Los gatos de los Huesos se colocaron en una formación defensiva cerrada. No parecía que fueran a retroceder.

Varjak frunció el ceño. Podía sentir que la vía del tren vibraba, como si el metal se sacudiera violentamente. Sólo podía ser una cosa: el próximo tren. ¿Cómo iban a pasar antes de que llegara?

—Estamos aquí para coger a Varjak Paw,— dijo Uzi.— Sally Huesos lo quiere, vivo o muerto. Los demás podéis iros, olvidaremos que os hemos visto, pero Varjak Paw es nuestro.

Varjak miró a su alrededor, repentinamente inseguro. ¿Y si las Hermanas Arañazo o Razor lo delataban? Pero escupieron a los gatos Huesos.

—Palabras mayores, Uzi,— dijo Elyza Arañazo.— Apártate de nuestro camino antes de que te hagan daño.





—Herir,— dijo Uzi enseñando los dientes, —es lo que mejor sabemos hacer.

—¡Por favor, no os peleéis!,— gritó Jess.— Es una locura, ¿no podemos irnos todos de este puente? Creo que viene un tren...

Las vibraciones se acumulaban bajo las patas de Varjak, cada vez más fuertes. —Ella tiene razón,— dijo—. Si no nos dejas pasar, nos matarán a todos.

Los gatos Huesos se mantuvieron firmes. Todo el puente temblaba ahora. Podía oír el rugido del traqueteo, cada vez más cerca.

El tren. Acercándose. Más cerca.

Un faro iluminaba la vía con colores resplandecientes.

Pernisha Arañazo se lamió los labios, se tocó la punta de la oreja y sacó las garras.— Mira esto,— gruñó.— Mira lo que puede hacer una gran luchadora.

Se abalanzó sobre los gatos Huesos, con las garras desdibujadas, centelleantes, cortantes, y abrió un agujero en sus defensas.

Elyza salió disparada por el agujero. Malisha fue con ella. Luego Varjak y Jess, Omar y Ozzie. Los gatos Huesos no pudieron detenerlos. Pernisha era todo lo que podían aguantar: la gata de una sola oreja, ardiente de venganza.

Todo el puente temblaba y traqueteaba, y Varjak podía sentir la fuerza del viento en el cuello, pero ya lo había atravesado y corría libre. Una plataforma se abrió a su izquierda. Saltó al andén, lejos del tren y su viento mortal.

Se giró y vio a Pernisha Arañazo, orgullosa e invicta, todavía enzarzada en una batalla con los gatos Huesos. Pero detrás de ellos -enorme, deslumbrante, cegador, ensordecedor- el tren con su único faro chirriaba hacia ellos como la muerte atravesando la noche.

—¡Pernisha!— gritó Elyza. —¡Hermana!

Y entonces el tren tronó y Varjak ya no pudo ver, ni oír, ni hablar. Todo su cuerpo se llenó del terrible ruido sordo, el crujido y el rugido, y pudo sentir cómo el viento le aplastaba el pelaje mientras una cadena interminable de vagones pasaba a toda velocidad, uno tras otro, a un palmo de distancia.

Sólo cuando pudo oír de nuevo, y el viento mortal había pasado, se atrevió a abrir los ojos. Sus amigos estaban tirados en la plataforma junto a él. Tenían la piel y las orejas aplastadas y los ojos apretados por el terror.

Miró hacia el puente del ferrocarril. No había rastro de los gatos Huesos ni de Pernisha Arañazo. El tren se los había llevado a todos. Habían desaparecido.

Sacudió la cabeza. No puedo creerlo, pensó. Hemos cruzado el río, pero hemos perdido a Tam en un extremo y a la pobre Pernisha en el otro.

Ya nos faltan dos, y ni siquiera estamos cerca de Sally Huesos.

CAPÍTULO 28

—¿PERNISHA?— DIJO ELYZA Arañazo.— ¿Dónde está Pernisha?

—Creo que el tren se la llevó,— dijo Malisha.

Varjak observó a las dos Hermanas Arañazo que quedaban buscando en vano a Pernisha. Podía ver cómo la pena se reflejaba en sus ojos. El aire estaba helado. Parecía que se avecinaba una tormenta.

Omar y Ozzie se miraron, con las colas enroscadas en las piernas. —Es culpa nuestra, — susurró Omar. — Si no hubiéramos dicho lo que dijimos, ella no lo habría hecho.

—Cayó luchando,— raspó Elyza. —Como debe hacer una hermana Arañazo. Pero la banda de Sally Huesos pagará por esto. Vamos a hacer que paguen, ¿verdad, Malisha?.

—De acuerdo.

Varjak pudo ver cómo su dolor se convertía en furia. Sacaron las garras y avanzaron como fantasmas. Se dirigieron hacia las escaleras al final de la plataforma.

Abajo en el terraplén, merodeando, Varjak pudo ver más gatos. Los gatos de Sally Huesos. Miró hacia arriba. A lo largo de toda la ribera, aquellas enormes torres de acero y cristal brillaban en la noche. Pero, como una garra dentada de oscuridad, aquella única y solitaria torre de piedra seguía a lo lejos, en la distancia. La casa de Sally Huesos. Llamándole.

—Espera, Elyza,— dijo.— Hay patrullas ahí abajo.

—Sí,— respondió, —y pagarán por lo que le pasó a Pernisha.

—Varjak negó con la cabeza. ¿De qué servirá? Si seguimos luchando contra las patrullas, nunca nos acercaremos a Sally Huesos, y lo que hizo Pernisha no significará nada. Luchar no nos llevará allí. Necesitamos algo mejor'.

—Tengo una idea, —dijo Razor.

—No nos interesa,— espetó Elyza. —Vamos, Malisha. Bajemos y acabemos con ellos.

—Nosotros también vamos, dijo Omar. —Lucharemos a tu lado para vengarla-

—Espera,— dijo Varjak.— No iremos a ninguna parte hasta que oigamos la idea de Razor. Vamos, Razor. Cuéntanosla.

Razor se irguió un poco más al oír sus palabras. —El Jefe tiene razón,— graznó.— Nunca los vencerás a todos. Son demasiados. Pero podemos engañarlos. Sally Huesos quiere capturar a Varjak, ¿verdad? Me echó de su banda, pero puedo decir que quiero volver. Diré que formé un pelotón con las Hermanas Arañazo, y que juntos, hemos vencido a Varjak, y lo llevaremos ante Sally Huesos para que lo castigue.



Los ojos de Varjak se abrieron de par en par. Era sencillo, pero era bueno.

—Creo que es muy ingenioso,— dijo Ozzie.

La cara de Razor se iluminó de orgullo. —¡Déjame hablar a mí!,— graznó.— Nos llevarán directamente al cementerio.

—Ozzie cree que es inteligente,— murmuró Elyza.— Maravilloso. Eso es maravilloso...

—Es esto o nada,— dijo Varjak,— cortándola. No lo haré de otra manera.

Los ojos de Elyza se entrecerraron. Lentamente, apartó las garras—. Muy bien, Paw. Si te parece tan bien, lo probaremos. Pero en cuanto salga mal, no podrás detenernos.

El aire estaba cargado de presión. Se avecinaba una tormenta. Varjak podía sentirlo en sus bigotes.

—De acuerdo,— dijo. Ahora,— Jess, saben que eres mi amiga, así que serás una prisionera también. Y Omar...

Omar levantó la cola.— ¿Sí, Varjak? Estamos a cargo de la partida, ¿verdad?

—No, Omar. Saben que estás de mi lado. Tú y Ozzie tienen que ser prisioneros, como nosotros.

—¿Prisioneros?,— frunció el ceño Omar.

—Elyza se rió de él. —¡Ponte a la cola, escoria!

—¡Pero nadie podría vencer a los Gemelos Orribles!— protestó Omar. —¡Somos los más fuertes!

Los relámpagos crepitaban sobre la ciudad.

—Omar,— dijo el gran Ozzie, —estamos haciendo el plan de Razor, y eso es todo.

Se hizo el silencio. Luego, un trueno retumbó en lo alto.

—Bueno...,— refunfuñó Omar. —Vale. Pero no lo haría por nadie más.

—Gracias,— dijo Razor, sonriendo.— Ahora vamos: todo el mundo tiene que hacerlo bien para que esto funcione.— Varjak pudo ver que Razor recuperaba un poco de su antigua confianza. Aún parecía desnudo sin sus orejas ni su cola, pero se le veía orgulloso mientras marchaba delante de todos hacia el terraplén.

Varjak, Jess y los Gemelos caminaban juntos y apiñados, fingiendo un aspecto miserable y derrotado. Razor se pavoneaba delante de ellos; Elyza y Malisha iban detrás.

Les esperaba una patrulla de la banda de Sally Huesos, que vigilaba su territorio con fría malevolencia. La dirigía el propio Luger.

—Vamos, Razor,— susurró Varjak. —Hazlo bien.

Contuvo la respiración cuando el gato a rayas de tigre se pavoneó hacia delante. Un relámpago blanco iluminó la carretera.

—Razor, —espetó Luger. Miró por encima del hombro de Razor y vio a Varjak y a los Gemelos. —¿Qué dem—?

—Relájate, Luger, —dijo Razor.— Son mis prisioneros. He capturado a estos forajidos y los llevaré ante el Jefe para que los castigue.

Los ojos de Luger se entrecerraron con desconfianza. Los otros gatos de la patrulla se removieron, sin saber qué pensar.

—No me gusta esto,— dijo Luger. —¿Qué hacen aquí esas hermanas Arañazo aquí? ¿Por qué las has traído a nuestro territorio?

—Los necesitaba como parte de mi pelotón, para vencer a Varjak Paw,— dijo Razor. Le guiñó un ojo a Luger.— Y voy a llevarlos ante el Jefe, para que reciban su justa recompensa.

Luger esbozó una fría sonrisa. —Ya veo,— dijo.— Quizá no seas tan malo después de todo...— Varjak sintió un intenso alivio. Razor era bueno, brillante. Iban a salirse con la suya.— Pero hay algo que no tiene sentido —dijo Luger, rascándose la cabeza.— ¿Qué te pasa, Varjak Paw? ¿Por qué no luchas? ¿No eres tú el gato que lucha como Sally Huesos?.

El corazón de Varjak dio un vuelco. Su mente se aceleró. Y entonces supo qué hacer: decir la verdad.

—He perdido mi poder,— dijo.— Ahora soy débil como un gatito.

—No te hagas el gracioso conmigo —dijo Luger con dureza.— Tú eres la causa de todos estos problemas. Esta ciudad era pacífica antes de que tú aparecistes.

—¡No fue así!,— dijo Varjak. —Vosotros, las bandas, estabais—

—¡Basta!, —espetó Luger.— No eres más que un forajido, tú y esa Holly con la que solías andar. Bueno, ella tuvo lo que se merecía— y tú también.

Escupió en la cara de Varjak. Varjak no respondió. Tenía que mantener la calma, concentrarse.

—Te crees un héroe, ¿verdad?— Luger continuó. Tú y esa patética Holly, violando la ley, ¡arruinando esta ciudad para todos los demás! Vamos. Si eres tan héroe, pégame.— Expuso su mandíbula, la mantuvo extendida. —¡Vamos!

Varjak sacudió la cabeza. Estaba tentado, por el bien de Holly. Pero era mejor no hacer nada; mucho, mucho mejor. No te dejes vencer. No dejes que te afecte.

La presión crecía en el aire. Los truenos crepitaban en el cielo.

—¿Tienes miedo?, —se burló Luger. —Deberías tenerlo, porque vas a morir horriblemente cuando te vea el Jefe. Ojalá pudiera matarte a ti primero, apestoso inútil... —Le dio a Varjak una bofetada en toda la cara. Varjak no se inmutó, aunque cada músculo de su cuerpo estaba tenso.

Luger volvió a abofetearle. A Varjak le escocía la cara. Todos sus instintos le gritaban que se defendiera. Pero se supone que nos tienen que vencer, se dijo a sí mismo. No debo hacer nada, o arruinaré el plan.

Luger se lamió los labios.— Hmm. Parece que te has vuelto loco de verdad. Así que ahora podemos hacerte lo que queramos, y no puedes defenderte.

Apuntó con cuidado y pateó a Varjak en el estómago. Fuerte.

Apuntó con cuidado y pateó a Varjak en el estómago. Fuerte.Varjak se dobló de dolor. Se hundió en el suelo. Luger le dio otra patada en las tripas. Varjak no se movió. Aguantó la patada. Tengo que ceñirme al plan, pensó desesperadamente. Confiar en mí mismo. Esa es la Séptima Habilidad, ¿no?

—Bien, —dijo Luger, después de una patada más. Parecía satisfecho.— Ahora te llevaré ante la Jefa, que te castigará como es debido. Lo estoy deseando.

Omar y Ozzie ayudaron a Varjak a levantarse. Su estómago latía de dolor; sentía que iba a vomitar, pero en el fondo sonreía. Porque sabía que lo habían conseguido. Habían engañado a Luger. El plan de Razor había funcionado.

Luger los guió por las calles, hacia el cementerio. Esta parte del territorio de Sally Huesos era diferente a cualquier otra parte de la ciudad en la que Varjak hubiera estado antes. Muchos de los edificios estaban rodeados de altas puertas y vallas. Las ventanas y las puertas estaban cerradas, como si la gente intentara mantener algo fuera. Las farolas arrojaban un resplandor blanco. Varjak se sentía nervioso y expuesto a su luz.

Luger les guió, pasando junto a altas torres, a través de aparcamientos abandonados llenos de pintadas, cristales rotos y montones de polvo y escombros. Finalmente llegaron a un par de puertas de hierro forjado, separadas de los edificios circundantes por un montículo.

—Aquí es, —susurró Omar. El cementerio.

Ozzie se estremeció. —¡No quiero entrar!

—Ojalá me hubiera escapado con Tam, —dijo Jess, con un destello de miedo en los ojos.

Pero no había forma de huir de este lugar. Atravesaron las puertas y entraron en el cementerio. Estaba lleno de viejas lápidas cubiertas de nieve y hielo. Aquí no crecía nada, sólo árboles muertos, con la corteza blanca y las hojas marchitas.



Un destello blanco iluminó el cielo. Era extraño verlo: el cielo nocturno, todo blanco. Sin luna, sin estrellas: sólo blanco. Contra él, las ramas entrecruzadas de los árboles parecían grietas, pequeñas fracturas en el aire.

Luger los condujo a través de las lápidas. El suelo estaba helado bajo las patas de Varjak. Olía a humedad, a muerte y, de algún modo, *mal*. Sintió un hormigueo en la columna vertebral cuando pasaron por encima de las tumbas. Un trueno estalló sobre sus cabezas, como explosiones en el cielo.

Al final del cementerio, el montículo se inclinaba hacia una alta torre de piedra. De cerca era mucho más grande de lo que Varjak esperaba. Era como una montaña: una enorme y dentada garra de oscuridad que se abría paso en la noche.

Por fin era aquí. El lugar de Sally Huesos.

Al pie de la torre merodeaba su pandilla. Docenas de gatos. Sus ojos brillaban en la noche. Varjak podía oler su agudo y fuerte olor en el viento. En lo alto de la torre había una amplia ventana arqueada con un estrecho saliente. Dentro colgaba una gran campana.

—Así que,— dijo una voz familiar. —Nos encontramos de nuevo, Varjak Paw.

CAPÍTULO 29

ERA SALLY Huesos. Estaba de pie en una puerta oscura al pie de la torre, con su banda extendida ante ella. Miraba a Varjak con sus ojos azul hielo. Su cuerpo huesudo brillaba blanco contra la puerta.

—Capturamos a Varjak Paw, Jefe,— dijo Luger.

—¿De verdad?,— dijo Sally Huesos. —¿Y también capturaron a toda su banda?

—No, jefe. Le estaban vigilando. Razor reunió un pelotón. . .

Luger se alejó mientras Sally Huesos acechaba hacia él.

—Tonto,— dijo.— Caíste en su trampa.

El aire pareció brillar por un momento. Entonces Luger aulló. Tenía un tajo rojo vivo en la cara y Sally Huesos le estaba sacudiendo la sangre con sus garras.

Varjak sintió que Razor y los Gemelos se estremecían, pero él no se estremeció. Estaba pensando, pensando mucho, porque su vida dependía de ello. ¿Qué le hice la última vez? ¿Cuál es su punto débil? ¡Ahora no veo ninguna debilidad!.

Tengo que acercarme. Es la única manera.

Dio un paso adelante.

—No sigas,— espetó Sally Huesos, mostrando unos dientes que se afilaban hasta convertirse en puntas mortales.— Has hecho bien en llegar hasta aquí, Varjak Paw,— dijo.— Has luchado y pensado

mejor que algunos de mis mejores gatos.— Sonrió, aunque sus ojos azules como el hielo permanecieron fríos y duros.— Así que te hago una oferta. Únete a mi banda. Sé mi capitán. Te daré todo lo que quieras y más.

Se volvió y asintió detrás de ella. Otros miembros de su banda salieron por la puerta. Llevaban un prisionero. Un gato de pelaje puntiagudo blanco y negro. Este gato cojeaba, claramente herido, pero vivo. Varjak pudo ver uno de sus ojos, y era del color de la mostaza. Y su corazón revoloteaba ahora en su pecho, como las alas de un pájaro atrapado, porque no se atrevía a creer que fuera cierto.

—¿Holly?,— susurró.

—Sí,— dijo Sally Huesos.— Se cayó, con uno de mis gatos. Él no sobrevivió, pero su cuerpo amortiguó su caída. Estaba medio inconsciente, gritando tu nombre, cuando la encontré. Así que la traje aquí, a mi casa. Hemos estado esperando a que vinieras.

—Holly... ¿eres tú de verdad?

El gato de la torre miró hacia arriba. Los relámpagos brillaban en lo alto.

—¿Varjak?,— sonó su voz, la voz áspera que tanto le gustaba, como si viniera de muy lejos, del fondo del mar, pero la voz de Holly, sin lugar a dudas. —Varjak, ¿te escapaste en la azotea? ¿Hice lo suficiente?

—¡Holly!,— Gritó y el corazón se le aceleró en el pecho mientras avanzaba hacia ella. Arriba, un trueno agrietaba el cielo. —Sí, lo conseguimos, Holly, ¡y todo gracias a ti!

Sonreía, espigada y hermosa como siempre. Pero algo en ella había cambiado. Ahora podía ver sus dos ojos. Uno de ellos era de color mostaza. Pero el otro... parecía azul. Azul hielo.

—Holly, ¿qué le pasó a tu ojo?

—No lo sé,— susurró.— He tenido sueños, Varjak, sueños muy extraños. Y ahora todo parece... diferente.

—Pero estás vivo, ¡eso es lo que importa! Oh, te he echado de menos, ¡no sabes cuánto te he echado de menos! ¡Vamos, nos vamos de aquí!

—No,— espetó Sally Huesos. Y antes de que Varjak pudiera hablar, la mitad de su banda volvió a interponerse entre ellos, y él ya ni siquiera podía ver a Holly.

—Ahora elige, Varjak Paw,— dijo el gato blanco y delgado.— Si te unes a mi banda y haces lo que te digo, podrás recuperar a tu amiga. Desafíame, y tú y cada uno de tus amigos moriréis.— Su cola se agitó detrás de ella.—Elige sabiamente,— dijo, mientras se daba la vuelta y volvía a la torre, llevándose a Holly con ella.

Fue como una cuchillada en la cara.

—¿Cómo se atreve a hacerle eso a Holly?— gruñó Razor. —¡Yo digo que peleemos!

—Tiene razón,— dijo Omar.— Es la única manera.

Pero Varjak todavía no podía ver ninguna debilidad en Sally Huesos. ¿Cómo podría vencerla? Tenía que admitir la verdad.

—Todos,— dijo.— Hay algo que tengo que deciros. ¿Lo que le dije a Luger sobre perder el poder? Es verdad. Lo he perdido.

—Ssh, dijo Jess.— Lo sabemos.

—Lo he perdido, y... ¿qué?

—Lo sabemos desde hace mucho tiempo,— dijo Jess.— No importa. Te seguimos de todos modos.

—Tú - pero - ¿por qué?

—Nos hiciste hacer cosas que nunca pensamos que haríamos,— dijo Omar. Incluso sin tu poder, nos mantuviste unidos. Siempre encontrabas la manera de que siguiéramos adelante.

—Y ahora,— dijo Ozzie, preparando su enorme cuerpo para el combate,—vamos a hacer lo que vinimos a hacer.

Los truenos estallaron arriba. Las Gemelos se movieron a la izquierda de Varjak. Las Hermanas Arañazo a su derecha. Jess a su lado. Razor detrás de él.



—Varjak Paw —dijo Elyza Arañazo, desenvainando las garras,— la forma en que Razor engañó a Luger fue genial, y retiro todo lo que dije. Pero tú eras el que lo sabía. Tú fuiste el que dio la patada, para que funcionara. Tú nos guiaste hasta aquí, con sabiduría y valentía - y te has ganado el respeto de las Hermanas Arañazo.

—Y Pernisha también lo diría,— dijo Malisha, dando un último brillo a sus garras.

Varjak apenas podía creerlo. Se sentía animado por sus amigos, por su fe. Se sintió elevado y, al respirar, algo empezó a suceder en su interior. En lo más profundo de su ser, una llama cobró vida.

inhala-dos-tres-cuatro, fuera-dos-tres-cuatro

El mundo brillaba y se ralentizaba a su alrededor...

inhala-dos-tres-cuatro, fuera-dos-tres-cuatro

- y sintió que la energía volvía a subirle al corazón, le llenaba los pulmones, le crepitaba desde los bigotes hasta la cola: un torrente caliente que era casi más de lo que podía controlar.

Era tan buena esta sensación. Lo había echado tanto de menos.

—¡Varjak!— gritó Jess. —¡Lo has recuperado!

—Sí,— dijo.— Gracias a ti. Gracias a todos.

Él era uno de una manada, y su manada estaba a su alrededor. ¡Y Holly estaba viva! Estaba en la torre. Iba a recuperarla. Esta vez, nada iba a detenerlo.

Dio un paso adelante, brillando en Tiempo Lento. Su mochila avanzó con él. Una tormenta de nieve aullaba desde el cielo, soplando directamente en sus caras. Varjak ni siquiera se dio cuenta. Era el momento. Este era el momento.

Miró hacia el cementerio. Las lápidas en sus filas torcidas. La banda de Sally Huesos, alineada en sus filas. Luger lo miró fijamente, con ojos llenos de odio.

Los gatos de Huesos desenvainaron sus garras. Apretaron los dientes. Y aquí vinieron.

—¡Vamos!,— gritó Varjak. Su manada corrió hacia los gatos Huesos y, mientras un trueno sacudía la tierra bajo sus patas, se unieron con un crujido estremecedor. Flanqueado por sus amigos, por un sólido escudo de músculos, Varjak inhalo-dos-tres-cuatro, exhalo-dos-tres-cuatro, y se encontró cara a cara con el enemigo.

Omar y Ozzie recibieron los primeros golpes, a su izquierda. Los absorbieron sin inmutarse, y contraatacaron poderosamente, en una explosión de pura fuerza y poder. Las Hermanas Arañazo lucharon con la misma fiereza a la derecha de Varjak: las garras más rápidas de la ciudad, vengando a su Hermana, abriéndole paso.

Su manada avanzó a través de la tormenta de nieve, astillando a los gatos Huesos ante ellos. Algunos intentaron rodear la retaguardia, pero Razor los contuvo con un rugido aterrador.

—¡No lo intentes!,— gritó. —¡No tengo nada que perder!

Varjak estaba librando el combate de su vida. En medio de la batalla, lideró la línea. Los guió hacia el corazón del enemigo, a través del cementerio, hacia la torre. A su alrededor, sus amigos

lucharon con uñas y dientes, cada centímetro del camino. Y centímetro a centímetro, forzaron su avance.

—¡Varjak!— gritó Omar, más adelante.— ¡Hay un hueco! ¡Vamos!

Varjak levantó la vista y lo vio. Omar y Ozzie habían abierto una brecha en las filas de los gatos Huesos.

A través de ese hueco, podía ver la oscura puerta al pie de la torre. Esta era su oportunidad. Era su oportunidad.

Se lanzó hacia adelante a través de la brecha mientras Omar, Ozzie, Elyza y Malisha contenían las oleadas de gatos Huesos que se acercaban a su alrededor. Sólo Razor y Jess lograron pasar con él.

Siguieron adelante, por el medio, a través del barro y la nieve. Y ahora llegaba otra oleada de gatos Huesos. Estaban esperando; estaban esperando; y ahora llegaron, volando por el aire hacia él. Iban liderados por Luger, con su rostro convertido en una máscara de sangre y odio.

Razor saltó delante de Varjak. Se enfrentó a ellos de frente. El gato a rayas de tigre no tenía ni orejas ni cola, pero no se dejó mover. Los bloqueó. Los paró en seco. Con un placaje atronador, se estrelló contra Luger y lo arrastró al suelo.

—¡Sigue, jefe!— gritó Razor. —¡Sigue adelante!

Varjak siguió adelante. Gracias a sus amigos, ya lo había atravesado, pero sólo quedaba Jess a su lado, y aún quedaba otra oleada de gatos Huesos por llegar. Respiró hondo, amplió su Círculo Movedizo para salir a su encuentro— y ahí llegaron.

Un gato.

Varjak lo derribó.

Dos gatos.

Abajo. Abajo.

Vinieron tres. Tres, cuatro, cinco. Siguieron viniendo hacia él, la banda de Sally Huesos. Varjak atrapó al primero, atrapó al segundo, giró sobre sí mismo - y el tercero atravesó su Círculo. Las garras le rasgaron la espalda. Siguió avanzando, tan cerca de la puerta, tan cerca, pero seguían llegando garras, desgarrándole el costado. Seguían llegando y lo estaban agotando.

Abajo. Varjak estaba en el suelo.

Pero la pequeña Jess, la última, más pequeña y más débil de sus amigos, se abalanzó sobre los gatos Huesos con una furia que él nunca había visto en ella. Ella los asustó, sólo por un momento. Fue suficiente. Varjak podía moverse de nuevo.

Se levantó, corrió de nuevo hacia delante, pero ahora tenía dientes en la cola. Garras en sus costillas. Patas en la cara. No podía luchar contra todos. Su círculo se rompió. Seguían llegando. No podía luchar en absoluto.

Varjak podía ver a sus amigos, separados unos de otros, luchando por la supervivencia, sin seguir avanzando, sólo manteniéndose con vida. Luchó, pero su corazón se hundía. No era suficiente. Habían dado todo lo que tenían, habían sido magníficos, pero no era suficiente. Había demasiados gatos Huesos. Se había acabado, tan cerca del final, tan cerca. No lo iba a conseguir.

—¡VAR! ¡JAK! PAW!— Un gran rugido rasgó el aire. Una sombra surcó la nieve.

—¿Cludge?—dijo Varjak. —Cludge, ¿eres tú?

—¡CLUDGE REGRESA!,— ladró el enorme perro.— ¡CLUDGE VUELVE!

Y detrás de Cludge apareció otra sombra enorme, y otra más: los hermanos de Cludge: ¡Buster y Bomballooloo! Los tres entraron rugiendo juntos en el cementerio. Y a la cabeza de ellos, con la mayor de las sonrisas: ¡era Tam!

Tam había vuelto. No se había escapado.

—¿Te alegras de vernos?,— gritó. —Pensé que necesitarías ayuda, ¡así que fui a buscarla!

Los gatos Huesos alrededor de Varjak se dispersaron - y ahora, por fin, el camino a la torre estaba despejado. Se arrastró hasta sus patas, y dio los últimos pasos hacia la puerta.

Estaba muy oscuro en la torre. Podía ver el final de unas viejas escaleras de madera que subían en espiral. Eran muy estrechas, demasiado estrechas para los perros.En algún lugar de esas escaleras le esperaba Sally Huesos.

Allí era donde Varjak tenía que ir.

Solo.





CAPÍTULO 30

VARJAK SUBIÓ

LOS ESCALONES DE CARACOL,

con el corazón

latiéndole en la garganta.

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad mientras subía. Las escaleras eran estrechas, polvorientas y muy viejas. Había extrañas tallas en las paredes. Le parecían medio familiares, pero se estaban desmoronando, cubiertas de telarañas, y no podía verlas con claridad.

La subida era larga. Era como escalar una montaña. A cada paso, esperaba que Sally Huesos se le echara encima.

Ella estaba esperando en una cámara en la parte superior de la torre. Estaba de pie frente a una amplia ventana arqueada, donde colgaba la gran campana. Daba a una estrecha cornisa. Podía ver el cielo nocturno. Podía oír la tormenta de nieve arreciando; el viento aullando como si fuera el fin del mundo. Pero en la torre, todo seguía tan muerto y seco como el polvo.

A un lado, junto a la cuerda de la campana, estaba Holly. Sally Huesos no la miraba. Miraba a Varjak con sus ojos azul hielo. Él la miró. Era como mirar en la oscuridad absoluta, en aquella cámara del templo mesopotámico, antes de que saliera el sol.

Dio un paso adelante, brillando en Tiempo Lento, el poder crepitando en sus garras. —Se acabó,— dijo.— Deja ir a Holly.

Sally Huesos negó con la cabeza. —No puedes vencerme,— dijo.— Nunca has podido. Nunca podrás.

—Ahora es diferente,— dijo Varjak.— Ahora sé cosas que nunca había soñado.

Sonrió.— Mi viejo enemigo. Ven, entonces. Hazlo, si puedes.

Varjak inhalo dos-tres-cuatro. La energía surgió en su interior. Pero el delgado gato blanco también estaba en Tiempo Lento. Todo su cuerpo brillaba con un poder terrible.

Empezó a rodearla. Allí, en lo alto de la escalera de caracol, en la oscuridad, con el arco abierto a sus espaldas, se rodearon mutuamente, buscando ambos un punto débil.

Sally Huesos alargó la mano para rozar los bigotes de Varjak—

y se abalanzó sobre la abertura.— Eso ya no funcionará,— dijo, lanzándole un Círculo en Movimiento. Sus garras arremetieron, de izquierda a derecha, cortando, cortando.

SLASH! SLASH! SLASH!

Sally Huesos se tambaleó hacia atrás. Unos mechones de pelo blanco revolotearon por el suelo. Sus puntas estaban enrojecidas por la sangre.

Se estabilizó y se lamió los labios, mostrando unos dientes afilados y puntiagudos.— Bien,— dijo.— Ahora haz lo que quieras. Dámelo todo.

Él la miró a los ojos azules como el hielo. Vio el mismo poder que ardía en él, ardiendo como una estrella oscura en ella. Invocó algo de sus profundidades: una negación absoluta. Salió de él y se precipitó hacia ella.

Se abalanzó sobre ella con todo su poder, todas sus habilidades, toda la ira, el dolor y la tristeza de su corazón. La golpeó con todo: por Holly, por sus amigos, por los Gatos Libres del puerto.

Cada golpe le hacía sangrar. Fue a por su cara, su garganta, sus costillas, enterrándola a golpes, desgarrándola, destrozándola, acuchillándola. Nunca había luchado tan ferozmente. Tenía que ganar. Mucho dependía de ello. Tenía que caer.

Pero Sally Huesos lo absorbió todo. Parecía regocijarse en ello, como si sólo la hiciera más fuerte. Ella tomó todo lo que le arrojó -

- y ahora volvió a él, un torbellino de blanco. Él paró a la izquierda, paró a la derecha, pero ella entró por el medio y siguió avanzando, una mancha de blancura en la oscuridad, y él no pudo seguirla.

SMASH!

Sally Huesos atravesó el Círculo de Varjak. Sus defensas fueron violadas. Retrocedió, desequilibrado.

Ella le hizo retroceder, y retroceder, y retroceder. Le obligó a salir, a través del arco, a la estrecha cornisa fuera de la torre. Un viento aullante le azotó la columna vertebral y le heló la sangre. Miró hacia abajo. A través de la nieve, pudo ver el cementerio y las luces de la ciudad, extendidas muy por debajo. Estaban tan altos; mucho más altos de lo que él había estado aquella noche cuando cayó Holly.

La cabeza de Varjak daba vueltas. La blanca nieve le azotaba la cara. El viento aullaba como si fuera el fin del mundo.

SLASH!

Una larga garra blanca le atravesó el costado. La sintió, como un cuchillo, abriéndole en canal.

Miró hacia abajo, y vio unos mechones de pelaje azul plateado revoloteando. Sus extremos estaban húmedos de sangre.

Miró a Sally Huesos, y entonces ella le golpeó: una, dos veces, justo entre los ojos.

Todo se vino abajo. Todo se vino abajo. Varjak se derramó sobre la cornisa como un líquido. Se sintió vacío, como un agujero negro, una estrella implosionando. No le quedaba energía.

No puede creerlo.

Lo ha conseguido.

Lo ha vencido otra vez.

Sally Huesos estaba de pie sobre él, en la cornisa de la torre. Lo miraba con sus ojos azules como el hielo. Era la mejor luchadora. Ella lo sabía, y él también.

A veces, no puedes vencer a tu enemigo.

Pobre Jalal. No pudo hacerlo. Y él tampoco pudo.

Siente frío ahora. Todo se escapa. Es el fin del mundo.

Se acabó.

Varjak cerró los ojos y esperó.



CLANG!

CLANG!

CLANG!

Un enorme zumbido le llenó la cabeza. Al principio pensó que era Sally Huesos, que volvía a golpearle, pero no sentía nada, ni dolor ni nada. Y una gran marea de sonido se elevaba, cada nota más fuerte que la anterior, repicando, repicando, estallando en la noche.

Abrió los ojos. Sally Huesos estaba sobre él. Tenía dolor en la cara; se estremecía ante el ruido; sus orejas se agachaban mientras cada estruendo llenaba el cielo a su alrededor, resonando una y otra vez, incluso más grande que el cielo. A Varjak también le dolían los oídos, sentía como si le quemaran el núcleo del cerebro, pero era un sonido glorioso.



CLANG!

CLANG!

CLANG!

Sally Huesos se apartó de Varjak. Con el ceño fruncido por la furia, regresó a través del arco abierto. Y en la torre—

¡Era Holly! Estaba tocando la enorme campana. Se balanceaba en la cuerda de la campana, usando toda su fuerza para hacerla repicar en la noche. Con ese ruido glorioso y ensordecedor, había distraído a Sally Huesos, el tiempo suficiente para que Varjak recuperara el aliento.

—¡Vuelve aquí, Varjak Paw!— gritó Holly. —¡Vuelve a la cornisa y lucha!

Sonrió, a pesar de todo.

Holly. Ella hacía que algo brillara en él. Como finos bigotes de luz de estrellas, o una cadena de luces de colores, brillantes en la noche de invierno. Holly aún creía en él, incluso ahora.

Muy por debajo, en el cementerio, sus amigos miraban hacia arriba. Todos y cada uno de ellos creían en él. No puedo defraudarles, pensó. Ellos me necesitan. Son mi manada. Mi pandilla. No los defraudaré.

¿Pero qué puedo hacer, contra Sally Huesos?

La única manera es enfrentarte a tu enemigo. Es enfrentarlos y verlos de verdad, sin miedo, sin odio.

Varjak se levantó sobre sus patas. Su cuerpo era una ruina, una pulpa rota y ensangrentada de dolor, como si un tren lo hubiera arrollado y aplastado contra la vía. Le sangraba el costado, le dolía la espalda y sentía que se le iban a romper las patas si seguía luchando. Pero volvió a atravesar el arco y se enfrentó de nuevo a Sally Huesos.

La campana había dejado de sonar. Su sonido seguía reverberando, resonando, pero se estaba apagando. Sally Huesos había perseguido a Holly desde la cuerda de la campana y se estaba preparando para acuchillarla hasta matarla.

—Deja a Holly en paz,— gruñó Varjak.

—Sally Huesos se volvió, lo vio y se rió en su cara. —¡Varjak Paw! ¿Vuelves a por más? Qué gatito tan valiente eres. Has luchado bien. Casi lamento que tenga que terminar. Pero debe terminar.

Ella se acercó a él; tan cerca, que pudo ver los huesos que sobresalían de ella; casi podía oler la oscuridad. Pero no retrocedió. No, inhalo -dos-tres-cuatro, ni hizo un círculo móvil. Se mantuvo firme, quieto y en silencio, y la miró a los ojos azul hielo sin miedo, sin odio.

Y lo que vio fue a Sally Huesos. Todo lo que ella era, todo lo que solía ser, todo lo que sería: él lo vio todo, y lo vio de verdad. Este gato que había vivido tanto tiempo en la oscuridad-

- vio la oscuridad...

- la desesperación...

—Sí,— murmuró. —Entrégate a la oscuridad.

Pero Varjak ya no tenía miedo. Y ahora recordaba lo que había hecho, la última vez, en el patio del puerto. Había pensado en Mesopotamia. En la montaña. De la brillante y silenciosa luz del sol -

La luz del sol.

Sally Huesos nunca fue vista a la luz del sol. ¿La deslumbraba? ¿Por eso se había alejado de él? ¿Era poderosa sólo en la oscuridad?. Un rayo de luz puede cambiarlo todo.

Era la hora más oscura de la noche, la hora antes del amanecer. Si podía resistir, si de alguna manera podía aguantar hasta el amanecer, entonces tal vez, sólo tal vez, tendría una oportunidad.

Así que mientras Sally Huesos se acercaba a él, Varjak se dijo a sí mismo lo que tenía que hacer. Aguantar hasta el amanecer. Sólo aguantar. Aguanta y no te rindas, pase lo que pase.

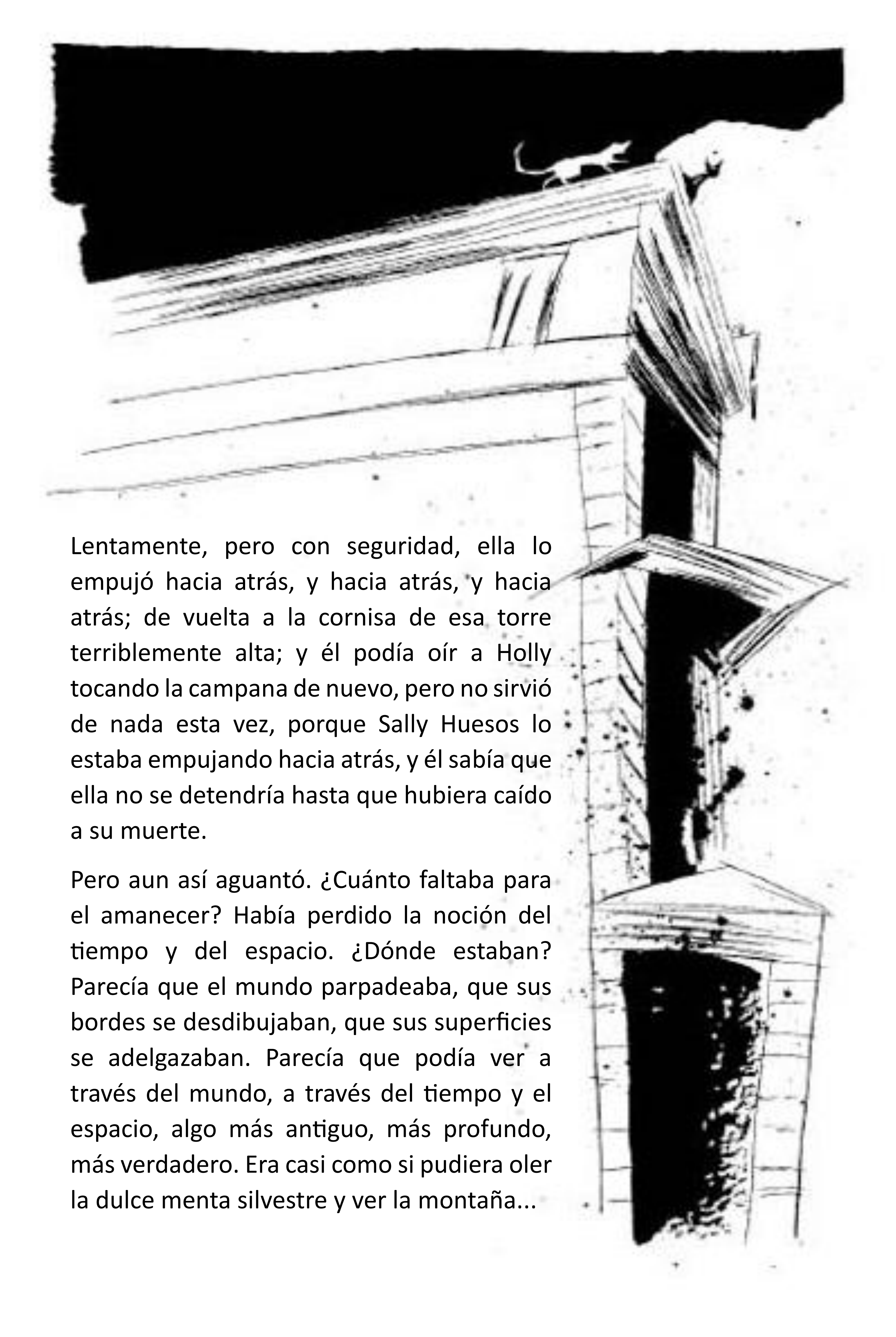
inhalo-dos-tres-cuatro, y se preparó para encontrarse de nuevo con ella. Se quedó allí, brillando con un poder que provenía de lo más profundo de su ser, de todo lo bueno y brillante que llevaba dentro.

Le lanzó todo lo que tenía. Toda la ira, el dolor y la tristeza de su corazón. Toda la oscuridad y la desesperación del mundo. Golpe tras golpe, lloviendo sobre la cabeza de Varjak. Era todo lo que podía hacer para mantener su Círculo fuerte contra la embestida, para aguantar, sólo aguantar, hasta el amanecer.

Perdió la noción del tiempo mientras luchaban. Podrían haber pasado horas. Podrían haber sido días, o años. Cien años, encerrado en batalla con su enemigo.

Sólo aguanta hasta el amanecer.

Ella era fuerte, Sally Huesos. Ella era tan fuerte; y la oscuridad en su corazón era poderosa; y Varjak estaba cansado ahora, tan cansado.



Lentamente, pero con seguridad, ella lo empujó hacia atrás, y hacia atrás, y hacia atrás; de vuelta a la cornisa de esa torre terriblemente alta; y él podía oír a Holly tocando la campana de nuevo, pero no sirvió de nada esta vez, porque Sally Huesos lo estaba empujando hacia atrás, y él sabía que ella no se detendría hasta que hubiera caído a su muerte.

Pero aun así aguantó. ¿Cuánto faltaba para el amanecer? Había perdido la noción del tiempo y del espacio. ¿Dónde estaban? Parecía que el mundo parpadeaba, que sus bordes se desdibujaban, que sus superficies se adelgazaban. Parecía que podía ver a través del mundo, a través del tiempo y el espacio, algo más antiguo, más profundo, más verdadero. Era casi como si pudiera oler la dulce menta silvestre y ver la montaña...

No. Podía verla. Allí estaba, ante sus ojos: la cima de una montaña al amanecer.

Él estaba en la cima de la montaña, en la cornisa cubierta de nieve. Y allí estaba Sally Huesos, en ese lugar secreto con él, tal como la había visto en su visión en la piscina.

El sol de Mesopotamia se elevaba más alto en el cielo. La luz del sol golpeaba a Sally Huesos, la brillante y silenciosa luz del sol. Se reflejaba en su pelaje blanco como la nieve. Se hacía cada vez más brillante. Y Sally Huesos se apartó de Varjak, parpadeando bajo la luz. Parecía deslumbrada. Parecía aturdida. Cerró el ojo y gritó.

—¡No! ¡No! ¡No!

Y su grito debió de hacerle recobrar el sentido, porque el mundo volvió a solidificarse, dejó de parpadear, y estaban de nuevo en la cornisa de la torre, muy por encima del cementerio. Abajo se extendía la ciudad.

Pero incluso aquí, en la ciudad, el sol se alzaba en el cielo.

Estaba amaneciendo. Un hermoso amanecer. Sally Huesos se agarraba la cabeza a la luz del día. Su ojo azul hielo estaba cerrado.

Varjak lo había logrado. Había aguantado hasta el amanecer. Y ahora tenía una oportunidad. En la oscuridad, sabía que nunca la vencería, pero a la luz del día, tal vez era más fuerte de lo que creía.

Se abalanzó sobre ella con la última gota de fuerza que le quedaba. Se abalanzó sobre ella y ella no pudo detenerle. La hizo retroceder, hasta el borde, hasta que no le quedó ningún lugar adonde ir. Ella le miró por última vez, con una extraña expresión en sus ojos azul

hielo, y entonces perdió el equilibrio, perdió el control, y Sally Huesos, la delgada gata blanca, cayó, y cayó, y cayó hasta perderse de vista.

Miró hacia abajo desde la cornisa. Estaba tan cansado después de una noche interminable que le pareció que el mundo parpadeaba por última vez y creyó verla caer desde la cima de una montaña hasta un mar sin sol.

Nunca la vio tocar el suelo. Pero vio a su banda, y a sus amigos, todos mirando algo en la nieve. Mirando y frotándose los ojos. Era difícil estar seguro desde esta altura, pero parecía el cuerpo de un delgado gato blanco, caído de la torre y roto en el suelo de abajo.

Blanco contra blanco; no podía estar seguro. Pero enterrado en el blanco: algo que podría haber sido un trozo del hielo más azul, derritiéndose en la nieve.



CAPÍTULO 31

SE ACABÓ.

Por fin, estaba hecho. Sally Huesos se había ido.

—¡Varjak! ¡Tú lo hiciste! Lo has conseguido. —El pelaje puntiagudo de Holly ondulaba a la luz del sol mientras se acercaba a él.

Se desplomó en la torre, apenas capaz de creerlo. —¿Lo he conseguido?,— se preguntó. —¿He aguantado hasta el amanecer?

—¡Venciste! ¡Ganaste a Sally Huesos!

Sacudió la cabeza con asombro. —No podría haberlo hecho sin ti, Holly.

—Lo sé. ¡Ahora deja de sangrar! ¡Estás haciendo un desastre!

Suavemente, le lamió las heridas. Mientras lo hacía, observó la luz del día que entraba en el campanario. Observó el polvo, arremolinándose en la luz. Y observó a Holly. Sus ojos habían cambiado definitivamente. Uno era de color mostaza, el otro azul hielo. Era extraño, pero ambos ojos brillaban con una nueva esperanza.

Ella lo miró, se encontró con su mirada, lo miró profundamente a los ojos. Era como si viera dentro de él con su ojo azul hielo, viera sus secretos, lo dejara al descubierto, como había hecho Sally Huesos. Pero se trataba de Holly, su amiga. Y esta vez no sintió miedo, ni oscuridad, ni desesperación. Sólo sintió la más hermosa calidez, fluyendo entre ellos una vez más.

Ella asintió.— Así que lo hiciste, Varjak Paw,— dijo en voz baja.— Realmente escalaste una montaña.

Sonrió. Había tanto que contarle, tanto que compartir. —Y ¿adivina qué más?.¡Hemos descubierto adónde van todos los ratones en invierno!. ¡Es la mejor caza de la historia!. Y espera a conocer a la familia de Cludge, y—

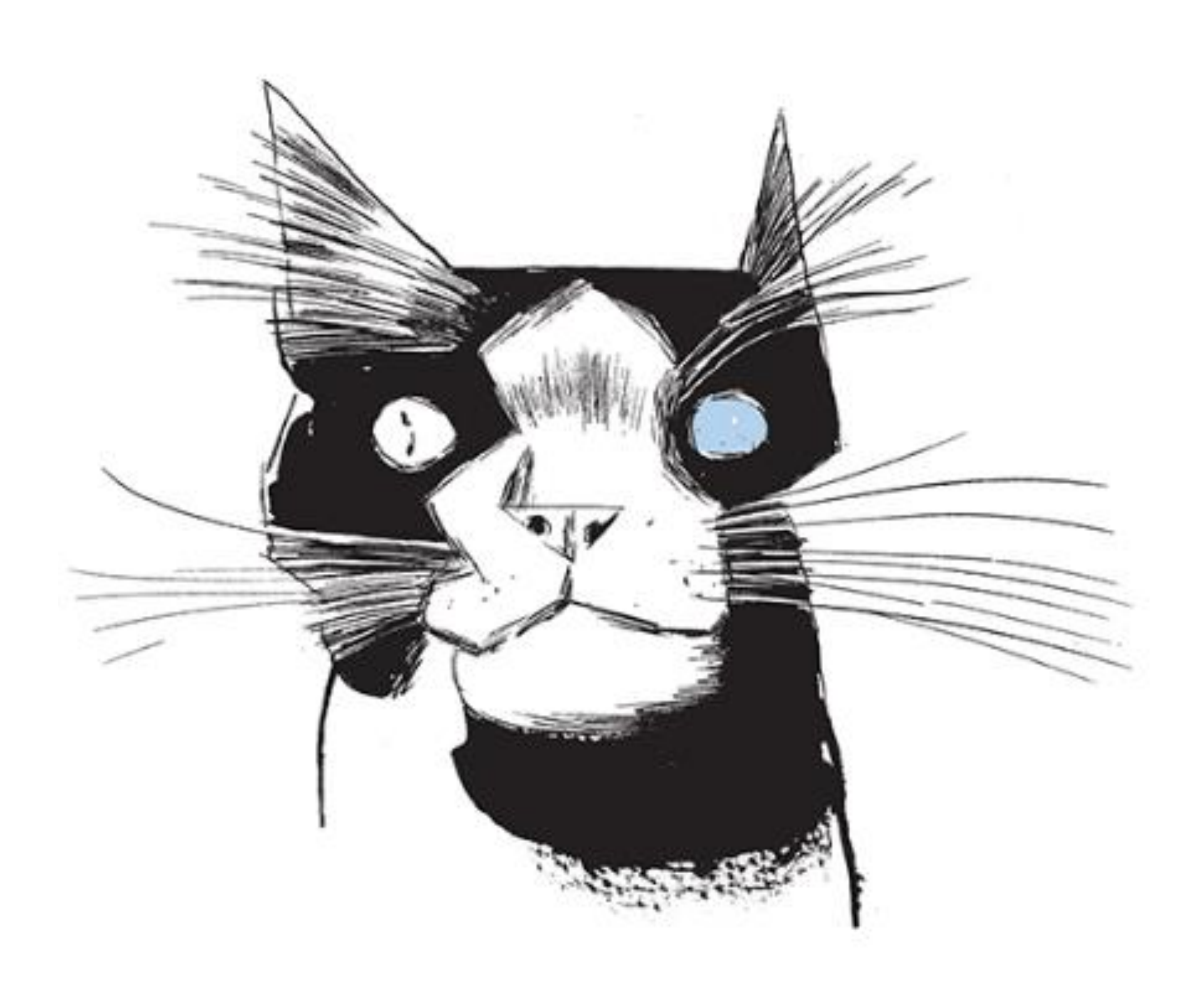
—¿La familia de Cludge?

—Sí. Y no lo habría logrado sin ellos, tampoco - Las Hermanas Arañazo - o Razor-

—Vamos,— dijo Holly.— Vámonos. No puedo hacer mucho más por estas heridas. Te quedarán cicatrices por todas partes, pero vivirás.

Bajaron las escaleras cojeando, muy despacio, paso a paso. Fue un largo camino. Varjak estaba muy cansado, y le dolía cada músculo, cada hueso, cada hebra de piel.

Pero cuando bajaron los últimos escalones y salieron de la torre, se sintió de nuevo animado. Allí estaban sus amigos, esperándoles a él y a Holly en el cementerio. Estaban enloquecidos, animando y gritando al amanecer. Cludge y sus hermanos gritaban de alegría. Los Gemelos Orribles bailaban sobre las lápidas. Razor y las Hermanas Arañazo bailaban con ellos.



—¡Sabía que lo harías!,— burbujeó Tam. —¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía!

—¡La abuela siempre decía que lo haría!,— ronroneó Jess.

Los gatos de Sally Huesos estaban en total desorden. Sus capitanes se acercaron a Varjak, con mucha cautela. Todavía se frotaban los ojos.

—¿De verdad venció al Jefe?,— dijo Luger. —¿Cómo? Nadie puede vencerla, es la mejor luchadora que ha existido.

—Ya no,— dijo Holly.— Varjak ganó. Eso le convierte en el más grande.

—¡Varjak Paw!,— le aclamaron sus amigos. —¡Varjak Paw! ¡Varjak Paw!

¿Estaba oyendo bien? ¿Podría ser realmente el más grande, después de todo? No era posible.

¿Pero los mejores amigos, la mejor manada, la mejor banda del mundo? Sí. ¡Ah, sí! Sin duda alguna.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro y miró al cielo. El sol estaba saliendo en lo alto. Era una mañana preciosa.

—Ya ha habido suficientes combates en esta ciudad,— dijo Varjak a los capitanes de Sally Huesos.— No habrá más. Vamos a volver al centro, e iremos en paz. El centro es nuestro territorio. Ya no podéis venir a decirnos lo que tenemos que hacer. Allí rige ahora nuestra ley, la ley de la libertad. Es una ciudad libre, para Gatos Libres. Y nada de lo que hagáis podrá cambiar eso.

Los capitanes de Sally Huesos se miraron entre sí, aún aturdidos, y luego, uno a uno, se apartaron. En silencio, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas, se separaron para dejarles pasar a él y a sus amigos.

Varjak y Holly iban delante, con Tam y Jess a su lado. Razor, las Hermanas Arañazo y Los Gemelos Orribles los flanqueaban. Cludge, Buster y Bomballooloo iban en la retaguardia, ladrando alegremente al amanecer.

Juntos salieron del cementerio, cruzaron el río, atravesaron calles y callejones y llegaron al centro de la ciudad.

Todo el mundo hablaba de cómo Varjak Paw venció a Sally Huesos. La historia se contaría una y otra vez en los tiempos venideros. Se recordaría en las largas noches de invierno. En sus horas más oscuras, les daría esperanza. Para todos los Gatos Libres, la vida en la ciudad comenzó de nuevo esa mañana.

Mientras volvían a sus casas, a sus callejones, a su puerto, el sol se elevaba cada vez más en el cielo. El cielo estaba despejado y azul, y el sol brillaba ámbar en el azul. Sus rayos se reflejaban tanto en las grandes torres de cristal como en los altos edificios marrones. Todo brillaba a la luz del sol, brillante y silencioso. Toda la ciudad brillaba y resplandecía.

El sol empezó a derretir la nieve invernal. Pronto se convertiría en un arroyo: una corriente de agua cálida y clara que limpiaría las calles, y luego fluiría por el río, para abrirse camino en corrientes anchas y fuertes, hacia el mar.

El invierno había terminado. Pronto empezaría la primavera.



